

**TRATADO
DE LA CONFORMIDAD
CON LA VOLUNTAD
DE DIOS**

escrito por el

V. P. ALONSO RODRÍGUEZ

de la Compañía de Jesús

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

LIBRO
DE LA CONCORDIA
CON LA VOLUNTAD
DE DIOS

CONCORDIA
CON LA VOLUNTAD
DE DIOS

CON LICENCIA ECLESIASTICA
ISBN: 84-7770-539-9
Depósito legal: M. 47.288-2000
Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

PRÓLOGO

DE LOS EDITORES.

Ofrecemos a nuestros apreciables lectores el tratado de la CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS, que escribió el P. Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, para, sus religiosos, pero que fácilmente puede aplicarse a sí mismo el que lo lea, sea el que fuere su estado. Es uno de los tratados que forma su *Ejercicio de Perfección*, obra de tanto mérito y tan estimada de los extranjeros, que se halla, traducida en todas las lenguas cultas de la Europa, y de la que nos decía años atrás un sabio y piadoso eclesiástico francés, que es libro para empezar a leerlo y no dejarlo hasta el fin, y luego comenzarle de nuevo para no dejarlo de la mano en toda la vida.

No nos hemos permitido ninguna variación en lo sustancial: hemos suprimido casi todo el capítulo XIII por las razones que allí exponemos: hemos corregido una multitud de equivocaciones en las citas; le hemos arreglado un poco a la ortografía del siglo XIX, sin hacerle perder la gravedad española del siglo XVI, siglo de oro de nuestra literatura; hemos puesto en castellano las citas latinas que no estaban traducidas por el autor, y hemos suprimido el latín de las traducidas, poniendo entre comillas la traducción.

Dos son las razones que nos han obligado a publicar este tratado, que infinitas veces nos ha recomen-

dado nuestro digno fundador el ilustrísimo Claret, arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba (San Antonio María Claret): la primera, para hacer conocer bien el deber que todos tenemos de abandonarnos a la disposición de aquella voluntad soberana y adorable de nuestro Padre celestial, que tanto nos ama, voluntad que todo lo ha criado y lo conserva, y a la que con tanto rendimiento se someten todas las demás criaturas, que solo esperan sus órdenes; y al mismo tiempo para hacer palpar las ventajas que este abandono puede proporcionarnos no solo para la otra vida, sino aun para la presente.

La segunda es, que multiplicándose cada día las miserias de la humanidad, y creciendo los trabajos, penas y angustias a proporción de lo que va creciendo en el mundo la corrupción de costumbres, el libertinaje y la perversidad de sus moradores; es quizás ahora mas necesario que nunca un confortativo para sobrellevar tantos males. *El mundo se alegrará, nos dijo el divino Maestro al despedirse de nosotros, el mundo se gozará, y vosotros estaréis tristes: en el mundo tendréis apretura.* Siempre se ha cumplido para los verdaderos fieles este anuncio de Jesucristo; pero en pocos tiempos ha tenido más cabal cumplimiento que en nuestros aciagos días, en los que se va generalizando la apostasía de las naciones cristianas, y en que parece estamos metidos en aquellos días malos y tiempos peligrosos, de que nos hablaron los apóstoles san Pedro y san Pablo.

TRATADO DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

CAPITULO I.

En que se ponen dos fundamentos principales.

No se haga, Señor, como yo quiero, sino como Vos queréis²». Para dos cosas dicen los Santos que bajó el Hijo de Dios del cielo, y se vistió de nuestra carne, haciéndose verdadero hombre: la una para redimirnos con su sangre preciosa; la otra para enseñarnos con su doctrina el camino del cielo e instruirnos con su ejemplo. Porque así como no aprovechara saber el camino, si estuviéramos presos en la cárcel; así dice san Bernardo³, «no aprovechara sacarnos de la cárcel, si no supiéramos el camino». Y como Dios era invisible, para que le viésemos y le pudiésemos seguir e imitar, era menester que se hiciese visible, y se vistiese de nuestra humanidad, como el pastor, se viste de la zamarra, que es vestidura de la oveja, para que las ovejas le sigan, viendo su semejanza. Y san León Papa, dice: «Si no fuera verdadero Dios, no nos trajera el

2 Math. XVI, 39.

3 Serm. 3 in Circumcis. Dom.

remedio , y si no fuera verdadero hombre, no nos die-
ra ejemplo⁴. Lo uno y lo otro hizo él muy cumplida-
mente con el exceso de amor que tenia a los hombres:
así como la redención fue muy copiosa⁵», así lo fue
también la enseñanza porque no fue solo con pala-
bras, sino muy mas abundantemente con ejemplo de
obras. «Jesús comenzó a hacer y enseñar,» dice el
evangelista san Lucas⁶. Primero comenzó a obrar, y
esto toda la vida, y después a predicar, los tres años
postreros, o los dos y medio.

Pues entre otras cosas que nos enseñó Cristo nues-
tro Redentor, una de las mas principales fue, que tu-
viésemos entera conformidad con la voluntad de Dios
en todas las cosas. Y esto no solamente nos lo enseñó
con palabras, cuando enseñándonos a orar, dijo: Una
de las cosas, que habéis de pedir a vuestro Padre ce-
lestial, es: «Hágase, Señor, vuestra voluntad en la tie-
rra, así como se hace en el cielo⁷», mas también con
su ejemplo confirmó bien esta doctrina porque a esto
dice él, que bajó del cielo a la tierra. «Descendí del
cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de mi Padre
que me envió⁸». Y al tiempo de rematar el negocio de
nuestra retención el jueves de la Cena, en aquella ora-
ción del huerto, aunque el cuerpo y el apetito sensiti-
vo naturalmente rehusaba la muerte, y así, para mos-
trar que era verdadero hombre, dijo: «Padre mío, si es

4 Serm. 1 de Nativit. Dom.

5 Psalm. CXXIX, 7.

6 Act. I, c. 1.

7 Math. VI, 10.

8 Joan. VI, 38.

posible, pase de mí este cáliz⁹», pero la voluntad siempre estuvo muy pronta y muy deseosa de beber el cáliz que su Padre le enviaba. Y así añadió luego: espero no se haga, Señor lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis.

Para que llevemos esto de raíz, y nos fundemos bien en esta conformidad, se han de suponer dos fundamentos breves, pero muy sustanciales, sobre los cuales, como sobre dos quicios, se ha de revolver todo este negocio. El primero es, que nuestro aprovechamiento y perfección consiste en esta conformidad con la voluntad de Dios; y cuanto esta fuere mayor y más perfecta, tanto él será mayor. Este fundamento fácilmente se deja entender, porque cosa cierta es que la perfección esencialmente consiste en la caridad y amor de Dios; y, tanto será uno mas perfecto, cuanto más amaré a Dios. Lleno está de esta doctrina el sagrado Evangelio, llenas las epístolas de san Pablo, llenos los libros de los Santos. Este es el mayor y el primer mandamiento¹⁰. La caridad es el vínculo de la perfección¹¹. La mayor de estas es la caridad¹²». Lo mas alto y más perfecto es la caridad y amor de Dios. Pues lo más alto, y más subido, y más puro de ese amor de Dios, y como la nata de él es conformarse en todo con la voluntad de Dios y tener un querer y no querer con su Majestad en todas las cosas. Dice san Jerónimo, y lo

9 Math. XXVI, 39.

10 Math. XXII, 38.

11 Colos. III, 14.

12 I Cor. XIII, 12.

trae del otro filósofo: El tener un mismo querer y no querer con el amado, esa es la verdadera y firme amistad¹³». Luego cuanto uno estuviere más conforme y más unido con la voluntad de Dios, tanto será mejor y más perfecto. Y más claro está que no hay cosa mejor ni más perfecta que la voluntad de Dios; luego cuanto uno más se uniere y conformare con la voluntad de Dios, tanto será mejor y más perfecto. Como argüía el otro filósofo: si Dios es la cosa más perfecta que hay, luego cuanto una cosa más se asemejare y pareciere a Dios, tanto será más perfecta.

El segundo fundamento es, que ninguna cosa puede acontecer, ni suceder en el mundo, sirvió por voluntad y orden de Dios. Siempre se ha de entender excepta la culpa y pecado; porque de eso no es Dios causa, ni autor, ni lo puede ser; porque así como repugna a la naturaleza del fuego enfriar, y a la del agua calentar, y a la del sol oscurecer; así infinitamente más repugna a la bondad inmensa de Dios amar la maldad. Y así dijo el profeta Habacuc: Señor, vuestros ojos son limpios, para no ver el mal, y no podéis ver la maldad¹⁴». Como decimos acá, no le puede ver cuando queremos dar a entender el aborrecimiento que uno tiene a otro; así dice que no puede Dios ver la maldad por el odio y aborrecimiento grande que le tiene. «Porque no eres tu Dios que quieres la iniquidad¹⁵». Amaste

13 Hier ep. ad Demetriad.; Cicer. de Amicit.

14 Habac. I, 13.

15 Psalm. V, 5.

la justicia y aborreciste la iniquidad¹⁶», dice David. Toda la sagrada Escritura está llena de cuánto aborrece Dios el pecado ; y así no puede ser causa ni autor de él. Pero fuera de eso todas las demás cosas y todos los trabajos y males de pena vienen por voluntad y orden de Dios. Este fundamento es también muy cierto; no hay fortuna en el mundo, como fingía el error de los gentiles. Los bienes que el mundo llama de fortuna, no los da la fortuna, que no la hay, sino solo Dios. Así lo dice el Espíritu Santo por el Sabio. «Los bienes y los males la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas, Dios las da¹⁷».

Y aunque estas cosas vengan por medio de otras causas segundas, más cierto es que ninguna cosa se hace en esta gran república del mundo, sino por voluntad y orden de aquel sumo Emperador que la gobierna Ninguna cosa viene acaso respecto de Dios; todo viene registrado y colado por su mano. Contados tiene todos los huesos de vuestro cuerpo y todos los cabellos de vuestra cabeza, y ni uno sólo os será quitado sin orden y voluntad suya. ¿Qué digo yo acerca de los hombres? Un pájaro no cae en el lazo, dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio sin dispensación y voluntad de Dios. ¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto y uno de ellos no caerá sobre la tierra sin vuestro Padre¹⁸?» Que ni aun una hoja de

16 Psalm. XLIV, 8.

17 Eccli. XI, 14.

18 Math. X, 29.

un árbol se mueve sin su voluntad. Aun de las suertes, dice el Sabio: Las suertes se meten en el seno mas el Señor dispone de ellas¹⁹». Aunque las suertes se sacan del seno o cántaro, no penséis que salen acaso, que no salen sino con orden de la divina Providencia, que lo dispone y quiere así. «Y cayó la suerte sobre Matías²⁰». No fue acaso que cayese la suerte sobre Matías, sino particular acuerdo y providencia de Dios, que le quiso escoger para apóstol suyo por aquella vía.

Esta verdad, aun con sola la luz natural la alcanzaron los buenos filósofos, y dijeron que, aunque respecto de las causas segundas muchas cosas son acaso, pero respecto de la primera causa no son acaso, sino pretendidas muy de propósito. Y ponen ejemplo, como si un señor enviase a un criado a alguna parte a negocios, y enviase por otra parte otro criado al mismo lugar a otro negocio, sin saber el uno del otro, pretendiendo que allá se juntasen; el encontrarse estos dos criados respecto de ellos es acaso; pero respecto del señor que lo pretendió no es acaso, sino pensado y pretendido muy de propósito. Así acá, aunque respecto de los hombres acaezcan algunas cosas acaso, porque ellos no pretendieron aquello ni lo pensaron; pero respecto de Dios no fue acaso, sino con acuerdo y voluntad suya, que lo ordenó así, para los fines secretos y ocultos que él sabe.

19 Prov. XVI, 33.

20 Act. I, 26.

Lo que habemos de sacar de estos dos fundamentos es la conclusión y tema que propusimos, que pues todas las cosas que nos suceden vienen de la mano de Dios, y toda nuestra perfección está en conformarnos con su voluntad, que las tomemos todas como venidas de su mano, y nos conformemos en ellas con su santísima y divina voluntad. No habéis de tomar ninguna cosa como venida acaso, o por industria y trazas de los hombres, porque eso es lo que suele dar mucha pena y congoja: no penséis que os vino esto o aquello, porque el otro lo meneó, y que si no fuera por tal o tal cosa, de otra manera sucedería. No habéis de hacer caso de eso, sino tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por cualquier vía y por cualquier rodeo que vengan; porque él es el que las envía por esos medios.

Solía decir uno de aquellos famosos Padres del yermo, que no podría el hombre tener verdadero descanso, ni contento en esta vida, si no hiciera cuenta que en este mundo solamente está Dios y él. Y san Doroteo, en la doctrina séptima, dice que aquellos Padres antiguos tenían grande ejercicio de tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por pequeñas que fuesen y de cualquiera manera que viesesen, y que con esto se conservaban en grande paz y quietud, y vivían una vida del cielo.

CAPÍTULO II.

En que se declara más el segundo fundamento.

Es una verdad tan asentada en la Escritura divina que todos los trabajos y males de pena vienen de la mano de Dios, que no era menester detenernos en probarla, si el demonio con su astucia no procurara oscurecerla; porque de la otra verdad también cierta, que dijimos, que es no ser Dios causa ni autor de pecado, infiere una conclusión falsa y mentirosa, haciendo creer a algunos que, aunque los males que nos vienen por medio de causas naturales y criaturas irracionales como la enfermedad, el hambre y esterilidad, vienen de mano de Dios, porque allí no hay pecado, ni le puede haber en esas criaturas, porque no son capaces de él; pero que el mal y trabajo que sucede por culpa del hombre que me hirió, o robó, o deshonró, no viene de la mano de Dios, ni guiado por su orden y providencia, sino por la malicia y dañada voluntad del otro, el cual es un error muy grande. Dice muy bien san Doroteo, en la doctrina séptima, reprendiendo esto, y a los que no toman las cosas como venidas de la mano de Dios: Hay algunos que cuando otro dice alguna palabra contra ellos o hace algún otro mal, olvidados de Dios, toda su saña convierten contra el prójimo, imitando a los perros que muerden la piedra, y no miran ni tienen cuenta con la mano que la tiró».

Para desterrar este error, y que vamos bien fundados en la verdad católica, notan los teólogos que en

el pecado que hace el hombre concurren dos cosas, la una el movimiento y acto exterior, la otra el desorden de la voluntad, con que se aparta de lo que Dios manda. De la primera es autor Dios, de la segunda el hombre. Pongamos caso, que un hombre riñe con otro y le mata; para matarle tuvo necesidad de echar mano a la espada, levantar y menear el brazo, tirar el golpe y hacer otros movimientos naturales que se pueden considerar por sí, sin el desorden de la voluntad del hombre que los hizo, para matar a otro. De todos estos movimientos en sí considerados es causa Dios y él los hace, como hace todos los otros efectos de las criaturas irracionales. Porque así como ellas no se pueden menear ni obrar sin Dios; así tampoco sin él no pudiera el tal hombre menear el brazo, ni echar mano a la espada. Y además de esto, aquellos actos naturales de sí no son malos, porque si el hombre usase de ellos para su necesaria defensa, o en guerra justa, o como ministro de justicia, y matase a otro, no pecaría. Pero de la culpa, que es el defecto y desorden de la voluntad con que el malo hace la injuria de aquella desviación de la razón y torcimiento de ella, no es causa Dios aunque la permite, porque pudiéndola impedir no la impide por sus justos juicios. Declaran esto con una comparación: tiene un hombre una herida en el pie y anda con él cojeando, la causa de que ande con el pie es la virtud y fuerza motiva del alma; mas del cojear, la causa es la herida y no la virtud del alma. Así en la obra que uno hace pecando, la causa de la

obra es Dios; mas que falte y peque obrando, es del libre albedrío del hombre.

De manera que, aunque Dios no es, ni puede ser, causa ni autor del pecado; pero tenemos de tener por cierto que todos los males de pena, ahora vengan por medio de causas naturales y de criaturas irracionales, ahora vengan por medio de criaturas racionales, por cualquier vía y de cualquier manera que vengan, vienen de la mano de Dios y por su dispensación y providencia. Dios es el que meneó la mano del que os lastimó y la lengua del que os dijo la palabra afrentosa. ¿Habrá algún mal en la ciudad que el Señor no haya hecho?». Dice el profeta Amos²¹ y está llena la sagrada Escritura de esta verdad, atribuyendo a Dios el mal que un hombre hizo a otro, y diciendo que Dios es el que hizo aquello. En el segundo libro de los Reyes²² en aquel castigo con que castigó Dios a David por medio de su hijo Absalón, por el pecado de adulterio y homicidio que cometió, dice Dios que él lo había de hacer. He aquí que yo levantaré el mal sobre ti, de tu misma casa, y a tus ojos tomaré tus mujeres y las daré a tu cercano; porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré estas cosas a vista de todo Israel, y a la vista del sol». Y de aquí es también que a los reyes impíos que por su soberbia y crueldad ejecutaban atrocísimos castigos en el pueblo de Dios, los llama la Escritura instrumentos de la justicia divina: ¡Ay de Asur vara

21 Cap. III, 6.

22 Cap. XII, 11, 12.

de mi furor²³». Y de Ciro, rey de los persas, por quien había el Señor de castigar los caldeos dice: Cuya diestra yo tengo de menear²⁴». Dice muy bien san Agustín a este propósito: Hace Dios con nosotros, como se suele haber acá un padre, que enojado con su hijo toma un palo que halló por ahí y castiga con él al hijo, y después al palo échale en el fuego, y al hijo hácele heredero de todos sus bienes. De esa manera, dice el Santo, suele también el Señor tomar a los malos por instrumento y azote para castigar a los buenos²⁵.»

En las historias eclesiásticas²⁶ leemos, que en la destrucción de Jerusalén, como Tito, capitán de los romanos, paseándose al rededor de la ciudad viese las cavas llenas de calaveras y cuerpos muertos, y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo con grande voz, y puso a Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Y cuando aquel bárbaro Alarico iba a saquear y destruir a Roma, le salió al encuentro un venerable monje, y le dijo que no quisiese ser causa de tantos males como en aquella jornada se cometería. Y él respondió: No voy yo por mi voluntad a Roma, mas una persona me combate cada día y me atormenta diciéndome: ve a Roma y destruye la ciudad²⁷. De manera que todas estas cosas vienen de mano de Dios y por orden y voluntad suya. Y así el real profeta David,

23 Isai. X, 5.

24 Ibid, XLV, 1.

25 Sup. Psalm. LXXIII.

26 P. I, lib. III, cap. 1.

27 P. II, lib. IV, cap. 2.

cuando Semei le maldecía y le tiraba piedras y polvo, dijo a los que le querían vengar de él: Dejadle que el Señor le mandó que me maldijese²⁸». Quiere decir, el Señor le ha tomado por instrumento para afligirme y castigarme.

Pero, ¿qué mucho es, reconocer a los hombres por instrumentos de la justicia y providencia divina, pues que lo son los mismos demonios, obstinados y empedernidos en su malicia, y ansiosos de nuestra perdición? Nótalos esto maravillosamente san Gregorio sobre aquello que dice la Escritura en el primer libro de los Reyes: «Un espíritu malo del Señor atormentaba a Saul²⁹». El mismo espíritu se llama espíritu del Señor, y espíritu malo: malo, por el deseo de su mala voluntad; y del Señor, para dar a entender que era enviado de Dios para dar aquel tormento a Saul, y que Dios lo obraba por él. Y así lo declara allí el mismo texto diciendo: Le atormentaba un espíritu malo por permisión del Señor³⁰». Y por la misma razón dice el Santo³¹, que a los demonios que atribulan y persiguen los justos, los llama la Escritura ladrones de Dios: ladrones, por la mala voluntad que tienen de hacernos mal; y de Dios, para darnos a entender que el poder que tienen para hacer mal lo tienen de Dios.

28 II Reg. XVI, 10.

29 Lib. XVIII Moral., cap. 3; I Reg. XVI, 23.

30 I Reg. XVI, 14.

31 Lib. XIV Moral., cap. 18

Y así pondera muy bien san Agustín: No dijo el santo Job³², el Señor me lo dio, y el demonio me lo quitó»; sino todo lo refirió luego a Dios y dijo: El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; porque sabia muy bien que el demonio no puede hacer más malo de lo que le es permitido por Dios. «Y prosigue el Santo: Ninguno diga, el demonio me hizo este mal , atribuid a Dios vuestro trabajo y azote ; porque el demonio no puede hacer nada, ni tocaros al pelo de la ropa, si Dios no le da licencia para ello³³». Aun en los puercos de los gerasenos no pudieron entrar los demonios, sin pedir primero licencia a Cristo nuestro Redentor, como cuenta el sagrado Evangelio³⁴. ¿Cómo os tocarán a vos ni os podrán tentar sin licencia de Dios? el que no pudo tocará los puercos, ¿cómo tocará a los hijos?

CAPÍTULO III.

De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios.

El bienaventurado san Basilio dice, que la suma de la santidad y perfección de la vida cristiana consiste en atribuir las causas de todas las cosas así grandes

32 Job, I, 21.

33 August. in Psalm. XXXI.

34 Math. VIII, 31.

como pequeñas a Dios, y conformarnos en ellas con su santísima voluntad. Pero para que entendamos mejor la perfección e importancia de esto, y así nos aficionemos más a ello y lo procuremos con mayor cuidado, iremos declarando en particular los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios. Cuanto a lo primero, esta es aquella resignación verdadera y perfecta que tanto engrandecen los Santos, y todos los maestros de la vida espiritual, y dicen que es raíz y principio de toda nuestra paz y quietud. Porque de tal manera sujeta, y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de barro en las manos del artífice para que haga de él todo lo que quisiere, no queriendo ya ser más suyo, ni vivir para sí, ni comer ni dormir, ni trabajar para sí, sino todo por Dios y para Dios. Pues eso hace esta conformidad porque con ella se entrega uno del todo a la voluntad de Dios de tal manera, que no desea ni procura otra cosa sino que en él se cumpla perfectamente la divina voluntad, así en aquello que el mismo hombre ha de hacer, como en todo lo que le puede acontecer; y así en las cosas prósperas y de consuelo como en las adversas y trabajosas. Lo cual agrada tanto a Dios, que por esto el rey David fue llamado de Dios varón segun su corazón. He hallado a David hombre segun mi corazón, que hará todas mis voluntades³⁵». Porque tenía su corazón tan rendido, y sujeto al cerra-

35 Act. XIII, 22.

zón del Señor, y tan pronto y dispuesto para cualquier cosa que él quisiese imprimir en él de trabajo o alivio, como está una cera blanda para recibir cualquiera figura o forma que le quisiesen dar. Que por eso dijo él una y otra vez: «Dispuesto está mi corazón, Dios mío, dispuesto y preparado está³⁶».

Lo segundo, el que tuviere esta conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, habrá alcanzado entera y perfecta mortificación de todas sus pasiones y malas inclinaciones. Bien sabemos cuán necesaria es esta mortificación, y cuán alabada y encomendada de los Santos y de la sagrada Escritura: pues esa mortificación es un medio que necesariamente se ha de presuponer para venir a alcanzar esta conformidad con la voluntad de Dios. De manera que este es el fin, y la mortificación es medio para alcanzarle; y el fin principal siempre suele ser más alto y más perfecto que el medio. Que la mortificación sea medio necesario para venir a alcanzar esta unión y conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios bien se ve; porque lo que nos impide esta unión y conformidad es nuestra propia voluntad y apetito desordenado; así cuanto uno mas negaré y mortificaré su voluntad y apetito, tanto más fácilmente se unirá y conformará con la voluntad de Dios. Para unir, y ajustar un palo basto con otro muy labrado y pulido es menester labrarle y desbastarle primero, porque sino no se podrá

36 Psalm. LVI, 8.

unir ni juntar bien con él. Pues eso hace la mortificación: vamos desbastando, acepillando y labrando, para que así nos podamos unir y ajustar con Dios, conformándonos en todo con su divina voluntad ; y así cuanto uno más se fuere mortificando, tanto más se irá uniendo y ajustando con la voluntad de Dios; y cuando estuviere perfectamente mortificado, llegará a esta perfecta unión y conformidad.

De aquí se sigue otra cosa, que puede ser la tercera, que esta resignación y conformidad entera con la voluntad de Dios es el mayor y más acepto y agradable sacrificio que el hombre puede ofrecer de sí a Dios. Porque en los otros sacrificios ofrécele sus cosas, mas en este ofrécese a sí mismo. En los otros sacrificios y mortificaciones mortificase uno en parte; en la templanza o en la modestia, en el silencio o en la paciencia ofrece a Dios parte de sí ; pero este es un holocausto en el cual se ofrece uno enteramente y del todo a Dios, para que haga del todo lo que quisiere, y cómo quisiese y cuándo quisiere, sin exceptuar ni sacar cosa alguna, ni reservar nada para sí. Y así, cuanto va del hombre a las cosas del hombre, cuanto va del todo a la parte, tanto va de este sacrificio a los demás sacrificios y mortificaciones.

Y estima Dios esto en tanto, que eso es lo que él quiere y pide de nosotros. Hijo, dame tu corazón³⁷». Así como el azor real no se ceba sino de corazones,

37 Prov. XXIII, 26.

así Dios lo que más aprecia y estima es el corazón; y si ese no le dais, con ninguna otra cosa le podréis contentar ni satisfacer. Y no nos pide mucho en pedirnos esto, porque si a nosotros, que somos un poco de polvo y ceniza, nonos basta a hartar ni contentar todo cuanto Dios tiene criado, ni estará satisfecho este nuestro pequenuelo corazón con menos que Dios; ¿cómo pensáis vos contentar y satisfacer a Dios, dándole aun no todo vuestro corazón, sino parte de él, y reservando parte para vos? Muy engañado estáis que no es nuestro corazón para poderle dividir ni repartir de esa manera «Porque estrecha es la cama, de modo que uno de los dos ha de caer; y una manta corta no puede cubrir al uno y al otro³⁸». Cama pequeña y estrecha es el corazón, dice el profeta Isaías, no cabe en él más que Dios. Y por eso le llama la Esposa, camilla pequeña. «En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma³⁹». Porque tenia su corazón estrechado de tal manera que en él no cabía otro que su Esposo. Y el que quisiere extender y dilatar su corazón para dar en él lugar a otro, echará a Dios de él. Y de eso se queja Su Majestad por Isaías: «Porque junto a mí te descubriste y recibiste al adúltero: ensanchaste tu lecho, y con ellos hiciste concierto⁴⁰». Adulterado habéis recibiendo en la cama de vuestro corazón a otro que a vuestro esposo, y por cubrir al adúltero, descu-

38 Isai. XXVIII, 20.

39 Cant. III, 1.

40 Isai. LVII, 8.

brís y echáis fuera a Dios. Mil corazones que tuviéramos los habíamos de ofrecer a Dios, y todo nos ha de parecer poco para lo que debemos a tan gran Señor.

Lo cuarto, como decíamos al principio⁴¹, quien tuviere esta conformidad tendrá perfecta caridad y amor de Dios, y cuanto más creciere en ella, tanto más irá creciendo en amor de Dios, y consiguientemente en la perfección, que consiste en esa caridad y amor. Lo cual fuera de lo dicho se corrige bien de lo que acabamos de decir. Porque el amor de Dios no consiste en palabras sino en obras. Dice san Gregorio: «La prueba del verdadero amor son las obras⁴²». Y cuanto las obras son más dificultosas y nos cuestan más, tanto más manifiestan el amor. Y así el apóstol y evangelista san Juan, queriendo declarar así el amor grande que Dios tuvo al mundo, como el amor grande que Cristo nuestro Redentor tenía a su Padre eterno; de lo primero dice: «Fue tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que nos dio a su unigénito Hijo⁴³», para que padeciese y muriese por nosotros. Y de lo segundo dice el mismo Cristo: «Para que conozca el mundo que amó a mi Padre, levantaos y vamos de aquí⁴⁴»; y el negocio a que iba, era a padecer muerte de cruz. En eso mostró y dio testimonio al mundo, que amaba a su Padre, en que cumplió su mandamiento tan riguroso. De manera que en las obras se muestra el amor,

41 Cap. I.

42 Hom in Evang.

43 Joan. III, 16.

44 Ibid, XIV, 3.

y tanto más, cuanto las obras son mayores y más trabajosas. Pues esta conformidad entera con la voluntad de Dios, como habernos dicho, es el mayor sacrificio que podemos hacer a Dios de nosotros: porque presupone una perfectísima mortificación y resignación, con la cual se ofrece uno a Dios Y se pone del todo en sus manos para que haga de él lo que quisiere. Y así no hay cosa en que más muestre uno el amor que tiene a Dios que en esto, pues le da y ofrece todo lo que tiene y todo lo que podía tener y desear, y si más tuviera y pudiera, todo se lo diera.

CAPITULO IV.

Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra.

El que llegare a tener esta conformidad entera con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas que sucedieren como venidas de su mano, y conformándose en ellas con su santísima y divina voluntad, habrá alcanzado una felicidad y bienaventuranza acá en la tierra: gozará de una paz y tranquilidad muy grande, tendrá siempre un gozo y alegría perpetua en su alma, que es la felicidad y bienaventuranza de que gozan acá los grandes siervos de Dios. Porque, como dice el Apóstol: «No está la bienaventuranza de esta vida en comer

y beber, y darse a pasatiempos y deleites sensuales, sino en la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo⁴⁵». Este es el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos acá gozar. Y con razón se llama esta bienaventuranza, pues nos hace en cierta manera semejantes a los bienaventurados. Porque así como allá en el cielo no hay mudanzas ni vaivenes, sino siempre permanecen los bienaventurados en un ser, gozando de Dios, así acá los que han llegado a esta entera y perfecta conformidad, que todo su contento es el contento y voluntad de Dios, no se inquietan ni turban con las mudanzas de esta vida ni con los varios sucesos que acontecen, porque está su voluntad y corazón tan unido y conforme con la divina voluntad, que el ver que todo aquello viene de su mano, y que se cumple en ello la voluntad y contento de Dios, hace que los trabajos se les conviertan en gozo, y los desconsuelos en alegría; porque más quieren y aman la voluntad de su amado que la suya. Y así, a estos tales no hay cosa que les pueda turbar. Porque si lo que les podía turbar y dar pena, que son los trabajos, adversidades y deshonras, toman ellos por particular regalo y consuelo, por venirles de la mano de Dios y ser aquella su voluntad, no queda cosa que les pueda inquietar ni quitar la paz y tranquilidad de su alma.

Esta es la causa de aquella paz y alegría perpetua, con que leemos que andaban siempre aquellos Santos

45 Rom. XIV, 17.

antiguos: un san Antonio, un san Domingo, un san Francisco y otros semejantes. Y lo mismo leemos de nuestro santo Padre Ignacio⁴⁶, y lo vemos ordinariamente en los grandes siervos de Dios. ¿Por ventura carecían de trabajos aquellos Santos? ¿No tenían tentaciones y enfermedades como nosotros? ¿No pasaban por ellos varios y diversos sucesos? sí por cierto, y más dificultosos que por nosotros. Porque a los más santos les suele Dios probar y ejercitar más con semejantes cosas. Pues, ¿cómo estaban siempre en un mismo ser? ¿con un mismo semblante? ¿con una serenidad y alegría interior y exterior, que siempre parece que era Pascua para ellos? La causa de esto era la que vamos diciendo, porque habían llegado a tener una conformidad entera con la voluntad de Dios, y puesto todo su gozo en el cumplimiento de ella, y así todo se les convertía en contento. «Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios⁴⁷». «No se contristaré el justo por cosa que le acontezca⁴⁸». El trabajo, la tentación y la mortificación, todo se les convertía en gozo, porque entendían que aquella era la voluntad de Dios, la cual era todo su contento. Habían alcanzado ya la felicidad y bienaventuranza de que acá en esta vida se puede gozar, y así andaban como en gloria. Dice muy bien a este propósito santa Catalina de Sena⁴⁹, que los justos son como Cristo

46 Lib. V, c. 5, de su vida.

47 Rom. VIII, 28.

48 Prov. XII, 21.

49 En los Dialog.

nuestro Redentor, el cual nunca perdió la bienaventuranza del ánimo, aunque tenía muchos dolores y penas. Así los justos nunca pierden esta bienaventuranza, que consiste en la conformidad con la voluntad de Dios, aunque tengan muchas adversidades. Porque siempre dura y permanece en ellos el gozo y contento de la voluntad y contento de Dios que en aquello se cumple.

Esta es una perfección tan alta y tan aventajada, que dice el apóstol san Pablo que sobrepuja todo sentido: «Y la paz de Dios, que sobrepuja todo sentido, guarde vuestros corazones y vuestras inteligencias en Jesucristo⁵⁰». Dice que esta paz sobrepuja todo sentido, porque es un tan alto y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender cómo sea posible que un corazón de carne esté quieto, pacífico y consolado en medio de los torbellinos y tempestades de las tentaciones y trabajos de esta vida. Parece eso a la maravilla de «la zarza que vio Moisés, que se ardía y no se quemaba⁵¹»: y al milagro de aquellos tres mancebos, que estaban en el horno de Babilonia, que en medio del fuego permanecieron sanos y enteros, alabando a Dios. Esto es lo que el santo Job hablando con Dios decía: «Maravillosamente, Señor, me atormentais⁵²»; dando a entender por una parte el trabajo y dolor grande que

50 Philip. IV, 7.

51 Exod. III, 2.

52 Job, X, 16.

padecía, y por otra el gusto y contento grande que tenía en padecerle, por ser aquella la voluntad y contento de Dios.

Cuenta Casiano⁵³, que estando un santo viejo en Alejandría cercado de grande muchedumbre de infieles que le decían maldiciones, él estaba en medio de ellos como un cordero, sufriendo y callando con grande quietud de corazón. Escarnecían de él, dábanle golpes y empellones, y hacíanle otras gravísimas injurias, y entre otras cosas le dijeron con escarnio: ¿qué milagros ha hecho Jesucristo? Respondió: los milagros que ha hecho son, que estando sufriendo las injurias que me hacéis, y otras mayores que fuesen, no me indigne, ni enoje contra vosotros, ni me turbe con alguna pasión. Esa es grande maravilla, y una muy alta y aventajada perfección.

De aquel monte de Macedonia, llamado Olimpo, dicen los antiguos, y lo trae san Agustín en muchos lugares⁵⁴, que es de tan grande altura, que no se sienten allá arriba ni vientos, ni lluvias, ni nubes. Ni aun las aves pueden aportar: allá, porque está tan alto, que sobrepuja esta primera región del aire, y llega a la segunda. Y así, está allí el aire tan puro y delicado, que no se pueden engendrar, ni sustentar en él las nubes, que habían menester aire más denso. Y por la misma razón no se pueden tener allí las aves, ni aun los

53 Collat. XII, c. 13.

54 August. lib. de Gen. ad lit.; en el imperfecto, cap. 13; lib. III, cap. 2; lib. I de Genesi contra Manich. c. 15; Luc. lib. II Pharsalicæ.

hombres pueden vivir allí: porque por ser el aire tan sutil y delicado, no es suficiente para poder respirar. Y de esto dieron noticia algunos que subían allá de año en año a hacer ciertos sacrificios. Los cuales llevaban consigo unas esponjas mojadas, para que puestas a las narices pudiesen condensar el aire, y así respirar. Estos escribían allá arriba en el polvo unas letras, las cuales hallaban otro año tan formadas y enteras como las habían dejado. Lo cual no pudiera ser, si llegaran allá los vientos y lluvias. Pues este es el estado de perfección a que han subido y llegado los que tienen esta conformidad entera con la voluntad de Dios: «El Olimpo se levanta sobre las nubes, y en su cima reina la paz». Hanse subido y levantado tan alto, han alcanzado ya una paz tan grande, que no hay nubes, ni vientos, ni lluvias que lleguen allá; ni hay aves de rapiña que salten ni roben la paz, y alegría de su corazón.

San Agustín⁵⁵, sobre aquellas palabras: «Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios⁵⁶», dice, que por eso llama Cristo nuestro Redentor a los pacíficos bienaventurados e hijos de Dios, porque no hay cosa en ellos que resista, ni contradiga a la voluntad de Dios, sino en todo se conforman con ella, como buenos hijos, que en todo procuran ser semejantes a su Padre, no teniendo otro querer ni no querer, sino lo que su Padre quiere o no quiere.

55 Lib I de serm. Dom, in monte, cap. 3.

56 Math. V, 9.

Este es uno de los puntos más espirituales y principales que hay en la vida espiritual. El que llegaré a tomar todas las cosas que le sucedieren, así grandes como pequeñas, como venidas de las manos de Dios; y a conformarse en ellas con su divina voluntad, de manera que todo su contento sea el contento de Dios, y el cumplimiento de su santísima voluntad, ese tal ha hallado el paraíso en la tierra. «Está hecho su asiento en paz, y su morada en Sion⁵⁷». Este tal, dice san Bernardo⁵⁸, podrá con toda seguridad y confianza cantar aquel cántico del Sabio: En todas estas cosas he buscado descanso, y habitaré en la herencia del Señor⁵⁹. Porque ha hallado el verdadero descanso, y el gozo lleno y cumplido, que nadie se lo podrá quitar. «Para que vuestro gozo sea cumplido, y ninguno os quitará vuestro gozo⁶⁰». ¡Oh si acabásemos de poner todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que nuestra voluntad sea siempre la suya, y nuestro contento el suyo! Que no tenga yo, Señor, otro querer, ni no querer, sino lo que Vos queréis, o no queréis; y que ese sea mi consuelo en todas las cosas. Más a mí bueno me es el apegarme a Dios: el poner en el Señor Dios mi esperanza⁶¹» ¡Oh cuán bueno sería para mi alma juntarme de esta manera con Dios! ¡Oh qué dichosos seríamos si estuviésemos siempre unidos con él, que no mirásemos en todo lo que hace-

57 Psalm. LXXV, 3.

58 In Sentent.

59 Eccli. XXIV, 11.

60 Joan. XVI, 24, 22.

61 Psalm. LXXII, 28.

mos y padecemos sino que estamos cumpliendo la voluntad de Dios; y ese fuese todo nuestro contento y regocijo! Esto es lo que dice aquel Santo: «Aquel a quien todas las cosas le fueren uno, y todas las cosas trajere a uno y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazón, y permanecer pacífico en Dios⁶²».

CAPÍTULO V.

Que en solo Dios se halla contento, y el que le pusiere en otra cosa no podrá tener verdadero contento.

Los que pone su contento en Dios y en su divina voluntad, gozan de un contento y alegría perpetua; porque, como están asidos a aquella firme columna de la voluntad de Dios, participan de aquella inmutabilidad de la divina voluntad; y así están siempre firmes e inmobiles, y en un mismo ser. Pero los que están asidos a las cosas del mundo, y tienen puesto su corazón y contento en ellas no pueden tener contento verdadero ni durable; porque andan con las cosas y dependen de ellas, y así están sujetos a las mudanzas de ellas. El glorioso san Agustín declara esto muy bien sobre aquello del Profeta: «Concibió el dolor, y parió la iniquidad⁶³» dice: «Tened por cierto,

62 kempis, lib. I de contemptu mundi, c. 3.

63 Psalm, VII, 15.

que mientras no pusiéreis vuestro contento en lo que no os pueda nadie quitar contra vuestra voluntad, siempre estaréis con pena y con sobresalto».

De nuestro Padre san Francisco de Borja leemos⁶⁴, que cuando llegó a Granada con el cuerpo de la emperatriz, al tiempo que hubo de hacer la entrega de él, destaparon la caja de plomo en que iba, y descubrieron su rostro, él cual estaba tan trocado, tan feo y desfigurado, que ponía horror a los que le miraban. Causó esto en él tanto sentimiento, que trocándole Dios el corazón con aquel desengaño tan grande del mundo, propuso firmemente: «Yo os ofrezco, Dios mío, de no servir más a señor que se me pueda morir». Pues tomemos nosotros esta resolución, que es muy buena: Yo propongo, Señor, no poner de aquí adelante mi corazón en otra persona que se me pueda morir, en cosa que se pueda acabar, ni en cosa que otro me pueda quitar contra mi voluntad; porque de otra manera no podrémos tener contento verdadero.

Porque si tenéis puesto vuestro amor y afición en aquello que os pueden quitar contra vuestra voluntad, dice san Agustín, trat. XXIV sobre san Juan, claro está que cuando os lo quitaren, lo habéis de sentir». Esa es cosa natural: no se deja sin dolor lo que se posee con amor: y cuanto mayor fuere el amor tanto mayor será el dolor. Y confirmando esto mismo en otro lugar, dice: «El que quiere alegrarse de sí, estará triste». Si po-

64 Lib. I c. 7 ejus vitæ.

néis vuestro contento en tal oficio, o en tal ocupación, o en estar en tal lugar, o en otra cosa semejante, ese contento fácilmente os le podrá quitar el superior, y así nunca viviréis contento. Si ponéis vuestro contento en las cosas, o en el cumplimiento de vuestra voluntad, esas se mudan fácilmente, y cuando ellas no se mudasen, vos mismo os mudáis, porque lo que hoy os agrada y contenta, mañana os desagrada y descontenta. Sino vedlo en aquel pueblo de Israel, que en teniendo el maná, se enfadaron y pidieron otro manjar, y en viéndose libres, luego tornaron a desear la sujeción, y suspiraban por Egipto, y por los ajos y cebollas que allá comían, y desearon muchas veces volverse allá. Nunca 'tendréis contento si le ponéis en esas cosas. «Empero el que pusiere todo su contento en Dios», y en el cumplimiento de su divina voluntad, ese siempre vivirá contento: porque Dios es sempiterno», nunca se muda, siempre permanece en un ser. Pues, «¿queréis, dice el Santo, tener un gozo y un contento perpetuo y sempiterno? poned vuestro corazón en Dios, que es sempiterno».

El Espíritu Santo⁶⁵ pone esta diferencia entre el hombre necio, y el hombre sabio y santo: «El necio múdase como la luna», hoy creciente y mañana menguante; hoy le veréis alegre, mañana triste; ahora de un temple, luego de otro; porque tiene puesto su amor y contento en las cosas del mundo mudables y pere-

65 Eccli. XXVII, 12

cederas; y así anda al son de ellas, y múdase conforme al suceso de ellas. Anda con la luna como la mar, es lunático. «Pero el justo y santo permanece como el sol», siempre de una misma manera, y en un mismo ser, no hay en él crecientes ni menguantes. El verdadero siervo de Dios siempre anda alegre y contento; porque tiene puesto su contento en Dios, y en el cumplimiento de su santísima voluntad, que no puede faltar, ni nadie se le puede quitar.

De aquel santo abad, que llamaban Deícola, se dice, que siempre se andaba riendo. Y preguntando por qué, decía: «Nadie es capaz de quitarme a Cristo». Sea lo que fuere, y venga lo que viniere, nadie me puede quitar a Dios. Este había hallado el verdadero contento; porque le había puesto en lo que no podía faltar, ni nadie le podía quitar. Pues hagámoslo nosotros así. Sobre estas palabras del salmo XXXII, 1: «Regocijaos, justos, en el Señor», dice san Basilio: Advertid, que no dice el Profeta que os alegréis en la abundancia de las cosas temporales, ni en que tenéis mucha habilidad o grandes letras y talentos; ni en que tenéis mucha salud, y muchas fuerzas corporales; ni en que sois muy tenido y estimado de los hombres, sino que os alegréis en el Señor, que pongáis todo vuestro contento en Dios, y en el cumplimiento de su santísima voluntad; porque eso solo es lo que harta, y todo lo demás no puede satisfacer, ni dar verdadero contento.

San Bernardo en un sermón que hace sobre aquellas palabras de san Pedro: «He aquí que nosotros todo

lo hemos dejado, etc.⁶⁶», va declarando y probando esto muy bien; dice: «Todas las demás cosas, fuera de Dios, pueden ocupar el alma y el corazón del hombre; pero no le pueden hartar»; pueden provocar e incitar el hambre, pero no la pueden matar. Como el avariento, dice el Sabio⁶⁷, tiene mucha hambre de dineros, pero por más que tenga no se hartará»; y así es de todas las demás cosas del mundo, que no podrán hartar nuestra alma. Y da la razón de esto san Bernardo⁶⁸: ¿Sabéis por qué las riquezas y todas las cosas del mundo no os pueden hartar? «porque no son manjar natural ni proporcionado del alma». Así como el aire y el viento no es manjar natural ni proporcionado de nuestro cuerpo, y os reiríais si vieseis a un hombre que está muerto de hambre ponerse abierta la boca al aire, como camaleón, pensando que con aquello se había de hartar y sustentar, y le tendríais por loco; así no es menor locura dice el Santo, pensar que el alma racional del hombre, que es espíritu, se ha de hartar con las cosas temporales y sensuales. «Hincharse puede, como el otro con el aire, pero hartarse es imposible,» porque no es ese su manjar. Dadle a cada uno sustento proporcionado; al cuerpo manjar corporal, y al espíritu, espiritual. «El pan del alma su manjar natural y proporcionado es la justicia y la virtud. Y así solamente los que tienen hambre y sed de esa

66 Matth. XIX, 27

67 Eccles, v, 9

68 Tract. de diling. Deo, c. 3, in fine.

justicia serán bienaventurados; porque esos serán hartos⁶⁹».

El bienaventurado san Agustín, declarando más esta razón en los Soliloquios, capítulo 30, hablando del alma racional, dice: «Hicistes, Señor, al alma racional capaz de vuestra Majestad, de tal manera: que ninguna otra cosa la pueda satisfacer ni hartar sino Vos». Cuando el hueco y encaje de un anillo está hecho a la medida de alguna piedra preciosa, ninguna otra cosa que pongáis allí viene bien, ni acaba de llenar el tal vacío, sino solo aquella piedra preciosa, a cuya medida se hizo: y si el hueco es triangular, ninguna cosa redonda le podrá llenar. Pues nuestra alma fue criada a imagen y semejanza de la santísima Trinidad, con un vacío, y con un hueco y encaje en nuestro corazón capaz de Dios, y proporcionado para recibir en sí al mismo Dios. Y así es imposible que otra cosa pueda henchir y llenar ese vacío sino el mismo Dios: todo el mundo redondo no bastará para llenarle. «Hicístenos, Señor, para Vos, y así no se puede quitar, ni sosegar nuestro corazón, ni tener descanso, sino en Vos⁷⁰».

Es muy buena comparación, y que declara esto bien, aquella común que se suele traer de la aguja del relojito del sol. La naturaleza de esta aguja, después de tocada con la piedra imán, es mirar al Norte, porque Dios le dio esa natural inclinación, y veréis qué desasosiego tiene aquella aguja, y qué de veces se vuel-

69 Ibid

70 Lib. I de las Confes., c. 1

ve, y se revuelve, hasta que endereza la punta al Norte: y esto hecho, luego para. Pues de esta manera crió Dios al hombre con esta natural inclinación y respeto a él, como a su norte y último fin: y así mientras no pusiéremos nuestro corazón en Dios, siempre estaremos como aquella aguja inquietos y desasosegados. A cualquier parte del cielo de las que se mueven, que mire aquella aguja no sosiega, y en mirando a un punto del cielo que no se mueve, queda fija e inmóvil. Así, mientras pusiéreis los ojos y el corazón en las cosas del mundo mudables y perecederas, no podréis tener sosiego ni contento: ponedle en Dios, y tendrísle.

Esto nos había de mover mucho a buscar a Dios, aunque no fuese sino por nuestro propio interés; porque todos deseamos tener contento. Dice san Agustín⁷¹: «Bien sabemos, hermanos míos, que todo hombre naturalmente desea contento y descanso», y lo procura cuanto puede, porque no puede vivir sin él; «pero todo el acierto o engaño de los hombres está en acertar a poner los ojos y el corazón en el verdadero contento, o en el aparente y falso». El avariento, el lujurioso, el soberbio, el ambicioso y el glotón, todos desean tener contento: sino que el uno pone su contento en tener muchas riquezas; el otro en las honras y dignidades; el otro en comer y banquetear; el otro en sus deleites deshonestos: no acertaron a poner su contento en lo

71 Serm. XXX de Sanctis.

que le habían de poner, y así nunca en ninguna manera lo hallaron. Porque todas esas cosas y todo cuanto hay en el mundo no basta para hartar el alma ni para darle contento. Y así dice el Santo⁷²: «¿Para qué te cansas, hombrecillo, buscando las cosas de acá? si quieres tener hartura y contento, ama a Dios, y eso basta; porque en él están todos los bienes, y él solo es el que puede hartar y llenar el deseo de tu corazón. Bendice, alma mía, al Señor que llena de bienes tu deseo⁷³». Bendito, alabado y glorificado sea él por ello para siempre jamás. Amen.

CAPÍTULO VI.

En que se declara por otra vía como el conformarnos con la voluntad de Dios es medio para tener contento.

El glorioso Agustín, sobre aquellas palabras del Salvador: «Cualquiera cosa que pidiéreis a mi Padre en mi nombre, os la concederá⁷⁴», dice, que no ha uno de buscar paz y quietud por vía de hacer su voluntad, y de alcanzar lo que apetece; porque no es eso lo bueno, ni lo que le conviene: antes por ventura será eso

72 De spirit. et anim., c.54

74 Joan. XII, 15.

73 Psalm. cII, 2,5.

malo para él, sino allanándose en lo bueno o mejor que Dios le ofrece: y eso es lo que ha de pedir a Dios. «Cuando no hallamos satisfacción en las cosas buenas, sino en las malas, no debemos pedir a Dios que nos conceda las malas, sino mas bien que nos dé gusto por las buenas⁷⁵». Si no halláis gusto en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que es lo bueno, sino que vuestro gusto y apetito se va al cumplimiento de vuestra voluntad, habéis de pedir y suplicar a Dios, no que os conceda lo que vos queréis, sino que os dé gusto en el cumplimiento de su voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene. Y trae a este propósito aquello de los Números⁷⁶, cuando los hijos de Israel se enfadaron del maná del cielo que Dios les enviaba, y desearon y pidieron carne. Cumplióles Dios su deseo, pero muy a costa suya; porque aun estaban sus manjares en su boca, y la ira de Dios subió sobre ellos. «Y mató a los opulentos de ellos, y a los escogidos de Israel dio por el pie⁷⁷». Castigólos Dios haciendo una grande matanza en ellos. Claro está que era mejor el maná del cielo que Dios les enviaba, que la carne que ellos pedían, y las cebollas y ajos de Egipto, por que suspiraban; y así no habían de pedir a Dios eso, dice el Santo, sino que les sanase el paladar, para que les supiese bien el manjar del cielo, y gustasen de él, y de esa manera no tuvieran que desear otro manjar, pues

75 Tract. LXXV, sup. Joan.

77 Psalm. LXXVII, 30, 31.

76 C. XVII, 8.

en el maná tenían todas las cosas y todos los sabores que podían desear⁷⁸. De la misma manera cuando vos estáis con la tentación, o con la pasión, y tenéis el gusto estragado, y así no gustáis de la virtud, ni de lo bueno, sino que como enfermo apeteceís lo malo y lo dañoso, no os habéis de regir por vuestro apetito, ni querer que se cumpla lo que deseáis, porque eso no será medio para tener contento, sino para tener después mayor descontento, y mayor inquietud y desasosiego. Lo que habéis de desear y pedir a Dios es, que os sane el paladar, y os dé gusto en el cumplimiento de su santísima voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene: y de esa manera vendréis a alcanzar la verdadera paz y el verdadero contento.

San Doroteo, en la doctrina nona, lleva esto por otro camino, o por mejor decir, declara esto mismo de otra manera. Dice, que el que en todo conforma su voluntad con la de Dios, de manera que no tiene otro querer ni no querer sino lo que Dios quiere o no quiere, viene de esa manera a hacer siempre su propia voluntad, y a tener siempre mucha paz y quietud. Pongamos ejemplo en la obediencia, y con eso quedará declarado lo que queremos decir, y haremos de un camino dos mandados. Decimos comúnmente a los que quieren ser religiosos y seguir el camino de la obediencia: Mirad, que acá en la religión no habéis de hacer vuestra voluntad en ninguna cosa; y dice san

78 Sap. XVI, v. 20.

Doroteo: andad, que bien podéis hacer vuestra voluntad. Yo os daré un medio con que hagáis todo el día vuestra voluntad, no solo lícita, sino santamente, y con mucha perfección. ¿Sabéis cómo? «El que no tiene propia voluntad, siempre hace su propia voluntad». El religioso que es buen obediente, y no tiene propia voluntad, siempre hace suya la voluntad ajena. Y de aquí es que, no queriendo cumplir la propia voluntad, se halla el haber cumplido siempre su voluntad». Procurad vos que vuestra voluntad no sea otra sino la voluntad del Superior, y así todo el día andaréis haciendo vuestra voluntad y con mucha perfección y merecimiento. Porque de esa manera yo duermo lo que quiero, porque no quiero dormir más de lo que tiene ordenado la obediencia. Y como lo que quiero, porque no quiero comer más de lo que me dan. Y tengo la oración que quiero, y la lección y ocupación, y penitencia que quiero, porque no quiero en eso sino lo que la obediencia me tiene tasado y ordenado. Y así en todo lo demás. De manera, que el buen religioso, no queriendo hacer su voluntad, viene a hacer siempre su voluntad. Y con eso andan tan alegres y contentos los buenos religiosos. Aquel hacer suya la voluntad de la obediencia los trae alegres y contentos.

En esto está todo el punto de la facilidad, o dificultad de la religión, y de esto depende la alegría y contento del religioso. Si vos os resolvéis en dejar vuestra propia voluntad, y tomar por vuestra la voluntad del Superior, haráseos muy fácil y suave la religión, y

viviréis con mucho contento y alegría. Pero si tenéis otra voluntad diferente de la del Superior, no podréis vivir en la religión: dos voluntades diferentes en uno no se pueden compadecer: aun con no tener nosotros sino una voluntad sola, por tener un apetito sensitivo que contradice a la voluntad y a la razón, no nos podemos averiguar con él, con ser ese apetito inferior y subordinado a nuestra voluntad; ¿qué será con dos voluntades, que cada una pretende ser la señora? «Ninguno puede servir a dos señores⁷⁹». Que no está la dificultad de la religión, tanto en las cosas y trabajos que hay en ella cuanto en la repugnancia de nuestra voluntad, y en la aprehensión de nuestra imaginación: esa es la que nos hace las cosas pesadas y dificultosas. Entenderse ha esto bien por la diferencia que experimentamos en nosotros cuando tenemos tentaciones, y cuando no las tenemos: porque cuando estamos sin tentaciones, vemos que se nos hacen las cosas fáciles y ligeras; pero vendráos una tentación, y cargará sobre vos una tristeza y melancolía, y entonces lo que se os solía hacer fácil, se os hace muy dificultoso, y os parece que no lo podéis llevar, sino que se junta el cielo con la tierra. No está la dificultad en la cosa, pues esa es la misma que se era antes, sino en vuestra mala disposición como cuando el enfermo aborrece el manjar, no está la falta en el manjar, que ese bueno es, y bien guisado está, sino en el mal humor del enfer-

79 Matth. VI, 24.

mo, el cual le hace que le parezca el manjar malo y desabrido. Así es acá.

Esta es la merced que hace Dios a los que llama a la religión, que les da gusto y sabor en seguir la voluntad ajena: esa es la gracia de la vocación con que nos aventajó el Señor, sobre nuestros hermanos, que se quedaron allá en el mundo. ¿Quién os dio a vos esa facilidad en dejar voluntad, y seguir la ajena? ¿quién os dio un corazón nuevo, con que aborreciéseis las cosas del mundo, y gustáseis del regogimiento, y de la oración y mortificación? no os nacistes vos con eso, no por cierto, sino antes con lo contrario: «Porque el sentido y el pensamiento del corazón humano son propensos al mal desde su juventud⁸⁰» Gracia y don fue ese del Espíritu Santo: él es el que, como buena madre, os puso acíbar en los pechos del mundo, para que se os hiciese amargo lo que antes os era dulce, y miel suavísima en las cosas de la virtud y de la religión, para que se os hiciese sabroso y suave lo que antes os parecía amargo y desabrido⁸¹. Decía la otra Santa (santa Agata): «Gracias infinitas os doy, Señor, porque me habéis guardado y escogido desde mi niñez, y porque habéis quitado de mi corazón el amor del siglo». Que no es mucho lo que nosotros hacemos en ser religiosos; sino es mucha, y muy grande, la merced que el Señor nos ha hecho en traernos a la religión, y hacer que gustemos del maná del cielo,

80 Genes, VIII, 21.

81 Ambrosius, Psalm. CXVIII.

gustando los otros y entreteniéndose con los ajos y cebollas de Egipto.

Algunas veces me pongo a considerar, como los del mundo dejan su voluntad y hacen propia la ajena por sus ganancias e intereses, desde el grande que está al lado del rey, hasta el lacayo y mozo de caballos. Comen, como dicen, a hambre ajena, y duermen a sueño ajeno, y están tan hechos a aquello, y han hecho tan suya la voluntad ajena, que gustan ya de aquella manera de vida, y la tienen por entretenimiento: «Y aquellos ciertamente lo hacen por recibir una corona corruptible, cuando la nuestra ha de ser incorruptible⁸²». Pues, ¿qué mucho que nosotros gustemos de un modo de vivir tan concertado, como el de la religión, y hagamos propia la Voluntad del Superior, que es mejor que la nuestra? Si aquellos por una poca de honra y de interés temporal hacen tan suya la voluntad ajena, que les es ya gusto y entretenimiento el seguirla, y el hacer de las noches días, y de los días noches; ¿qué mucho que nosotros hagamos esto por el amor de Dios y por alcanzar la vida eterna? Pues resolvámonos en hacer nuestra la voluntad del Superior y de esa manera siempre harémos nuestra voluntad, y viviremos muy contentos y alegres en la religión y será nuestra alegría gozo muy espiritual.

Ahora, volvamos a nuestro intento, y apliquemos esto a nuestro propósito. Hagamos nuestra la volun-

82 I Cor. IX, 25.

tad de Dios, conformándonos con ella en todas las cosas, y no teniendo otro querer ni no querer sino lo que Dios quiere o no quiere; y de esa manera vendremos a hacer siempre nuestra propia voluntad, y a vivir con grande contento y alegría. Claro está que si vos no quisiéreis sino lo que Dios quiere, que se cumplirá vuestra voluntad porque se cumplirá la de Dios, que es lo que vos queréis y deseáis. Aun allá Séneca acertó a decir esto. Lo mas subido y perfecto del hombre dice⁸³, es saber sufrir con alegría los trabajos y adversidades, y, llevar todo lo que sucediere, como si por su voluntad propia le sucediese. Porque obligado está el hombre a quererlo así, sabiendo que es esa la divina voluntad. ¡Oh qué contentos viviríamos, si acertásemos a hacer nuestra la voluntad de Dios, y a nunca querer sino lo que él quiere! no solo porque siempre se cumpliría nuestra voluntad, sino principalmente por ver que siempre se cumple y hace la voluntad de Dios, a quien tanto amamos. Que aunque nos hayamos de ayudar de lo dicho, pero en esto habemos de venir a parar. Y esto es en lo que habemos de poner todo nuestro contento, en el contentamiento de Dios, y en el cumplimiento de su santísima y divina voluntad: «Todas las cosas que el Señor quiso, hizo en el cielo, en la tierra en el mar y en todos los abismos⁸⁴». Todas las cosas que el Señor quiso, hizo: y hará todas

83 In Præfat. lib. III nat. quæst.

84 Psalm. XXXIV, 6

las que quisiere. Y puede hacer cuanto puede querer, como dice el Sabio: Está en tu mano, el poder hacer lo que quisieres⁸⁵». Y no hay quien se lo pueda estorbar, ni quien lo pueda resistir: Todo está bajo vuestro imperio, y no hay quien pueda resistir a vuestra voluntad⁸⁶» «Porque, ¿quién podrá resistir a su voluntad⁸⁷?».

CAPÍTULO VII.

De otros bienes y provechos que hay en esta conformidad con la voluntad de Dios.

Otro grande bien y provecho hay en este ejercicio, y es, que esta conformidad y resignación entera con la voluntad de Dios es de las mejores y más principales disposiciones que de nuestra parte podemos poner para que el Señor nos haga mercedes, y nos llene de bienes. Y así, cuando Dios nuestro Señor quiso hacer a san Pablo, de perseguidor, predicador y apóstol suyo, le previno y dispuso con esta disposición. Envióle una gran luz del cielo, que le derribó del caballo, y le abrió los ojos del alma, y le hizo decir⁸⁸: «Señor, qué queréis que haga?» veisme aquí, Señor, cómo un poco de

85 Sap. XII, 18.

86 Esther, XIII, 18.

87 Rom. IX, 19.

88 Act. IX, 6

barro en vuestras manos, para que hagáis de mí lo que quisiereis. Y así hizo Dios de él un vaso escogido, para que llevase y predicase su nombre por todo el mundo⁸⁹». De la santa virgen Gertrudis se lee⁹⁰, que le dijo Dios: Cualquiera que desea que yo venga libremente a morar en él, ha de entregarme la llave de la propia voluntad, sin volvérmela más a pedir. Por esto, nuestro Padre⁹¹ nos pone esta resignación e indiferencia por la principal disposición para recibir grandes mercedes de Dios. Y con esa quiere que entre uno en los ejercicios. Y ese es el fundamento que nos pone al principio de ellos. Que estemos indiferentes y despegados de todas las cosas del mundo, no deseando más esto que aquello; sino deseando que en todo se cumpla y haga en nosotros la voluntad de Dios. Y en las reglas o anotaciones que pone, para más ayudar así al que da, como al que hace los ejercicios, en la quinta de ellas dice, ayudarle muy mucho al que hace los ejercicios entregarse y ofrecerse liberalmente, y del todo, en las manos de Dios, para que haga de él y de sus cosas lo que él fuere más servido. Y la razón de ser esta tan gran disposición y medio para que el Señor nos haga mercedes, es, porque por una parte se quitan con esto los estorbos e impedimentos que podía haber de nuestras malas aficiones y deseos; y porque por otra cuanto uno más se fía de Dios, poniéndose del

89 Ibid, V, 15.

90 Apud Blos., c. 11 Monillis spirit.

91 En el libro de su Ejerc.

todo en sus manos y no queriendo sino lo que él quiere, tanto más obliga a Dios a que mire por él y por todo lo que le conviene.

Por otra vía es también esta conformidad con la voluntad de Dios medio muy eficaz para adquirir y alcanzar todas las virtudes. Porque estas se adquieren con el ejercicio de sus actos. Ese es el modo natural para alcanzar los hábitos; Y de esa manera quiere también Dios darnos la virtud porque quiere él obrar las obras de gracia conforme a las obras de naturaleza. Pues ejercitaos vos en esta resignación y conformidad con la voluntad de Dios, y de esa manera os ejercitaréis en todas las virtudes, y así las vendréis a alcanzar. Porque unas veces se os ofrecerán ocasiones de humildad, otras de obediencia, otras de pobreza, otras de paciencia, y así de las demás virtudes. Y mientras más os ejercitaréis en esta resignación y conformidad con la voluntad de Dios, y más fuereis creciendo y perfeccionándoos en ella, más iréis creciendo y perfeccionándoos en todas las virtudes. «Júntate con Dios y sufre con paciencia, para que al fin crezca tu vida⁹²». Dice el Sabio: Juntaos con Dios, conformaos en todo con su voluntad. Conglutinaré Deo, dice otra letra: «Allegaos, y uníos con él», y de esa manera creceréis y aprovecharéis mucho. Por esto aconsejan los maestros de la vida espiritual, y es maravilloso consejo, que pongamos los ojos en una virtud superior, la

92 Eccli. II, 3.

cual encierre en sí las demás, y que esa procuremos principalmente en la oración, y a esa enderecemos el examen y todos nuestros ejercicios; porque poniendo los ojos en una cosa, es mas fácil dar tras ella, y alcanzada esa, se alcanza todo. Pues una de las cosas principales en que podemos poner los ojos para esto, es esta resignación y conformidad entera con la voluntad de Dios. Y así, en esta, será muy bien empleada la oración y el examen, aunque gastemos en eso muchos años y toda la vida; porque si esta alcanzamos, alcanzaremos todas las virtudes.

Sobre aquellas palabras del apóstol san Pablo: «Señor, ¿qué queréis que haga, dice san Bernardo⁹³. ¡Oh palabra breve, pero llena, todo lo abraza, ninguna cosa deja! Señor, ¿qué queréis que haga? palabra breve, pero compediosa, pero viva, pero eficaz y digna de ser muy estimada». Pues si queréis un documento breve y compendioso para alcanzar la perfección, este es; decid siempre con el Apóstol: Señor, ¿qué queréis que haga? y, con el Profeta : «dispuesto y preparado está mi corazón, Señor, dispuesto y preparado está» para todo lo que quisiéreis de mí⁹⁴. Traed siempre esto en la boca y en el corazón, y al paso que fuéreis creciendo en esto, iréis creciendo en perfección.

Otro bien y provecho hay también en este ejercicio, y es que podemos sacar de él un remedio muy bueno para cierto género y manera de tentaciones que

93 Serm. I de convers. S. Sauli.

94 Psalm. LVI, 8.

se suelen ofrecer. El demonio procura algunas veces inquietarnos con algunas tentaciones de pensamientos condicionales y de preguntas: si el otro te dijese esto, ¿qué responderías? si acaeciese esto, ¿qué harías? en este caso, ¿cómo te habrías? y como él es tan sutil, representanos las cosas de tal manera que por cualquiera parte parece que nos hallamos perplejos, y no acertamos a salir por hallar allí armado lazo; porque el demonio no cura de que sea verdadero o aparente y fingido aquello con que engaña; como él haga su hecho de traer al hombre al consentimiento malo, no lo importa más eso que es otro. En estas tentaciones, dicen comúnmente que no está uno obligado a responder ni sí, ni no; antes hará mejor en no responder. Y especialmente a gente escrupulosa les conviene más esto; porque si comienzan a trabar pláticas con el demonio, y andar en demandas y respuestas con él; eso es lo que él quiere, porque a él no le faltarán réplicas; y por bien librados que salgan de la escaramuza, saldrán quebrada la cabeza. Pero una respuesta hallo yo buena y provechosa para estas tentaciones y responder esto lo tengo por mejor que el no responder, y es lo que vamos diciendo: a cualquiera cosa de esas puede uno responder a ojos cerrados: si eso es voluntad de Dios, yo lo quiero; si Dios quiere eso, yo también lo quiero; yo querría en eso lo que Dios quisiese; en todo me remito a la voluntad de Dios; yo haría en eso lo que fuese obligado: el Señor me daría gracia para que en eso no le ofendiese, sino que hiciese lo

que fuese su voluntad. Esta es una respuesta general que satisface muy bien a todo, y no tiene dificultad así en general, sino mucha facilidad; porque si es voluntad de Dios, es buena; si es voluntad de Dios, es lo mejor; si es voluntad de Dios, es lo que a mí más me conviene. Bien seguramente me puedo arrojar en la voluntad de Dios y decir todas estas cosas; y con eso quedará el demonio muy burlado y confundido; y nosotros muy contentos y animados con la victoria. Así como en las tentaciones de fe aconsejan que no respondamos a ellas en particular, especialmente a los escrupulosos, sino que digamos en general, yo tengo y creo todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia; así en estas tentaciones es muy buen remedio no responder en particular, sino acogernos a la voluntad de Dios, que es sumamente buena y perfecta.

CAPITULO VIII.

En que se confirma con algunos ejemplos cuánto agrada a Dios este ejercicio de la conformidad con su voluntad, y la perfección grande que hay en él.

Cuenta Cesario⁹⁵, que en un monasterio había un monje, al cual había Dios dado tanta gracia de hacer

95 Lib. X Dialog., cap. 6.

milagros que, con solo tocar sus vestiduras o el ángulo con que se ceñía, sanaba los enfermos. Lo cual como considerase atentamente su abad, y por otra parte no viese en aquel monje cosa especial que resplandeciese de santidad, llamóle aparte, y preguntóle que le dijese la causa de hacer Dios por él tantos milagros: él respondió que no lo sabia, porque yo, dice, no ayuno más que los demás, ni hago más disciplinas ni penitencias, ni tengo más tiempo de oración, ni trabajo, ni velo más. Lo que puedo decir de mí es, que ni las cosas prósperas me levantan, ni las adversas me desmayan; ninguna cosa que acontezca me turba ni inquieta. Con la misma paz y sosiego está mi alma en todos los sucesos por diversos que sean, ahora sean propios, ahora ajenos. Díjole el abad: ¿no os turbastes o inquietantes algo el otro día, cuando aquel caballero nuestro contrario pegó fuego a nuestra granja y la quemó? no, dice, ninguna turbación sentí en mi alma, porque todo lo tengo ya dejado en las manos de Dios, y así lo próspero como lo adverso, y lo poco como lo mucho, lo tomo por igual hacimiento de gracias, como venido de su mano. Y conoció entonces el abad que esta era la causa de aquella virtud de hacer milagros.

Blosio cuenta⁹⁶, que siendo preguntado de un teólogo cierto pobre mendigo de vida perfecta, cómo había alcanzado la perfección; respondió de esta manera: Determiné llegarme a sola la divina voluntad, con la

96 In append, ad institut. spiritual. c.3, in fine.

cual de tal suerte conformé la mía, que cuanto Dios quiere también lo quiero yo. Cuando el hambre me fatiga, cuando el frío me molesta, alabo a Dios. Ahora sea el aire sereno, ahora recio y tempestuoso, asimismo alabo a Dios. Cualquiera cosa que él me da o permite que me venga, ahora sea próspera, ahora adversa, ahora sea dulce, ahora amarga y desabrida, la recibo de su mano con grande alegría como cosa muy buena, resignándome todo en él con humildad. Jamás pude hallar descanso en cosa alguna que no fuese Dios. Y ya hallé a mi Dios, donde tengo descanso y paz eterna.

El mismo cuenta⁹⁷ de una santa virgen, que siendo preguntada cómo había alcanzado la perfección, respondió: Todos los trabajos y adversidades las tomé con gran conformidad, como venidas de la mano de Dios; y a cualquiera que me hacia alguna injuria o me daba alguna molestia, procuré recompensárselo haciéndole algún particular beneficio. A ninguno me quejé de mis trabajos, sino solamente acudí a Dios, del cual recibía luego esfuerzo y consuelo.

De otra virgen de gran santidad dice, que, preguntada con qué ejercicios había alcanzado tanta perfección, respondió con mucha humildad: Nunca tuve tantos dolores y trabajos, que no desease padecerlos mayores por amor de Dios, teniéndolos por dones grandes suyos, y juzgándome por indigna de ellos.

97 Ubi supr.

Cuenta Taulero⁹⁸, que a una sierva de Dios totalmente resignada en sus manos encomendaban diferentes personas que hiciese oración por algunos negocios: ella respondía que sí haría, y a veces se olvidaba; y todo cuanto le encargaban sucedía a pedir de boca: volvían a darle las gracias como si por su oración lo hubieran alcanzado, y ella se confundía, y decía que las diesen a Dios, que ella no había puesto nada de su parte. Vinieron de esta manera muchos: ella fuese a Dios a formar amorosa querella de él, porque todos los negocios que a ella le encomendaban los efectuaba de suerte, que a ella le viniesen a dar las gracias no habiendo ella hecho nada. Respondióle el Señor: Mira, hija, el día que tú me diste a mí tu voluntad, te di yo la mía; y aunque no me pidas nada particularmente, como yo entienda que gustas tú de ello, lo hago como tú quisieras.

En las vidas de los Padres se cuenta de un labrador, que siempre sus campos y viñas llevaban más abundantes frutos que las de los otros. Preguntado de sus vecinos, cómo era aquello, respondió que no se espantasen de tener él mejores frutos que ellos, porque tenía siempre los tiempos como él los quería. Y espantándose los otros más de esto, preguntáronle, que cómo podía ser aquello; respondió: Yo nunca quiero otro tiempo, sino el que Dios quiere: y como yo quiero lo que Dios quiere, dame él los frutos como yo los quiero.

98 Serm. I de Circumcis.

Del bienaventurado san Martín obispo cuenta Severo Sulpicio en su vida, que el tiempo que conversó con él, nunca le vio airado ni triste, sino siempre con mucha paz y alegría. Y la causa de esto, dice era porque todo cuanto le sucedía lo tomaba y recibía como cosa enviada de la mano de Dios, y así se conformaba en todo con su voluntad, con grande igualdad y alegría.

CAPITULO IX.

De algunas cosas que nos harán fácil y suave este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios.

Para que este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios se nos haga fácil y suave, es menester: lo primero, que tengamos siempre delante de los ojos aquel fundamento que pusimos al principio⁹⁹, que, ninguna adversidad ni trabajo nos puede venir ni acontecer que no pase por las manos de Dios, y venga colado y registrado por su voluntad. Esta verdad nos enseñó Cristo nuestro Señor, no solamente de palabra, sino también con su ejemplo. Cuando mandó a san Pedro la noche de su pasión, que envainase el cuchillo, añadió: «¿No quieres que beba el cáliz que me ha dado mi Padre¹⁰⁰?» No dijo, el cáliz que me ha procurado Judas, o los escribas y fariseos, porque sabía

99 Cap. I y II.

100 Joan. XVIII, 11.

bien que todos esos no eran sino criados que le servían la copa del Padre, y que lo que ellos hacían con malicia y envidia, el Padre eterno con su infinita bondad y sabiduría lo ordenaba para remedio del género humano. Y así dijo también después a Pilato, que decía que tenía potestad de crucificarle y de librarle: «No tendrías tú potestad ninguna contra mí, si no te la hubiesen dado de arriba¹⁰¹»; declarando los Santos: De manera que todo vino de arriba por disposición y orden de Dios¹⁰²».

Dijo esto maravillosamente el apóstol san Pedro en el capítulo IV de los Actos de los Apóstoles, declarando aquello del Profeta: «¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor y contra su Cristo¹⁰³». Declara y dice: Porque verdaderamente se ligaron a una en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, al que ungió, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y con los pueblos de Israel, para hacer lo que tu mano y tu consejo decretaron que se hiciese¹⁰⁴». Juntáronse los príncipes y potestades de la tierra contra Cristo nuestro Redentor, para ejecutar y poner por obra lo que en el consistorio de la santísima Trinidad se había decreta-

101 Ibid, XIX, 11.

102 Chrys. hom. LXXXIII in Joan. - Cyril. lib. XII, c. 22 in Joan. - Irem. lib. IV contra hæ reses, cap. 34.

103 Psalm. II, 12.

104 Act. IV, 25, 28.

do y determinado, porque no podían ellos hacer más que eso: y así vemos que cuando Dios no quiso no fue bastante todo el poder del rey Herodes para quitarle la vida cuando niño. Y aunque hizo matar a todos los niños que había en aquella comarca, de dos años abajo, no pudo dar con el niño que buscaba, porque no quería él morir entonces. Y los judíos y fariseos muchas veces quisieron echar mano de Cristo y darle la muerte: una vez le llevaron a lo alto del monte, sobre que estaba edificada su ciudad, para despeñarle de allí abajo; y dice el sagrado Evangelio: «El íbase con mucha paz por medio de ellos¹⁰⁵;» porque no había escogido aquella manera de muerte, y así ellos no se la podían dar. Otra vez le quisieron apedrear, y tenían ya las manos levantadas en alto con sus piedras para tirarle, y pónese Cristo nuestro Redentor con mucha paz a razonar con ellos, y preguntarles¹⁰⁶: Muchas buenas obras os he hecho, ¿por cuál de ellas me queréis apedrear?» no permitió ni les dio licencia que meneasen las manos: «Porque no era llegada su hora». Pero cuando llegó la hora en que él había determinado de morir, entonces pudieron hacer lo que el Señor había determinado padecer; porque quiso él, y les dio entonces licencia para ello. Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas», les dijo cuando le vinieron a prender¹⁰⁷. Cada día estaba con vosotros en el templo

105 Luc. IV, 30.

106 Joan. X, 32.

107 Luc. XXII, 53.

y no me prendistes, porque no era llegada la hora; ya es llegada , y así véisme aquí, yo soy. ¿Qué hizo allá Saul que fue figura de esto? ¿qué diligencias y medios puso para haber a las manos a David, un rey de Israel, contra un hombre particular? Para buscar una pulga» como dijo el mismo David, y con todo eso nunca le pudo haber¹⁰⁸. Nóvalo muy bien la divina Escritura, y da esta razón: Porque no quiso Dios entregarle en sus manos». Ahí está todo el punto.

Y así nota muy bien san Cipriano¹⁰⁹ sobre aquellas palabras: Y no permitáis que nosotros caigamos en la tentación»; que todo nuestro temor y toda nuestra devoción y atención en las tentaciones y trabajos la hemos de poner en Dios; porque ni el demonio ni otro ninguno nos puede hacer mal alguno, si Dios primero no le da poder para ello.

Lo segundo, aunque esta verdad bien sentida es muy bastante y de grande eficacia para conformarnos en todas las cosas con la voluntad de Dios, con todo eso no hemos de parar ahí , sino pasar adelante a otra cosa que se sigue de esa y la notan los Santos; y es que juntamente con veniros todas las cosas de la mano de Dios, hemos de entender que vienen para nuestro bien y provecho. Las penas de los condenados de mano de Dios les vienen, empero no para provecho y remedio de ellos, sino para puro castigo; mas las penas y trabajos que en esta vida envía Dios a los hom-

108 I Reg. XXVI, 20

109 Serm. de Orat. dominica.

bres, ya sean, justos, ya, pecadores, siempre habemos de creer y confiar de aquella infinita bondad y misericordia que los envía para nuestro mayor bien, y porque aquello es lo que más conviene para nuestra salvación. Así lo dijo la santa Judit a su pueblo, cuando estaban en aquella aflicción y aprieto tan grande cercados de sus enemigos: «Creamos que nos ha enviado Dios estos trabajos, no para nuestra perdición, sino para enmienda y provecho nuestro¹¹⁰». De una voluntad tan buena como la de Dios y que tanto nos ama, bien ciertos y seguros podemos estar, que no quiere sino lo bueno y lo mejor, y lo que más nos conviene a nosotros. Lo cual adelante se declarará mas en los capítulos X y XXII.

Lo tercero, para que nos aprovechemos más de esta verdad, y este medio sea más eficaz para alcanzar una perfecta conformidad con la voluntad de Dios, no nos habemos de contentar con entender especulativamente que todas las cosas vienen de la mano de Dios, ni con creerlo en general y a carga cerrada porque así nos lo dice la fe, o porque así lo habemos leído u oído; sino es menester que actuemos y avivemos esta fe, procurando de entender y sentir esto prácticamente, de manera que vengamos a tomar todas las cosas que nos suceden, como si sensible y visiblemente viésemos a Cristo nuestro Señor que nos está diciendo: Toma, hijo, esto te envío, mi voluntad es que hagas o padezcas

110 Judith, VIII, 27

ahora esto y esto; porque de esa manera se nos hará muy fácil y muy suave el conformarnos en todas las cosas con la voluntad de Dios. Porque si se os apareciera el mismo Jesucristo en persona y os dijera: Mira, hijo, que esto es lo que quiero de tí, este trabajo o enfermedad quiero que padezcas ahora por mí; en este oficio o ministerio quiero que me sirvas; claro está que aunque fuese la cosa más dificultosa del mundo, la haríais de muy buena voluntad todos los días de vuestra vida, y os tendríais por muy dichoso de que Dios se quisiese servir de vos en aquello; y por mandaroslo él entenderíais que aquello era lo mejor y lo que más convenía para vuestra salvación, y no dudaríais de eso, ni os vendría primer movimiento contra ello. Lo cuarto, es menester que en la oración nos ejercitemos y actuemos mucho en este ejercicio, cavando y ahondando en aquella riquísima mina de la providencia tan paternal y tan particular que tiene Dios de nosotros; porque de esa manera daremos con este tesoro. Lo cual iremos declarando en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO X.

De la providencia paternal y particular que tiene Dios de nosotros, y de la confianza filial que habemos de tener nosotros en él.

Una de las mayores riquezas y tesoros de que gozamos los que tenemos fe, es la providencia tan particular y tan paternal que Dios tiene de nosotros, que estamos ciertos que no nos puede venir ni acontecer cosa alguna, que no venga colada y registrada por las manos de Dios. Y así decía el profeta David: «Habeisnos, Señor cercado y guardado con vuestra buena voluntad, como con un escudo fuertísimo¹¹¹». Estamos rodeados por todas partes de la buena voluntad de Dios, que no nos puede entrar ninguna cosa sino por ella; y así no hay que temer, porque no dejará él entrar ni pasar a nosotros cosa alguna, si no es para mayor bien y provecho nuestro. Porque me escondió en su tabernáculo: en el día de los males me puso a cubierto en lo escondido de su tabernáculo¹¹²». Dice el real Profeta: En lo mas secreto de su tabernáculo y de su recámara nos tiene Dios escondidos: debajo de sus alas nos tiene guardados; y mas que eso dice: Escondémos el Señor en lo más escondido y amparado de su rostro¹¹³», que son los ojos; en las niñetas de

111 Psalm. V, 13.

112 Ibid, XXVI, 5.

113 Ibid. XXX, 21.

ellos nos esconde. Y así dice otra letra: «En los ojos de tu rostro». Hácenos Dios niñas de sus ojos, para que así se verifique bien lo que dice en otra parte: «Guárdame como la niña de tu ojo¹¹⁴». «El que os tocare, me tocará en la niña de mi ojo¹¹⁵». Como las niñetas de los ojos, así estamos guardados debajo de su amparo y protección; y quien tocare a vosotros, dice Dios, me toca a mi en la lumbre de los ojos. No se puede imaginar cosa más rica, ni más preciosa, ni más para estimar y desear que esta.

¡Oh si acabásemos de conocer y entender bien esto! ¡Cuán amparados remediados nos sentiríamos y cuán confiados y consolados estaríamos en todas nuestras necesidades y trabajos! Si acá un hijo tuviese un padre muy rico y poderoso, y muy privado y favorecido del rey, ¡qué confiado y seguro estaría en todos los negocios que se le ofreciesen, que no le faltaría el favor y amparo de su padre! Pues ¡con cuánta mayor razón habemos nosotros de tener esta confianza y seguridad considerando que tenemos por padre a aquel, en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, y que no nos puede acontecer cosa alguna sin que primero pase por su mano!. Si esta manera de confianza tiene un hijo con su padre y con ella duerme seguro, ¿cuánto más la debemos nosotros tener en aquel que es más padre que todos los padres, y que en su comparación no merecen los otros nombre de padres? Porque no hay

114 Psalm. XVI, 8.

115 Zach. II, 8.

entrañas de amor que se puedan comparar a las que Dios tiene con nosotros. Sobrepuja infinitamente todos los amores que pueden tener todos los padres de la tierra. De tal Padre y Señor bien confiados y seguros podemos estar, que todo lo que nos enviare será para nuestro mayor bien y provecho. Porque el amor que nos tiene en su unigénito Hijo, no le dejará hacer otra cosa, sino buscar el bien de aquel por cuyo amor entregó a su Hijo a dolores de cruz. Dice el apóstol san Pablo¹¹⁶: «El que nos dio a su unigénito Hijo y le entregó a muerte por nosotros, ¿qué no hará por nosotros? El que nos ha dado lo más, ¿cómo nos dará lo llenos?» Y si todos deben tener esta confianza en Dios, ¿cuánto más los religiosos, a quien él particularmente ha recibido por suyos y les ha dado espíritu y corazón de hijos, y hecho que nieguen y dejen a sus padres carnales y que tomen a él Por padre? ¿Qué corazón y amor de padre y qué cuidado y providencia tendrá Dios con estos tales? ¿Porque mi padre y mi madre me dejaron, más el Señor me tomó por su cuenta¹¹⁷». ¡Oh qué buen padre habéis tomado, en lugar del que dejastes! Con más razón y con mayor confianza podéis vos decir: «Dios se ha encargado y tomado cuidado de mí y de todas mis cosas, no me faltará nada¹¹⁸». «Yo soy mendigo y pobre: Dios anda solícito y cuidadoso de mí¹¹⁹». ¿Quién no se consolará con esto, y se derretirá en amor de Dios? Que

116 Rom. VIII, 32.

117 Psalm. XXVI, 10.

118 Ibid. XXII, 1

119 Ibid. XXXIX, 18

estais Vos Señor encargado de mí y tenéis tanto cuidado de mí, como si en el cielo y en la tierra no tuviérais otra criatura que gobernar, sino a mí solo. ¡Oh si cavásemos y ahondásemos bien en este amor y providencia y protección tan paternal y tan particular que tiene Dios de nosotros!

De aquí nace en los verdaderos siervos de Dios una muy familiar y filial confianza en él, la cual en algunos es tan grande, que no hay hijo en el mundo que esté en todas sus cosas tan confiado en la producción de su padre cuanto ellos lo están en la de Dios. Porque saben que tiene para con ellos entrañas más que de padre y más que de madre, que suelen ser más tiernas, como lo dice él por Isaías¹²⁰. ¿Qué madre hay, que se olvide de su hijo chiquito, y que no tenga corazón para apiadarse del que salió de sus entrañas? Pues si fuere posible que haya alguna madre en quien pueda caber este olvido, en mi, dice el Señor, nunca jamás cabrá, porque en mis manos te tengo escrito y tus muros están siempre delante de mí». Como si dijera: tráigote en las palmas y téngote siempre delante de mis ojos, para ampararte y defenderte. Y por el mismo Profeta nos declara esto con otra comparación muy regalada: «Yo os llevo en mi seno y traigo en mi matriz¹²¹». Así como la mujer que ha concebido trae el niño dentro de sus entrañas, y ella le sirve de casa de litera, de muro, de sustento y de todas las cosas, de esa manera dice Dios que nos trae

120 C. XLIX, 15.

121 Cap. XLVI, 3.

en sus entrañas. Con esto viven los siervos de Dios tan confiados y se tienen por tan socorridos y remediados en todas sus cosas, que no se turban ni inquietan con los varios acaecimientos de esta vida, «y en el tiempo de la sequedad no estará congojoso¹²²». El corazón de los justos, dice el profeta Jeremías, no tiene zozobra ni pierde su quietud y sosiego por los diversos sucesos y acaecimientos, porque saben que ninguna cosa puede acontecer sin voluntad de su Padre, y están muy satisfechos y confiados de su grande amor y bondad, que todo será para mayor bien suyo, y que todo lo que les quitare por una parte, se lo volverá por otra en cosa que más valga.

De esta confianza tan familiar y tan de hijos, que los justos tienen en Dios, nace en su alma la paz, tranquilidad y seguridad grande que tienen, conforme aquello de Isaías, en el c. XXXII: Reposarán sus hijos en una hermosísima paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso muy cumplido y muy abastado de todos los bienes». Donde juntó muy bien el Profeta la paz con la confianza; porque de lo uno se sigue lo otro. De la confianza se sigue la paz; porque quien está muy confiado en Dios no tiene que temer, ni que turbarse, pues tiene a Dios por valedor. Y así decía el Profeta¹²³: «En paz juntamente dormiré y descansaré, porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia».

122 Jerem. XVII, 8.

123 Psalm. IV, 9.

Y mas: no solo causa grande paz esta confianza filial, sino grande gozo y alegría. «El Dios de la esperanza, dice el apóstol san Pablo, os colme de todo gozo y de paz en el creer, para que abundeis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo¹²⁴». Aquel crédito que Dios sabe lo que hace y que lo hace por nuestro bien, hace no sentir aquellos alborotos y aquellas congojas y desasosiegos que sienten los que miran las cosas con ojos de carne, sino antes estar con mucho gozo y alegría en todos los acaecimientos. Y mientras más abundare uno en esta confianza, más abundará en gozo y alegría espiritual, por que mientras más se fia y ama, más quieto y seguro está de que todo se le ha de convertir en bien, y no puede creer ni esperar menos de aquella bondad y amor infinito de Dios.

Esto hacia a los Santos estar tan quietos y seguros en medio de los trabajos y peligros, que ni temían a los hombres, ni a los demonios, ni a las bestias, ni a las demás criaturas irracionales; porque sabían que sin licencia y voluntad de Dios no podían tocar a ellos. Y así cuenta san Atanasio del bienaventurado san Antonio, que le aparecieron una vez los demonios en diversas formas espantables y en figura de fieros animales, de leones, tigres, toros, serpientes y escorpiones, cercándole y amenazándole con sus uñas, dientes, bramidos y silbos temerosos, que parece que le querían ya tragar; y el Santo hacia burla de ellos y

124 Rom. XV, 13

decíales: Si tuvieseis algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre; mas porque sois flacos, que Dios os ¡ha quitado las fuerzas, procuráis de juntaros mucha canalla para poner miedo con eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, véisme aquí, tragadme: mas si no tenéis poder y licencia de Dios, ¿para qué trabajáis en balde? Donde se ve bien la paz y fortaleza grande que causaba en este Santo el entender que ninguna cosa le podían hacer sin la voluntad de Dios; y el estar él tan conforme con ella. De esto tenemos muchos ejemplos en las historias eclesiásticas. San Gregorio en el libro tercero de sus Diálogos, c. 16, nos refiere un ejemplo muy parecido a este. De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos un ejemplo semejante, en el libro quinto de su vida. Y en el segundo libro se cuenta de él, que navegando una vez para Roma se levantó una tan recia tempestad, que quebrado el mástil con la fuerza del viento y perdidas muchas jarcias, todos temían y se preparaban para morir pareciéndoles ser ya llegada su hora. Y en este trance tan peligroso, cuando todos estaban con el espanto de la muerte atemorizados, dice que él no sentía en sí temor alguno. Solo le daba pena el parecerle que no había servido a Dios tanto como debiera; empero en lo demás no hallaba que temer: porque la mar y los vientos también obedecen a Dios¹²⁵», y sin licencia y voluntad suya no se levantan

125 Matth. VIII, 27.

las olas ni las tempestades, ni pueden anegar a nadie. Pues a esta familiar y filial confianza en Dios, y a esta tranquilidad y seguridad habemos nosotros de procurar llegar con la gracia del Señor, mediante, este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, cavando y ahondando con la oración y consideración en esta riquísima mina de la providencia tan paternal y tan particular que Dios tiene de nosotros. Estoy cierto que ninguna cosa me puede acontecer, y que ninguna cosa me pueden hacer ni los hombres, ni los demonios, ni criatura alguna más de lo que Dios quisiere y les diere licencia; pues eso hágase en mí en buen hora, que yo no lo rehusó, ni quiero otra cosa sino la voluntad de Dios.

De santa Gertrudis, leemos en Blósio, c. 11 Monil. spirit., que jamás le pudieron oscurecer la constancia y segura confianza que tenía en la benignísima misericordia de Dios, ningún peligro, ni tribulación, ni la pérdida de sus cosas, ni otros impedimentos, ni aun los pecados y, defectos propios; porque confiaba certísimamente que todas las cosas así prósperas como adversas, la divina Providencia las convertía en su bien y una vez le dijo el Señor a esta santa virgen: Aquella segura confianza que el hombre tiene en mí, creyendo que realmente puedo, sé y quiero fielmente ayudarle en todas las cosas, me atraviesa el corazón, y hace tanta fuerza a mi piedad, que a semejante hombre, en cierta manera, ni le puedo favorecer por el contento que recibo en verle colgado de mí y por aumentarle el

merecimiento; ni dejarle de favorecer por acudir a quien yo soy y a lo mucho que le quiero. Habla a nuestro modo, como que el amor le suspende.

De santa Matilde se cuenta que le dijo el Señor¹²⁶: Mucho contento me da que los hombres confíen de mi bondad y presuman de mí, porque cualquiera que humildemente estuviere muy confiado y se fiáre bien de mí, yo le favoreceré en esta vida, y en la otra le haré más bien que él merece. Cuanto uno mas fiáre y presumiere de mi bondad, tanto mas alcanzará; porque es imposible que el hombre no alcance lo que santamente creyó y esperó que alcanzaría habiéndolo yo prometido. Y por esta razón le es provechoso al hombre, que esperando de mí cosas grandes se fíe bien de mi. Y a la misma Matilde que preguntó al Señor qué era lo que principalmente era razón que se creyese de su inefable bondad, le respondió: Cree con fe cierta que yo te recibiré después de tu muerte, como el padre recibe a su muy querido hijo; y que jamás hubo padre que con tanta fidelidad repartiese su hacienda con su único hijo, como yo comunicaré contigo todos mis bienes y a mí mismo. Cualquiera que firmemente y con caridad humilde creyere esto de mi bondad, será bienaventurado.

126 Apud. Bloss., *ibid.*

CAPÍTULO XI.

De algunos lugares y ejemplos de la sagrada Escritura que nos ayudarán para alcanzar esta familiar y filial confianza en Dios.

Cuanto a lo primero, será bien que veamos la grande costumbre que tenían aquellos Padres antiguos de atribuir a Dios todos los sucesos, por cualquiera vía o medio que viniesen. En el capítulo XLII del Génesis cuenta la sagrada Escritura, que viniendo los hermanos de José con trigo comprado de Egipto, como él hubiese mandado a su mayordomo que en la boca del costal de cada uno pusiese atado el dinero del trigo como ellos lo habían traído: yendo su camino pararon en un mesón, y queriendo dar de comer del trigo que traían a sus bestias, el primero de ellos abriendo su costal vio luego su bolsillo con el dinero, y dájolo a los otros, y acudiendo cada uno a su costal hallan allí su dinero. «Dice, pues, que dijeron turbados entre sí: ¿Qué será esto que ha hecho Dios con nosotros?» Es mucho de notar que no dicen: trampa es esta que nos han armado; alguna calumnia hay, aquí. Ni dijeron: el mayordomo por descuido se dejó el dinero de cada uno en su costal. Ni dicen: quizá nos quiso hacer limosna del dinero. Sino atribuyéndolo a Dios dicen: ¿qué quiere ser esto que ha hecho Dios con nosotros? Confesando, que pues no se mueve la hoja del árbol sin voluntad de Dios, que tampoco aquello sucedía

sino por su voluntad. Y cuando habiendo ido Jacob a Egipto le fue José a visitar con sus hijos, y le preguntó el viejo qué niños eran aquellos, respondió: «Hijos míos son que Dios me ha dado en esta tierra de Egipto¹²⁷». Lo mismo respondió Jacob cuando se encontró con su hermano Esaú y le preguntó qué niños eran aquellos que trata, respondió : Hijos son que me dio el Señor¹²⁸». Y ofreciéndole cierto presente le dijo: «Recibe la bendición que te he traído, y que Dios que da todas las cosas me ha dispensado¹²⁹». Recibe este presente y llámale bendición de Dios, cuyo bendecir es bien hacer. La cual, dice, me hizo Dios a mí, que es el que da todas las cosas a todos. También cuando David iba muy enojado a destruir la casa de Nabal y Abigail su mujer le salió al encuentro con un presente para aplacarle, dijo David: «Bendito sea el Señor Dios de Israel que te envió hoy, para que topándome no pasase adelante a derramar la sangre de la casa de Nabal¹³⁰»; como quien dice: no veniste de tuyo, sino Dios te envió para que yo no pecase; a él debo yo esta merced, él sea loado por ello. Este era el lenguaje común de aquellos Santos, y debía también ser nuestro.

Pero viniendo más al punto es maravillosa para este propósito aquella historia del santo José, que habemos tocado, al cual sus hermanos de envidia porque no viniese a mandarles y ser señor de ellos, conforme a,

127 Genes. XLVIII, 9
128 Ibid. XXXIII, 5.

129 Ibid. 11.
130 I Reg. XXV, 32

lo que había soñado, le vendieron por esclavo a unos mercaderes de Egipto; y ese mismo medio que ellos tomaron para deshacerle, y que no les viniese a mandar, tomó Dios para cumplir las trazas de su divina providencia, y hacer que viniese a ser señor de ellos, y de toda la tierra de Egipto. Y así dijo el mismo José a sus hermanos, cuando se les descubrió, y ellos quedaron espantados y asombrados del caso: «No queráis temer, ni os espantéis, por haberme vendido para estas partes; porque para vuestro bien me envió Dios acá, para que tengáis que comer, y no perezca y se acabe el pueblo de Israel¹³¹». «Dios, dice, me envió, que no hizo eso por vuestro consejo, trazas fueron esas de Dios. ¿Por ventura podemos resistir a la voluntad de Dios? Vosotros pensásteis por esos medios hacerme mal, pero Dios lo convirtió todo en bien, como al presente veis¹³²». Pues, ¿quién con esto no se fiará de Dios? ¿Quién temerá las trazas de los hombres y los reverses del mundo, pues vemos que son aciertos de Dios, y que los medios que ellos toman para perseguir y hacernos mal, esos mismos toma él para nuestro bien y acrecentamiento? Mi consejo subsistirá y toda mi voluntad será hecha¹³³», dice él por Isaías: andad por, acá y por allá, que al fin se ha de cumplir la voluntad de Dios, y él enderezará esos medios para eso.

131 Genes, XLV, 5.

132 Ibid. L, 19.

133 Isai. XLVI, 10.

San Crisóstomo pondera otra particularidad en esta historia a este propósito. Tratando cómo el copero de Faraón, después que fue restituido en su oficio, se olvidó de su intérprete José por dos años enteros, habiéndole él encargado tanto que se acordase de él, y que intercediese por él delante de Faraón; ¿pensáis, dice el Santo, que fue acaso este olvido? Que no fue acaso, sino acuerdo y traza de Dios, que quería aguardar el tiempo oportuno y la coyuntura para sacar de la cárcel a José con mayor gloria y honra. Porque si se acordara de él, por ventura con su autoridad le librara luego de la cárcel a la sorda, como dicen, sin que fuera oído ni visto; Y como Dios nuestro Señor pretendía que no saliese de esa manera sino con grande honra y autoridad, pero el otro se olvidase por dos años, para que así se llegase el tiempo de los sueños de Faraón, y entonces a instancia del Rey, compelido de la necesidad, saliese con la majestad y gloria que salió, para ser señor de toda la tierra de Egipto. Sabe Dios muy bien, dice san Crisóstomo como sapientísimo artífice, cuánto tiempo ha de estar el oro en el fuego, y cuándo se ha de sacar de él.

En el primer libro de los Reyes¹³⁴ tenemos otra historia, en que resplandece mucho la providencia de Dios en cosas muy particulares y menudas. Había Dios dicho al profeta Samuel, que él le señalaría quien había de ser rey de Israel, para que le ungiese, y dícele:

134 Cap. IX, 16.

Mañana a estas horas te enviaré al que has de ungir por rey», que era Saul, y la manera como se le envió fue esta: pierdense las pollinas de su padre, y dícele el padre que las vaya a buscar. Toma consigo Saul un zagal, y van por esos campos y cerros, y no pudieron descubrir ni hallar rastro de ellas, y quería ya Saul volverse, porque le parecía que se tardaban mucho, y que tendría su padre pena por ellos. Dícele el mozuelo: no habemos de volver a casa sin ellas: aquí en este pueblo está un varón de Dios, que era el profeta Samuel, vamos allá, que él nos dirá de ellas. Con esta ocasión van a Samuel, y cuando llegaron, dícele Dios: «Ese es el que te dije que te enviaría, a ese has, de ungir por rey». ¡Oh juicios secretos de Dios! enviábale su padre a buscar las pollinas; empero Dios envíale a Samuel, para que fuese ungido por rey. ¡Cuán diferentes son las trazas de los hombres dé las trazas de Dios! ¡Qué lejos estaba Saul su padre también de pensar que iba a ser ungido por rey ! ¡Oh cuán lejos estais vos muchas veces nuestro padre, y vuestro superior de lo que Dios pretende! De lo que vos menos pensáis, de ahí saca Dios lo que él quiere. Que no se perdieron las pollinas sin la voluntad de Dios, ni fue acaso enviar su padre por ellas a Saul, ni fue acaso el no poderlas hallar, ni el consejo que dio el mozuelo, de que fuesen a consultar sobre ellas al Profeta; sino todo eso fue orden y traza de Dios que tomó esos medios para enviar a Saul a Samuel para que le ungiese por rey, como él se lo había dicho. Pensaba vuestro padre

que os enviaba a estudiar a Sevilla, o a Salamanca, para que fuéseis gran letrado, y viniéseis después a tener alguna plaza con que viviéseis honradamente, y no fue sino que os envió Dios allá para recibiros en su casa, y haceros religioso. Pensaba san Agustín, cuando fue de Roma a Milán, y el Prefecto de la ciudad Símaco, que le enviaba, que iba a leer retórica, y no era sino que le enviaba Dios a san Ambrosio para que le convirtiese.

Pongámonos a considerar las vocaciones diversas y los medios tan particulares y tan menudos, y al parecer tan remotos, por donde Dios trajo a la religión al uno y al otro, que cierto pone admiración. Porque parece que si no fuera por no sé qué cosilla, o por no sé qué niñería que sucedió, que no fuérais religioso, y fueron todas esas trazas e invenciones de Dios, para traeros a la religión. Y nótese esto de camino para algunos, que les suele venir algunas veces tentación, que su vocación no debió ser de Dios, por haber sido por medio de semejantes cosillas. Engaño es ese del demonio vuestro enemigo, envidioso del estado que tenéis; porque costumbre es de Dios servirse de esos medios para el fin que él pretende de su mayor gloria, y de vuestro mayor bien y provecho, y tenemos muchos ejemplos de eso en las vidas de los Santos. Que no lo hacia Dios por las pollinas: «¿Acaso tiene Dios cuidado de los bueyes^{135?}» sino quiere que por esos

135 I Cor. IX, 9.

medios vengáis a reinar, como Saul. *Sevire Deo regnare est: servir a Dios es reinar.*

Cuando después el profeta Samuel fue de parte de Dios a reprender a Saul por aquella desobediencia que había cometido en no destruir a Amalec, como Dios le había mandado: después de haberle reprendido, volviendo las espaldas Samuel para irse, Saul asióle del manto, para que no se fuese, sino que le valiese con Dios. Y dice el texto¹³⁶, que se quedó el pedazo del manto de Samuel a Saul en la mano, rompió ¿Quién pensara sino que aquel rasgarse y dividirse el manto del Profeta sucedía acaso; porque tiró de él Saul, y debía de ser viejo, rasgóse? y no sucedía sino por particular providencia y disposición de Dios, para dar a entender que aquello significaba que Saul era apartado y privado del reino por su pecado. Y así viendo Samuel este hecho, dijo a Saul: «Por esta división de mi manto entiende que el Señor apartó y dividió hoy el reino de Israel de tí, y le entregó a tu prójimo que es mejor que tú».

En el mismo primer libro de los Reyes se cuenta, que tenía una vez Saul cercado a David y a los suyos: En forma de corona¹³⁷». De tal manera que ya David desconfiaba de poderse escapar de aquella. Estando en este aprieto, le envió un correo a Saul muy deprisa, que los filisteos se habían entrado la tierra adentro, y lo robaban y destruían todo. Hubo de alzar el cerco Saul, y acudir a

136 I Reg. XV, 27.

137 Ibid. XXIII, 16.

la mayor necesidad, y así se escapó David: que no fue acaso el acometimiento y entrada de los filisteos, sino traza de Dios para librar por aquel medio a David.

Otra vez los saltrapas de los filisteos echaron a David de su ejército, e hicieron que el rey Áquis le mandase volver a su casa, aunque le llevaba él de muy buena gana consigo, e iba muy confiado en él: Pero no eres del gusto de los saltrapas. Parece que fue acaso aquel consejo de los sáltrapas y no fue acaso ni por el fin que ellos pensaban, sino fue particular providencia de Dios; porque volviéndose David, halló que los amalequitas habían puesto fuego a Siceleg su pueblo, y que habían llevado cautivas todas las mujeres y niños: Desde el menor hasta el mayor, y a sus mismas mujeres de David, y va tras ellos, destrúyelos, y cobra toda la presa y cautivos sin faltar ninguno: lo cual no hiciera si los sáltrapas no le hubieran echado de su ejército. Y para eso ordenó Dios aquel consejo, aunque ellos le ordenaban otra cosa.

En la historia de Ester resplandece también mucho esta providencia particular de Dios en cosas muy menudas y particulares. ¡Qué medios tan extraños tomó Dios para librar el pueblo de los judíos de la sentencia cruel del rey Asuero!. ¿Por qué medios escogió por reina a Ester, desechando a Vasti, y que fuese del pueblo de los judíos para que intercediese después por ellos? Acaso parece que fue el entender Mardoqueo la traición que los otros armaban al rey Asuero, y el venírsela a descubrir, y que el Rey estuviese desvelado aquella

noche y no pudiese dormir, y que hiciese que le trajesen las crónicas de sus tiempos para entretenerse, y que le acertasen a leer aquel hecho de Mardoqueo. Y no sucedía nada de eso acaso sino por alto consejo de Dios y por especial providencia suya, que quería por esos medios librar a su pueblo. Y así se lo envió a decir Mardoqueo a Ester, que no se atrevía a entrar a hablar al Rey y se excusaba por no ser llamada. «¿Quién sabe si fue esa la causa de haberte hecho reina, para que pudieses ayudar en esta ocasión ^{138?}».

Llena está la sagrada Escritura y las historias eclesiásticas de semejantes ejemplos, para que aprendamos a atribuir todos los sucesos a Dios, y a tomarlos como venidos de su mano para nuestro mayor bien y provecho. En el libro de las reconociones de San Clemente se cuenta una cosa notable a este propósito. Siendo Simón Mago perseguidor de san Pedro, san Bernabé había convertido en Roma a san Clemente, el cual fue a san Pedro, cuéntale su conversión pídele que le instruya en las cosas de la fe. Dícele san Pedro: A buena coyuntura has llegado, porque para mañana está aplazada disputa pública entre mí y Simón Mago: allí nos verás, y oirás lo que pides. Estando en esto entran dos discípulos, y dicen a san Pedro como Simón Mago los enviaba, que se le había ofrecido un negocio, que se dilatase la disputa para de ahí a tres días: dijo san Pedro que fuese así. En saliendo entristeciése

138 Esther, IV, 14.

san Clemente mucho, y como le vio san Pedro triste, preguntóle: ¿qué has hijo, que te veo triste? Respondió san Clemente: Hagoos saber, Padre, que me entristecí mucho por ver que se difería la disputa que yo quisiera que fuera mañana. Es cosa muy de notar, en una cosa de tan poco peso toma san Pedro la mano y hace un sermón grande. Mira, hijo, entre los gentiles, cuando no se hacen las cosas como ellos quieren, levántase gran turbación; pero nosotros que sabemos que Dios lo guía y gobierna todo, habemos de tener gran consolación y paz. Sabed hijo, que ha sido por vuestro mayor bien esto que ha sucedido; porque si ahora fuera la disputa no la entenderais tan bien, y después la entenderéis mejor, porque de aquí allá os instruiré yo, y gustaréis y os aprovecharéis mucho de ella.

Quiero concluir con un ejemplo nuestro, que tenemos en la vida de nuestro Padre san Ignacio¹³⁹, en que resplandece también mucho esto mismo, que es en la ida del Padre san Francisco Javier a las Indias orientales. Cosa es digna de consideración los medios por donde vino a ir este santo varón a las Indias. Nombró nuestro Padre san Ignacio para esta misión a los PP. Simón Rodríguez y Nicolás de Bobadilla; el P. Simón estaba entonces cuartanario, y con todo eso se embarcó luego para Portugal; escribióse al P. Bobadilla que viniese de Calabria a Roma: vino, más tan debilitado de la pobreza y trabajos del camino, y tan enfermo y

139 Lib. II, c. 16

maltratado de una pierna, cuando llegó a Roma, que estando al mismo tiempo el embajador D. Pedro Mascareñas a punto para volverse a Portugal, fue necesario, por no poder aguardar que sanase Bobadilla, ni quererse partir sin el otro Padre que había de ir a la India, que en lugar del M. Bobadilla fuese sustituido el P. M. Francisco Javier con felicísima suerte, el cual se partió luego con el embajador a Portugal. Que no había sido el nombrado el Padre san Francisco Javier, sino el P. Bobadilla, y por ser de prisa la partida, parece que acaso le sustituyeron en su lugar, y no fue acaso, sino por alto consejo de Dios, que había determinado de hacerle apóstol de aquellas partes. Y más, después que vinieron a Portugal, viendo el grande fruto que hacían allí los quisieron de tener; y últimamente se resolvieron en que se quedase allí el uno de ellos, y que el otro pasase a las Indias. Veis aquí vuelto a poner el negocio en contingencia; pero acerca de Dios no hay contingencia, al fin hubo de ser el Padre san Francisco Javier el que pasó a las Indias, porque esa era la voluntad de Dios, y así lo había él determinado por convenir así para el bien de aquellas almas y mayor gloria suya. Tracen los hombres lo que quisieren y llévenlo por la vía que mandaren, que eso tomará Dios por medio para cumplir sus trazas y hacer lo que más os conviene a Vos y a su mayor gloria.

Con estos y otros semejantes ejemplos, así de la sagrada Escritura, como de lo que cada día vemos y experimentamos, así en otros, como en nosotros mis-

mos, habemos de ir asentando e imprimiendo en nuestro corazón esta confianza mediante la oración y consideración. Y no habemos de parar en este ejercicio hasta que sintamos en nuestro corazón una muy familiar y filial confianza en Dios; y tened por cierto que mientras con mayor confianza os arrojaréis en Dios, más seguro estaréis. Y por el contrario, hasta que lleguéis a tener esta confianza filial, nunca tendréis verdadera paz y reposo de corazón; porque sin ella todas las cosas os turbarán y desmayarán. Pues acabemos de arrojarnos y ponernos del todo en las manos de Dios, y fiarnos de él, como os lo aconseja el apóstol san Pedro: «Echando sobre él toda vuestra solicitud; porque él tiene cuidado de vosotros¹⁴⁰». Y el Profeta: «Arroja sobre el Señor tu cuidado, y él te sustentará¹⁴¹». Vos, Señor, me amasteis tanto a mí, que os entregastes todo por mí en manos de crueles sayones para que hiciesen en Vos lo que quisiesen: Entregó a Jesús a la voluntad de ellos¹⁴²». ¡Qué mucho que Yo me ponga y entregue todo en manos no crueles, sino tan piadosas como las vuestras, para que hagáis de mí la que quisiereis, que estoy cierto que no será sino lo mejor, y lo que más me conviene a mí! Aceptemos aquel partido y concierto que hizo Cristo nuestro Señor con santa Catalina de Sena. Hacía el Señor muchos regalos y favores a esta Santa, y entre ellos fue uno muy

140 I Petr. V, 7.

141 Psalm. LIV, 23.

142 Luc. XXXIII, 25.

particular, que apareciéndole un día, le dijo: «Hija, olvídate tú de tí, por acordarte de mí, y yo pensaré siempre en ti, y tendré cuidado de tí». ¡Oh qué buen concierto este y qué buen trueque! ¡Qué ganancia tan grande sería esta para nuestras almas! Pues a este partido sale el Señor con cada uno. Olvidaos de vos y dejad vuestras trazas; y cuanto más os olvidareis de vos por acordaros y fiaros de Dios, tanto más cuida Dios de vos. Pues ¿quién no aceptará este partido tan aventajado y tan regalado? que es el que la Esposa dice que había hecho con su Esposo: «Yo a mi amado, y la vuelta de él hacía mí ¹⁴³».

CAPÍTULO XII.

De cuánto provecho y perfección sea aplicar la oración a este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y como habemos de ir descendiendo a cosas particulares, y hasta llegar al tercer grado de conformidad.

Juan Rusbroquio, varón doctísimo y muy espiritual refiere¹⁴⁴, de una santa virgen, que dando ella cuenta de su oración a su confesor y padre espiritual, que debía ser gran siervo de Dios y de mucha oración, y

143 Cant. VII, 20.

144 In fine oper. suor.

queriendo ser enseñado de él, le dijo: que su ejercicio en la oración era en la vida y pasión de Cristo nuestro Redentor, y que lo que sacaba de allí era conocimiento de sí y de sus vicios y pasiones, y dolor y compasión de los dolores y trabajos de Cristo. Díjole el confesor que bueno era aquello; pero que sin mucha virtud podía uno sacar compasión y ternura de la pasión de Cristo, como acá por sólo el amor y afecto natural que uno tiene a su amigo puede sacar compasión de sus trabajos. Preguntóle la virgen: ¿y llorar una persona sus pecados cada día, será verdadera devoción? Respondióle: bueno es eso, pero no es lo más aventajado, porque lo malo naturalmente da pesadumbre. Tornó ella a preguntar: ¿sería verdadera devoción pensar en las penas del infierno y en la gloria de los bienaventurados? Respondió: tampoco es eso lo más subido; porque la naturaleza misma naturalmente aborrece y rehusa lo que le da pena, y ama y busca lo que le puede ser de contento y gloria; como si le pintasen una ciudad llena de placeres y contentos, la desearía. La Santa Virgen fuese con esto muy desconsolada y llorosa por no saber a qué aplicaría su ejercicio de oración que más agradase a Dios; y de allí a poco aparecióle un niño muy hermoso, al cual diciéndole ella su desconsuelo y que nadie parecía que la podía consolar, respondió el niño, que no dijese aquello, que él podía y quería consolarla. Ve, dice, a tu padre espiritual y dile que la verdadera devoción consiste en la abnegación y menosprecio propio y resignación ente-

ra en las manos de Dios, así en lo adverso como en lo próspero, uniéndose firmemente con Dios por amor, y conformado enteramente su voluntad con la voluntad de Dios en todas las cosas. Ella muy alegre, fue, y dijo esto a su padre espiritual, el cual respondió: Ahí está el punto, y a eso se ha de aplicar la oración; porque en eso consiste la verdadera caridad y amor de Dios, y consiguientemente nuestro aprovechamiento y perfección. De otra Santa se dice, que fue enseñada de Dios que en la oración del Paternoster insistiese mucho en aquella palabra: Hágase, Señor, tu voluntad así en la tierra como se hace en el cielo. Y de la santa Virgen Gertrudis se cuenta, que inspirada de Dios dijo una vez trescientas sesenta y cinco veces aquellas palabras de Cristo: No se haga, Señor, mi voluntad sino la tuya; y entendió que había agradado aquello mucho a Dios. Pues imitemos nosotros estos ejemplos, y apliquemos a esto nuestra oración e insistamos mucho en este ejercicio.

Para que podamos hacer esto mejor y con más provecho, es menester advertir y presuponer dos cosas: la primera, que la necesidad de este ejercicio es principalmente para el tiempo de las adversidades y para cuando se nos ofrecen cosas dificultosas y contrarias a nuestra carne; porque para esas ocasiones es más menester la virtud, y entonces se echa más de ver el amor que cada uno tiene a Dios. Así como en el tiempo de paz muestra el rey lo que quiere a sus soldados en las mercedes que les hace y ellos en el de guerra lo que le aman y estiman, peleando

y muriendo por él; así en el tiempo de consuelo y favor el Rey del cielo nos da a entender lo que nos quiere, y nosotros en el de la tribulación lo que le queremos, mucho más que en el de la prosperidad y consuelo. Dice muy bien el Padre maestro Ávila, que el dar gracias a Dios en el tiempo de las consolaciones es de todos; pero el dárselas en el tiempo de las tribulaciones y adversidades es propio de los buenos y perfectos¹⁴⁵. Y así es esa una música muy dulce y suave a los oídos de Dios. Más vale, dice, en las adversidades un gracias a Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias y bendiciones en prosperidades. Y así compara la Escritura divina los justos al carbunco: *Gemmula carbunculi ir a ornamento auri*¹⁴⁶, porque esta piedra preciosa da más claridad y resplandor de noche que de día. Así el justo y verdadero siervo de Dios más luce y resplandece, y más muestras da de sí en las tribulaciones y trabajos, que en la prosperidad. Esto es de lo que la sagrada Escritura alaba tanto al santo Tobías¹⁴⁷, porque habiendo el Señor permitido que después de otros muchos trabajos perdiese también la vista de los ojos, no se entristeció por eso contra Dios, ni perdió un punto de la fidelidad y obediencia que, antes tenía; sino permaneció inmóvil y entero, haciendo gracias a Dios todos los días de su vida, igualmente por la ceguera, como por la vista, como hizo también el santo Job en sus trabajos¹⁴⁸.

145 Cart. tom. II, p. 20.

146 Eccli. XXXII, 7.

147 Tob. II, 14.

148 Job, I, 21.

Esto, dice san Agustín¹⁴⁹, es lo que tenemos de procurar imitar nosotros. «Que seáis el mismo, y permanezcáis tan alegre y entero en el tiempo de las adversidades, como en el de las prosperidades. Como la mano se es la misma cuando está apretada y tenéis cerrado el puño, que cuando la abríis y tenéis extendida»; así el siervo de Dios en lo interior de su alma se ha de quedar el mismo, aunque en lo exterior y por defuera parezca que está apretado y dolorido. Aun allá se dice de Sócrates ¹⁵⁰, que siempre estaba en un ser en todos los casos que le acontecían, por adversos y diversos que fuesen; y que nunca nadie le vio por eso ni más triste, ni más alegre. «Nadie vio jamás a Sócrates ni más triste ni más alegre, habiendo sido siempre igual a sí mismo, a pesar de haber sido tan varia su fortuna». No será mucho que nosotros cristianos procuremos llegar en esto a lo que llegó un gentil.

Lo segundo, es menester advertir que no basta que tengamos en general esta conformidad con la voluntad de Dios. Porque eso así en general es fácil. ¿Quién habrá que no diga que quiere se cumpla la voluntad de Dios en todas las cosas? malos y buenos todos dicen cada día en la oración del Pater noster, hágase, Señor, vuestra voluntad así en la tierra como se hace en el cielo. Más es menester que eso: es menester desmenuzarlo descendiendo en particular a aquellas cosas que parece que nos podrían dar alguna pena si

149 Ad fratres in erem. serm. IV.

150 Cic. I. XIII Tuscul. quæst.

se nos ofreciesen. Y no habemos de parar hasta vencer y allanar todas esas dificultades, que no quede, como dicen, lanza enhiesta; finalmente ¡hasta que no haya cosa que se nos ponga delante para unirnos y conformarnos en todo con la voluntad de Dios, sino que hagamos rostro a cualquiera cosa que se nos pueda ofrecer.

Y aun no nos habemos de contentar con eso, sino procurar pasar adelante, y no parar hasta que hallemos un entrañable gusto y regocijo en que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, aunque sea con trabajos, dolores y menosprecios, que es el tercer grado de conformidad. Porque también en esto hay diversos grados, uno más alto y más perfecto que otro; los cuales se pueden reducir a tres principales, al modo que dicen los Santos de la virtud de la paciencia. El primero es, cuando las cosas de pena que suceden, el hombre no las desea ni las ama, antes las huye, pero quiere sufrirlas antes que hacer cosa alguna de pecado por huirlas. Este es el grado más ínfimo y de precepto. De manera, que aunque un hombre sienta pena, dolor y tristeza con los males que suceden, y aunque gima cuando está enfermo, y dé gritos con la vehemencia de los dolores, y aunque llore por la muerte de los parientes, puede con todo eso tener esta conformidad con la voluntad de Dios. El segundo grado es, cuando el hombre, aunque no desee los males que le suceden, ni los elija; pero después de venidos los acepta y sufre de buena gana, por ser aquella la voluntad y

beneplácito de Dios. De manera que añade este grado al primero, tener alguna buena voluntad y algún amor a la pena por Dios; y el quererla sufrir no solamente mientras está obligado de precepto a sufrirla, sino también mientras el sufrirla fuere más agradable a Dios. El primer grado lleva las cosas con paciencia, este segundo añade el llevarlas con prontitud y facilidad. El tercero es, cuando el siervo de Dios, por el grande amor que tiene al Señor, no solamente sufre y acepta de buena gana las penas y trabajos que le envía, sino los desea y se alegra mucho con ellos, por ser aquella la voluntad de Dios, como dice san Lucas de los Apóstoles: Después de haberlos azotado con infamia pública, iban muy gozosos y regocijados, porque habían sido dignos de padecer afrentas por Cristo¹⁵¹». Y el apóstol san Pablo decía, que estaba lleno de consuelo, y que rebosaba en gozo y alegría en medio de las cadenas, tribulaciones y adversidades¹⁵²». Y esto es de lo que él mismo escribiendo a los hebreos, los alaba, diciendo: «Llevásteis con gozo que os robasen vuestras haciendas, conociendo que tenéis patrimonio más excelente y durable¹⁵³». Pues aquí habemos de procurar llegar nosotros con la gracia del Señor, que llevemos con gozo y alegría todas las tribulaciones y adversidades que nos vinieren. Como nos lo dice también el apóstol Santiago en su Canónica¹⁵⁴: «Te-

151 Act. v, 41.

152 I Cor. VII, 4.

153 Hebr. X, 34.

154 Cap. 1, 2.

ned por sumo gozo, cuando fuéreis envueltos en diversas tribulaciones». Hanos de ser cosa tan preciada y tan dulce la voluntad y contentamiento de Dios, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere. Todos los trabajos y sinsabores del mundo se nos han de hacer dulces y sabrosos, por ser esta la voluntad y contento de Dios. Y esto es lo que dice san Gregorio en el lib. VII de sus Moral., c. 7: «Si el espíritu camina hacia Dios con todo conato, mira como dulces todas las amarguras de esta vida, como descanso las aflicciones, y para alcanzar la plenitud de la vida no se espanta, aunque haya de hacer frente hasta a la misma muerte».

Santa Catalina de Sena en un diálogo que escribió de la consumada perfección del cristiano, dice, que entre otras cosas que su dulcísimo esposo Cristo nuestro Señor le había enseñado fue, que hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda, que era la divina voluntad, y se encerrase y morase perpetuamente en él, y no sacase de él jamás ni ojo, ni pie, ni mano; sino que siempre estuviese recogida en él, como la abeja cuando está en su corcho, y como la perla en su concha. Porque, aunque al principio por ventura le parecería aquel aposento estrecho y angosto, después hallaría en él grandes anchuras, y sin salir de él, pasaría por las moradas eternas, y alcanzaría en poco tiempo lo que fuera de él no se puede alcanzar en mucho. Pues hagámoslo nosotros así, y sea este nuestro continuo ejercicio: «Mi amado para mí, y yo

para él¹⁵⁵». En solas estas dos palabras hay ejercicio para toda la vida. Y así las habemos de traer siempre en la boca y en el corazón.

CAPÍTULO XIII.

De la indiferencia y conformidad con la, voluntad de Dios, que ha de tener el religioso, para ir y estar en cualquier parte del mundo donde la obediencia le enviare.

Para que nos podamos aprovechar mejor de este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y poner en práctica lo que habemos dicho, iremos especificando algunas cosas principales en que nos habemos de ejercitar. Después descenderemos a otras cosas generales que pertenecen a todos; ahora comenzaremos por algunas particulares que tenemos en nuestras Constituciones.

(Manifiesta el autor la indiferencia con que deben estar los individuos de la Compañía de Jesús en todas las cosas, especialmente en lo que toca a las misiones y mudar de casas, lo que nos ha parecido prudente suprimir, y pasar al cap. XIV, del cual también suprimiremos todo aquello que sea peculiar de los religiosos, porque nuestra Librería es para la generalidad de los fieles).

155 Cant. II, 16.

CAPÍTULO XIV.

De la diferencia y conformidad con la voluntad de Dios que hemos de tener para cualquier oficio ocupación en la que Dios quisiere ponernos.

La indiferencia y resignación que acabamos de, decir, hemos de tener también para cualquier oficio y ocupación en que la obediencia nos quisiere poner. Bien vemos cuántos y cuán diferentes son los oficios y ocupaciones que hay en la Sociedad, pues vaya cada uno discurrendo por ellos, hasta que haga igual rostro a cualquiera. Dice nuestro santo Padre en las Constituciones, y lo tenemos en las reglas: Quanto a los oficios bajos y humildes, debe prontamente tomar aquellos en los eriales hallaré mayor repugnancia, si le fuere ordenado que los hagan. Para donde es menester más la indiferencia y resignación es para los oficios bajos y humildes, por la repugnancia que tiene a ellos nuestra naturaleza. Y así más hace uno, y más virtud y perfección muestra en ofrecerse a Dios para estos oficios, que en ofrecerse para otros más altos y honrosos; como si uno tuviese tanto deseo de servir a un señor que se ofreciese para servirle toda su vida de mozo de espuelas y de barrendero, si fuese menester, claro está que mas hace este y más muestra la voluntad que tiene de servile, que si dijese, señor, serviréos de maestro de sala o mayordomo; porque

eso más es pedir mercedes que ofrecer servicios: y tanto más sería esto de estimar cuanto mayores partes tuviese para oficios altos el que se ofrece para los bajos. Pues de la misma manera si vos os ofrecéis a Dios: Señor, serviréis en oficio de predicador o lector de teología¹⁵⁶, no hacéis mucho en eso, porque esos oficios altos y honrosos de suyo son apetecibles; poco mostráis en eso el deseo que tenéis de servir a Dios. Pero cuando os ofrecéis a servir en la casa de Dios todos los días de vuestra vida en oficios bajos y humildes, y repugnantes a vuestra carne y sensualidad entonces mostráis mucho más el deseo que tenéis de servir a Dios. Eso es más de agradecer y estimar; y tanto más, cuanto mayores partes tuviéreis para oficios mas altos. Esto nos había de bastar para desear los oficios bajos y humildes, e inclinarnos siempre más a ellos, especialmente que en la casa de Dios no hay oficio bajo. Aun allá dicen, que en casa del rey no le hay, porque servir al rey, en cualquier oficio que sea, se tiene en mucho; ¿cuánto más será servir a Dios, al cual servir es reinar?

San Basilio¹⁵⁷, para aficionarnos a los oficios bajos y humilde, trae el ejemplo de Cristo, del cual leemos en el sagrado Evangelio, que se ocupó en semejantes oficios lavando los pies a sus discípulos. Y no

156 Ú otro cualquier oficio, como juez, gobernador, etc. (Nota de los Editores).

157 In regul. fus. disput., interrogat. 7.

sólo eso, sino por mucho tiempo sirviendo a su santísima Madre y al santo José, y estando sujeto y obediente a ellos en todo lo que le mandaban: *Et erat subdilus illis*¹⁵⁸. Desde los doce años hasta los treinta no cuenta el sagrado Evangelio otra cosa de él sino esto. Donde consideran los Santos¹⁵⁹ muy bien, que les serviría y ayudaría en muchos oficios bajos y humildes; especialmente siendo ellos tan pobres como eran. Pues «no se desdeñe el cristiano de hacer lo que hizo Cristo». Pues no se desdeñó el Hijo de Dios de ocuparse en estos oficios bajos por nuestro amor, no nos desdeñemos tampoco nosotros de ocuparnos en ellos por su amor, aunque sea todos los días de nuestra vida.

Pero viniendo más a nuestro propósito, una de las razones y motivos más principales que ¡nos ha de hacer que tomemos tan de buena gana cualquier oficio y ocupación en que la obediencia nos pusiere, ha de ser entender que aquella es la voluntad de Dios; porque como arriba dijimos en el capítulo IV, este ha de ser siempre nuestro consuelo y nuestro contento en todas nuestras ocupaciones, que estamos allí haciendo la voluntad de Dios. Esto es lo que harta y satisface al alma: Dios quiere que yo haga esto ahora, esta es la voluntad de Dios, no hay más que desear: porque no hay cosa mejor ni más alta que la voluntad de Dios.

158 Luc. II, 51.

159 S. Aug. tract. LVII super Joan.

A los que andan de esta manera no se les da mas que les manden esto que aquello, ni que les pongan en oficio alto o bajo, porque todo es uno para ellos.

El bienaventurado san Jerónimo¹⁶⁰ cuenta un ejemplo muy bueno a este propósito: dice, que visitando él aquellos santos monjes del yermo, vio a uno al cual el superior, deseando su aprovechamiento y dar también ejemplo de obediencia a los demás mancebos, le había mandado que trajese a costas dos veces cada día una muy grande piedra por espacio de tres millas, que es una legua, sin haber en ello otra necesidad ni utilidad mas que el obedecer y mortificar su juicio, y había ya que usaba esto ocho años. Y como esto, dice san Jerónimo, a los que no entienden el valor de esta virtud de la obediencia, ni han llegado a la puridad y simplicidad de ella con espíritu altivo y de soberbia, les podía por ventura parecer juego de niños o acto ocioso; preguntábanle, ¿cómo llevaba aquella obediencia? y yo mismo, dice, se lo pregunté deseando saber qué movimientos pasaban allá en su alma haciendo aquello. Y respondió el monje: tan contento y gozoso quedo cuando he hecho esto, como si hubiera hecho la cosa mas alta y de mayor importancia que me pudieran mandar. Dice san Jerónimo que le movió tanto esta respuesta, que desde entonces comenzó él a vivir como monje. Eso es ser monje y vivir como verdadero religioso y aun cristiano, no reparar

160 In reg. monach., c. 12.

en lo exterior, sino en que estamos cumpliendo la voluntad y contento de Dios. Estos son los que aprovechan y crecen mucho en virtud y en perfección, porque se sustentan siempre de hacer la voluntad de Dios. Susténtanse de la flor de la harina: *Et adipe frumenti satiat te*¹⁶¹.

Pero dirá alguno: bien veo yo que es gran perfección hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y que en cualquier ejercicio que me manden puedo estar haciendo la voluntad de Dios.

Pero quisiera yo que me ocuparan en otra cosa de más tomo y hacer en eso la voluntad de Dios. Eso es faltar en los primeros principios; porque en buen romance es querer que Dios haga vuestra voluntad, y no querer vos hacer la de Dios. No tengo yo de dar trazas a Dios ni tengo de querer que él se conforme con lo que a, mi me parece y con lo que yo querría; sino que yo tengo de seguir las trazas de Dios y conformarme con lo que él quiere de mí. Dice muy bien san Agustín¹⁶²: «Aquel es buen siervo vuestro, Señor, que no tiene cuenta con si lo que le mandáis es conforme a su voluntad, sino con querer él lo que Vos le mandáreis». Y el santo abad Nilo dice: «No pidáis a Dios que haga lo que vos queréis, sino lo que nos enseñó Cristo que le pidiésemos, que es que se haga su voluntad en mi»¹⁶³.

161 Psalm. CXLVII, 14.
162 Lib. X Conf., cap. 26.

163 Cap. 29 de Orat.

Nótese este punto, que es muy provechoso y general para todos los trabajos y sucesos que se nos pueden ofrecer. No habemos nosotros de escoger en qué, y cómo habernos de padecer, sino Dios. No habéis vos de escoger las tentaciones que habéis de tener, ni decir: si fuera otra tentación no se me diera nada, mas esta no la puedo llevar. Si las penas que nos vienen fuesen las que nosotros queremos, no serían penas. Si de veras deseáis agradar a Dios, habeisle de pedir que os lleve por donde él sabe y quiere, y no por donde vos queréis; y cuando el Señor os enviare lo que os es más desabrido, y lo que vos huís más de padecer y os conformáreis con ello, entonces imitaréis más a Cristo nuestro Redentor, que dijo: No se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra¹⁶⁴». Eso es tener entera conformidad con la voluntad de Dios, ofrecernos del todo a él para que haga de nosotros lo que quisiere, y cuándo quisiere, y de la manera que quisiere, sin excepcion ni contradiccion, y sin reservar para nosotros cosa alguna.

Cuenta Luis Blossio¹⁶⁵, que la santa virgen Gertrudis, movida con piedad y misericordia, rogaba a Dios por cierta persona, la cual había oído que impacientemente se quejaba porque le enviaba Dios algunos trabajos, enfermedades o tentaciones, las cuales le parecían a ella que no le convenían. Pero el Señor respondió a la santa Virgen: Dirás a esa persona por quien ruegas,

164 Luc. XXII, 42.

165 Cap. 10 Monil. spir.

que porque el reino de los cielos no se puede alcanzar sin algún trabajo o molestia, que escoja ella lo que le parece ser provechoso, y cuando le viniere tenga paciencia. De las cuales palabras, y del modo con que se las dijo el Señor, entendió la santa Virgen ser muy peligroso género de impaciencia, cuando el hombre quiere escoger aquellas cosas que ha de padecer, diciendo que no convienen para su salud, ni puede llevar las que Dios le envía. Porque cada uno se ha de persuadir y confiar que lo que Dios nuestro Señor le envía, eso es lo que le conviene; y así lo ha de recibir con paciencia, conformándose en ello con la voluntad de Dios. Pues así como no habéis de escoger los trabajos ni las tentaciones que habéis de padecer, sino tomar como de mano de Dios las que él os envía, y entender que aquellas son las que más os convienen; así tampoco habéis de escoger el oficio o ministerio que habéis de hacer, sino tomar como de la mano de Dios aquel en que la obediencia os pusiere, y entender que ese es el que más os conviene.

Añaden aquí otro punto muy espiritual y dicen¹⁶⁶, que ha de estar uno tan resignado en la Voluntad de Dios, y tan confiado y seguro en él, que desee no saber lo que Dios querrá hacer y disponer de él. Así como acá cuando un señor se fia tanto de un mayordomo, que no sabe de su hacienda ni lo que tiene en casa, es muestra de gran confianza, como dice el santo José

166 Blos. c. 15 Monil. spir.

que la hizo de él su señor: «Bien ves que mi amo habiéndomelo todo entregado, no sabe lo que tiene en su casa¹⁶⁷;» así muestra uno tener grande confianza en Dios, cuando no quiere saber lo que Dios ha de hacer de él; en buenas manos estoy, eso me basta. «Mis sertes están en tus manos»¹⁶⁸: con eso vivo contento y seguro; no he menester saber más.

Para los que desean puestos y oficios o ministerios más altos, pareciéndoles que en aquello harían más fruto en las almas y más servicio a Dios, digo que se engañan en pensar que ese es celo del mayor servicio de Dios y del mayor bien de las almas; no es sino celo y deseo de honra y estimación, y de su celo y de sus comodidades y por ser aquel oficio y ministerio más honroso o más conforme a su gusto e inclinación, por eso le desean.

Para esto y para otras cosas semejantes es muy buena una doctrina de nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, en el libro de sus Ejercicios, que la pone él por fundamento para las elecciones, donde pone tres grados o modos de humildad. Y el tercero y más perfecto es, ofreciéndose dos cosas de igual gloria y servicio de Dios, escoger aquella en que hubiere más desprecio y abatimiento mío, por parecer e imitar más con eso a Cristo nuestro Redentor y Señor, que quiso ser despreciado y abatido por nosotros. Y hay en esto otro grande bien, que en estas cosas hay menos de in-

167 Genes. XXXIX, 8.

168 Psalm. XXX, 16.

terés propio: no tiene el hombre ocasión de buscarse en ellas a sí mismo, ni tiene ese peligro de envanecerse en ellas que en las altas y honrosas. En los oficios bajos ejercítanse juntamente la humildad y la caridad, y con ellos se conserva mucho esta virtud de la humildad como con actos propios suyos; pero en los altos ejercítase la caridad con peligro de la humildad lo cual nos había de bastar no solo para no desearlos, sino para temerlos.

CAPÍTULO XV

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de los talentos y dones naturales.

Cada uno ha de estar muy contento con lo que Dios le ha comunicado, con el talento, con el entendimiento e ingenio, y con la habilidad y partes que Dios le ha dado, y no ha de tener pena ni tristeza por no tener tanta habilidad o talento como el otro, ni ser para tanto como él. Esta es una cosa de que todos tenemos necesidad, porque dado caso que algunos luzcan y parezca que se aventajan en algunas cosas, siempre tienen otros contrapesos que les humillan, en que tienen necesidad de esta conformidad. Y así es menester estar prevenidos, porque suele el demonio acometer a

muchos por aquí. Estaréis en los estudios, y viendo que el otro vuestro condiscípulo se aventaja en habilidad, y que arguye y responde muy bien, vendráos por ventura alguna manera de envidia, que aunque no llegue a que os pese del bien de vuestro hermano, que es propiamente el pecado de envidia; pero al fin viendo que vuestros compañeros vuelan con sus ingenios y van adelante con sus talentos, y que vos os quedáis atrás y no podéis arribar ni alzar cabeza, sentís una tristeza y melancolía, y andáis como corrido y afrentado entre los demás: y de ahí os viene un desmayo y descaecimiento, y una tentación de dejar el estudio. A algunos ha echado esta tentación de la religión, porque no estaban bien fundados en humildad; pensó el otro hacer raya y señalarse entre todos, y que fuera la fama por toda la provincia de que era el mejor estudiante del curso; y como le salió el sueño al revés, queda tan corrido y afrentado, que viendo el demonio tan buena ocasión le representa que no se podrá librar de aquella afrenta ni de aquella tristeza, si no es dejando la religión. Y no es nueva esta tentación, sino muy antigua.

En las crónicas de la Orden de santo Domingo se cuenta un ejemplo a este propósito de Alberto Magno, maestro que fue de santo Tomás de Aquino. Fue Alberto Magno cuando niño muy devoto de Nuestra Señora y rezábale cada día ciertas devociones, y por su medio e intercesión entró en la religión de santo Domingo, siendo de diez y seis años. Y dícese allí que

cuando mozo no era de mucho entendimiento, antes era rudo y de poca habilidad para el estudio, y como se veía entre muchos y muy delicados ingenios de sus discípulos, andaba tan corrido, que llegó la tentación a apretarle tanto y ponerle en tanto peligro, que estuvo muy a punto de dejar el hábito. Estando en este aprieto de pensamientos, fue maravillosamente socorrido con una visión. Estando una noche durmiendo, parecíale que ponía una escala al muro del monasterio para salir e irse de él: y subiendo por ella vio en lo alto cuatro venerables matronas, aunque una parecía señora de las otras. Y llegando cerca de ellas, asió de él la una, y derribóle de la escala, vedándole la salida del monasterio. Porfió querer otra vez subir, y la segunda matrona se hubo con él como la primera. Quiso tercera vez subir, y la tercera matrona le preguntó la causa por qué quería irse del monasterio. El con rostro vergonzoso respondió: voyme, señora, porque veo que otros de mi suerte aprovechan en el estudio de la filosofía, y yo trabajo en vano. La vergüenza que por esta ocasión padezco me hace que deje la religión. Díjole la matrona: aquella señora que ves allí, señalando la cuarta, es la Madre de Dios y Reina de los cielos, de quien las tres somos criadas; encomiéndate a ella, que nosotras te ayudaremos, y le suplicaremos que sea intercesora a su benditísimo Hijo para que te dé ingenio dócil, de modo que aproveches en el estudio. Oyendo esto Fr. Alberto alegróse mucho, y llevándole aquella matrona a Nuestra Señora, fue de ella

bien recibido, y preguntándole qué era lo que tanto deseaba y pedía, respondió saber filosofía, que era lo que él estudiaba y no entendía. Y la Reina del cielo respondió tuviese buen ánimo y estudiase, que en aquella facultad sería grande hombre. Pero porque sepas, dice, que esto te viene de mí y no por tu ingenio ni habilidad, algunos días antes que mueras, leyendo públicamente se te olvidará cuanto supieres. Con esta visión quedó consolado, y desde este día aprovechó tanto en el estudio no solo de filosofía, sino también de teología y sagrada Escritura, cuanto dan testimonio las obras que dejó escritas. Y tres años antes de su muerte, estando leyendo en Colonia, perdió totalmente la memoria en cuanto lo que tocaba a ciencias, quedando como si en su vida no hubiera aprendido cosa alguna de estudios. Y por ventura fue esto también penitencia de la poca conformidad que había tenido en el talento y habilidad que Dios le había dado. Y acordándose de la visión que tuvo cuando quiso salirse de la religión, contó públicamente a los oyentes todo lo que había pasado, y así se despidió de ellos recogiendo en su convento, empleándose todo en oración y contemplación.

Pues para que no nos veamos en semejantes peligros, es menester estar prevenidos; y la prevención necesaria para esto ha de ser mucha humildad, porque de falta de ella nace toda esta dificultad; porque no podéis sufrir ser tenido por el más ruin estudiante del curso. Pues que si llegan, a deciros que no sois para

pasar adelante en los estudios, y veis a vuestros compañeros teólogos, y después letrados y predicadores menester es mucha humildad y mucha conformidad para esto. Y lo mismo será menester para después de los estudios, que os vendrá tentación, porque no sois para tanto como otros; porque no tengo talento para predicar, lucir y tratar como el otro, ni para que se me encomienden los negocios y se haga caso de mí. Y lo mismo digo de los que no son estudiantes, que os vendrán pensamientos y tentaciones: ¡oh si fuera yo estudiante! ¡oh si fuera sacerdote! ¡oh si fuera letrado para poder hacer fruto en las almas! Y alguna vez podrá ser que os apriete tanto la tentación, que os ponga en peligro la vocación y aun la salvación, como ha puesto a algunos.

Doctrina es esta general, y cada uno la puede aplicar a sí conforme a su estado. Y así es menester que todos estén muy conformes con la voluntad de Dios, contentándose cada uno con el talento que Dios le ha dado y con el estado en que le ha puesto, y que no quiera nadie ser más de lo que Dios quiere que sea. El bienaventurado san Agustín sobre aquellas palabras del Salmista: «Inclina mi corazón a tus mandamientos y no a la avaricia¹⁶⁹», dice que este fije el principio y raíz de todo nuestro mal. Porque quisieron ser nuestros primeros padres más de lo que Dios les hizo, y desearon tener más de lo que Dios les dio; por eso

169 Psalm. CXVIII, 36.

cayeron del estado que tenían, y perdieron lo que les había dado. Púsoles el demonio aquel cebo: «Seréis semejantes a Dios¹⁷⁰»; con eso les engañó y derribó. Y esta herencia heredamos nosotros de ellos, que tenemos un apetito de divinidad y una locura y frenesí de querer ser más de lo que somos. Y como al demonio le fue tan bien por ahí con nuestros primeros padres, procura hacernos también guerra a nosotros por ese medio, incitándonos a que deseemos ser más de lo que Dios quiere que seamos, y que no nos contentemos con el talento que él nos ha dado ni con el estado en que nos ha puesto. Y por eso dice san Agustín, que pide a Dios el Profeta: Señor, dadme un corazón desinteresado e inclinado fielmente a vuestros gusto y voluntad, y no a mis intereses y comodidades. Por avaricia dice que se entiende allí todo género de interés, y no sola la codicia del dinero. Y esa es la que dice san Pablo que es la raíz de todos los males: *Radix omnium malorum est cupiditas*¹⁷¹.

Pues para que todos tengamos esta indiferencia y disposición, conformándonos y contentándonos con el talento que el Señor nos ha dado, y con el estado y grado en que nos ha puesto, basta saber que esa es la voluntad de Dios. «Todas estas cosas obra solo uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno como quiere», dice san Pablo a los de Corinto¹⁷². Pone allí el

170 Genes. III, 5.

171 I Tim. VI, 10.

172 Cor. XII, 11.

Apóstol aquella metáfora que trajimos arriba a otro propósito del cuerpo humano, y dice, que así como puso Dios los miembros en el cuerpo a cada uno como quiso, y no se quejaron los pies porque no los hicieron cabeza, ni las manos porque no las hicieron ojos; así también en el cuerpo de la Iglesia puso Dios a cada uno en el puesto y oficio que él fue servido. Que no fue eso acaso, sino con particular acuerdo y providencia suya. Pues si quiere Dios que seáis pies, no es razón que vos queráis ser cabeza. Y si Dios quiere que seáis manos, no es razón que vos queráis ser ojos. ¡Oh que son muy altos y muy profundos los juicios de Dios! ¿quién los podrá comprender? «¿Qué hombre podrá conocer los consejos de Dios¹⁷³?» «Todas las cosas, Señor, proceden de tí, y por eso en todo debes ser loado: tú sabes lo que conviene darse a cada uno, y por qué tiene uno menos y otro más, no conviene a nosotros discernirlo¹⁷⁴». ¿Que sabéis lo que fuera de vos, si tuviérais un gran ingenio y habilidad? ¿Que sabéis si tuviérais un gran talento de púlpito y fuérais muy oído y estimado, si os perdierais por ahí como otros se han perdido, ensoberbeciéndose y desvaneciéndose? «Los letrados, dice aquel Santo, huelgan de ser vistos y ser tenidos por tales». Si con dos maravedís dio ingenio que tenéis, y con tres blancas de letras que sabéis; si con una medianía y por ventura menos que medianía, estais tan vano y tan ufano, que os esti-

173 Sap. IX, 13

174 Thomas a Kempis.

máis y os comparáis y preferís por ventura a otros, y os agraviáis porque no echan mano de vos para esto y para lo otro, ¿qué fuera con la excelencia? ¿Qué fuera si tuviérais unas partes raras y extraordinarias? Por su mal le nacen las alas a la hormiga, y así por ventura os nacieran a vos. Verdaderamente si tuviéramos no antojos sino ojos, antes habíamos de dar infinitas gracias a Dios por habernos puesto en estado bajo y humilde, y por habernos dado pocas partes y habilidades, y decir con aquel Santo:

«Por gran beneficio tengo, Señor, no tener muchas cosas de las cuales se me siga en lo de fuera loor y honra ante los hombres». Los Santos conocían muy bien el grande peligro que hay en esas ventajas y excelencias; y así no sólo no las deseaban, sino temíalas por el peligro grande que hay en ellas de desvanecerse y perderse. En la altura del día temeré¹⁷⁵», y con eso agradaban más a Dios, el cual quiere a sus siervos más humildes que grandes. ¡Oh si acabásemos de caer en la cuenta que todo es burla, sino hacer la voluntad de Dios! ¡Oh si acabásemos de poner todo nuestro contento en el contentamiento de Dios! Si vos sin letras, y vos con menos letras y habilidad contentáis más a Dios, ¿para qué queréis letras? ¿Y para qué queréis vos más letras, y más habilidad y más talento? Si para algo lo habíais de querer era para contentar y servir más a Dios con ello. Pues si Dios se sirve más en que

175 Psalm. LV. 4.

no tengáis letras, o en que no tengáis más letras, ni más talento ni Habilidad como es cierto que se sirve, pues él es el que hizo ese repartimiento; ¿de qué hay que tener pena? ¿Para qué habéis de querer ser lo que Dios no quiere que seáis, y lo que no os conviene que seáis? Que no agradaron a Dios los sacrificios grandes que Saul le quiso ofrecer, porque no era aquello conforme a su voluntad; así tampoco agradarán a Dios esos deseos vuestros altos y levantados. Que no está nuestro bien ni nuestro aprovechamiento y perfección en ser letrados, ni en ser predicadores, ni en tener grandes partes y talentos, ni en entender en cosas altas y subidas; sino en hacer la voluntad de Dios, y en dar buena cuenta de lo que él nos ha encomendado, y en emplear bien el talento que nos ha dado. Y así en esto habemos de poner los ojos, y no en nosotros, porque esto es lo que Dios quiere de nosotros.

Es muy buena comparación para declarar esto la de los representantes de las comedias, cuya estima y premio no se toma del personaje que representan, sino del buen cobro que da cada uno de su dicho. Y así si representa mejor el que hace la persona del villano, que el que hace la del emperador, aquel sale más estimado y alabado de los circunstantes, y más bien premiado de los jueces. De la misma manera lo que Dios mira y estima en nosotros en esta vida (que toda ella es como una representación y comedia que se acaba presto, y plegue a Dios no sea tragedia), no es el personaje que representamos, uno de superior, otro de

predicador, otro de sacristán, otro de portero, sino el buen cobro que cada uno da de su personaje. Y así, si el coadjuntor hace bien su oficio, y representa mejor su personaje que el predicador o el superior el suyo, será más estimado delante de Dios, y más premiado y honrado. Que por ventura no supiera el otro representar bien la persona del rey, y representando la persona del escudero o pastor ganó honra y llevó el premio. Así también por ventura no supierais vos representar bien la persona de predicador o superior, y representáis bien la persona del confesor, y vos la de coadjuntor; sabe Dios repartir muy bien los dichos y dar a cada uno el personaje que le conviene. Conforme al caudal y fuerzas de cada uno», dice el sagrado Evangelio¹⁷⁶, que repartió el Señor los talentos. Por tanto nadie tenga deseo de otro personaje, ni de otro talento; sino procure cada uno representar bien el personaje que le han dado, y emplear bien el talento que ha recibido, y dar buena cuenta de él; porque de esa manera agradará más a Dios, y recibirá mayor premio.

176 Matth. XXV, 15.

CAPÍTULO XVI.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades.

Así como la salud es don de Dios, así también lo es la enfermedad, la cual nos envía el Señor para nuestra prueba, y corrección, y enmienda, y para otros muchos bienes y provechos que se suelen seguir de ella; como es conocer nuestra flaqueza, desengañarnos de nuestra vanidad, despegarnos del amor de las cosas de la tierra, y de los apetitos de la sensualidad, adelgazar los bríos y fuerzas de nuestro mayor enemigo que es la carne; acordarnos que no es esta nuestra patria, sino una como venta, donde andamos desterrados, y otras cosas semejantes: Por lo cual dijo el Sabio: «La enfermedad grave hace templada y fuerte al alma¹⁷⁷». Y así habemos de estar tan conformes con la voluntad de Dios en la enfermedad, como en la salud, aceptándola como venida de la mano de Dios nuestro Señor cuando él fuere servido de enviárnosla. Decía uno de aquellos Padres antiguos a un discípulo suyo que estaba enfermo: Hijo, no te entristezcas con la enfermedad, antes da muchas gracias a Dios por ella; porque si eres hierro con el fuego perderás el orin; y si eres oro con el fuego quedarás probado. Gran virtud es, dice, y gran religión hacer gracias a Dios en la enfermedad.

177 Eccli. XXXI, 2.

De la bienaventurada santa Clara cuenta Surio en su vida que estuvo enferma veinte y ocho años de graves enfermedades, y fue su paciencia tan grande que en todos ellos nunca la sintieron quejarse, ni murmurar de su gran trabajo, antes siempre daba gracias al Señor. Y en su última enfermedad, como estuviese tan trabajada que en diez y siete días no pudo comer bocado, consolándola su confesor Fr. Reinaldo, y exhortándola a tener paciencia en tan largo martirio de tantas enfermedades respondió ella: Después que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo por su santo siervo Francisco, ninguna enfermedad me fue dura, ninguna pena molesta, y ninguna penitencia pesada. Admirable es también a este propósito, y de rarísimo ejemplo, y que dará mucho ánimo y consuelo a los enfermos, la vida de Liduvina virgen, la cual estuvo treinta y ocho años continuos con gravísimas y extraordinarias enfermedades y dolores; los treinta sin poderse levantar de una pobre camilla, ni tocar al suelo con sus pies; y allí le hacía el Señor grandísimas mercedes¹⁷⁸.

Pero porque se nos suelen ofrecer algunas razones particulares con color y apariencia de mayor bien, para impedir esta indiferencia y conformidad, iremos respondiendo y satisfaciendo a ellas. Cuanto a lo primero, podrá decir alguno: «por mi no se me diera mas estar enfermo que sano; pero, lo que siento es, pare-

178 Surio, tom. VII, fol. 277.

cerme que soy carga a la religión, y que doy pesadumbre en casa». A esto digo, que eso es juzgar a los superiores y a los de casa de poca caridad y de poca conformidad con la voluntad de Dios. También los superiores tratan de perfección, y de tomar todas las cosas como venidas de la mano del Señor, y conformarse en ellas con su divina voluntad; y así si Dios quiere que vos estéis enfermo, y que se ocupen en curaros y regalaros, también lo querrán ellos. Y como vos lleváis la cruz que Dios os da, llevarán ellos la que les cupiere con mucha conformidad.

Pero diréis: en eso bien veo la caridad grande que se usa en la religión: lo que me da pena no es sino el fruto que pudiera hacer estudiando, predicando o confesando, y la falta que se hace por estar enfermo. A esto responde muy bien san Agustín: dice, que habernos de considerar que nosotros no sabemos si será mejor hacer aquello que querríamos o dejarlo de hacer, y así habemos de trazar y ordenar las cosas conforme a nuestra capacidad; y si después las pudiéremos hacer de la manera que nosotros las trazamos, no nos habemos de holgar porque se hizo lo que nosotros pensamos y quisimos; sino porque el Señor quiso que así se hiciese. Y si sucediese no venir a efecto lo que nosotros pensábamos y trazábamos, no por eso nos habemos de turbar y perder la paz. Porque «más razón es que sigamos nosotros la voluntad y traza de Dios, que él la nuestra». Y concluye el glorioso san Agustín sentencia admirable: Aquel ordena y traza

mejor sus cosas, que está dispuesto y preparado para no hacer lo que Dios no quiere que haga, que el que tiene mucha ansia y apetito de hacer lo que él había trazado y pensado¹⁷⁹». Pues de esta manera, y con esta indiferencia habemos de trazar y ordenar nosotros lo que habemos de hacer, que estemos siempre muy dispuestos para conformarnos con la voluntad de Dios, si acaso no viniere a efecto. Y así no nos turbaremos ni entristeceremos, cuando por enfermedad o por otra causa semejante no pudiéremos hacer lo que pensábamos y teníamos ya trazado, aunque las cosas en sí sean de mucho provecho para las almas. Dice muy bien el Padre maestro Avila¹⁸⁰, escribiendo a un sacerdote enfermo: «No tanteéis lo que hicierais estando sano, mas cuanto agradaréis al Señor contentaros de estar enfermo; y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien?»

San Crisóstomo dice que más mereció y agradó a Dios el santo Job en aquel: «Como fue del agrado del Señor, así se ha hecho; bendito sea su santo nombre¹⁸¹», conformándose con su voluntad en aquellos trabajos y lepra que le envió, que en cuantas limosnas y bienes hizo estando sano y rico. Pues de la misma manera, más agradaréis vos a Dios en conformaros con su vo-

179 Lib. de catechiz. rud. e. 14.

181 Job, I, 21.

180 Cartas, t. II.

luntad estando enfermo que en cuanto pudierais hacer estando sano. Lo mismo dice san Buenaventura¹⁸²: Más perfección es llevar con paciencia y conformidad los trabajos y adversidades, que entender en obras muy buenas;» que no tiene Dios necesidad de mí, ni de vos para hacer el fruto que él quisiere en su Iglesia. Dije al Señor: Vos sois mi Dios, por cuanto no tenéis necesidad de mis bienes¹⁸³». Ahora quiere él predicaros a vos con la enfermedad, y que aprendáis a tener paciencia y humildad: dejad hacer a Dios, que él sabe lo que más conviene, y vos no lo sabéis. Si para algo habíamos de desear la salud y las fuerzas, era para emplearlas en servir y agradar más a Dios. Pues si el Señor se sirve y agrada más en que yo me emplee en estar enfermo, y en llevar con paciencia los trabajos de la enfermedad; hágase su voluntad, que eso es lo mejor, y lo que más me conviene a mí. Al apóstol san Pablo, predicador de las gentes, permitió el Señor que estuviese dos años preso, y en aquel tiempo tan necesitado de la primitiva Iglesia¹⁸⁴. No se os haga a vos mucho que os tenga Dios preso con la enfermedad dos meses y dos años, y toda la vida si él fuere servido, que no sois tan necesario en la Iglesia de Dios como el apóstol san Pablo.

A algunos se les suele poner delante, cuando tienen enfermedades y achaques largos y continuos, el

182 De gradib. virtutum, cap. 24.

183 Psalm. XV, 2.

184 Act. XXVIII, 30.

no poder seguir la comunidad¹⁸⁵, y haber de ser singulares en muchas cosas; y desconsuélese de esto, pareciéndoles o que no son tan religiosos como los otros, o a lo menos que se podrán desedificar los demás, viendo sus particularidades y regalo: especialmente, que algunas veces la enfermedad y necesidad que uno tiene no se echa tanto de ver por defuera, sino que sólo Dios y el enfermo saben lo que padece; y esas singularidades y exenciones échanse mucho de ver. A esto digo, que este es muy buen respeto y muy justo sentimiento, y es de loar el tenerle. Pero no ha de quitar eso la conformidad con la voluntad de Dios en la enfermedad; sino doblar el merecimiento, conformandoos por una parte enteramente con la voluntad de Dios, en todas vuestras indisposiciones y achaques, pues él quiere que los padezcáis, y por otra teniendo gran deseo, cuanto es de vuestra parte, de seguir todos los ejercicios de la religión con mucha puntualidad y exacción, y sintiendo en vuestro corazón el no hacer todo lo que los otros hacen; porque de esta manera, fuera de lo que merecáis en llevar con conformidad y paciencia la enfermedad, podéis merecer también en esto segundo tanto como los demás que están sanos y buenos, y hacen todos esos ejercicios.

San Agustín en el sermón LXII de Tempore, tratando de la obligación que todos tenían a ayunar aquel santo tiempo, so pena de pecado mortal, y viniendo a

185 Lo mismo tiene en las familias no poder seguir el tren de los demás.

tratar del que está enfermo y no puede ayunar, dice: A este bástale que no pueda ayunar y que coma con dolor de su corazón, gimiendo y suspirando, porque ayudando los demás él no puede ayunar: como el valiente soldado que trayéndole al real herido, siente más el no poder pelear, ni señalarse en servicio de su rey, que el dolor de las heridas y de la cura rigurosa que le hacen. Así es de buenos religiosos, cuando están enfermos, sentir más el no poder andar con la comunidad ni hacer los ejercicios de la religión, que la misma enfermedad. Pero al fin, ni eso, ni otra cosa alguna, nos ha de quitar el conformarnos con la voluntad de Dios en la enfermedad, aceptándola como enviada de su mano, para mayor gloria suya y mayor bien y provecho nuestro.

El bienaventurado san Jerónimo¹⁸⁶ cuenta, que pidiendo un monje al santo abad Juan Egipcio que le sanase de una enfermedad y calentura grave que tenía, respondió el Santo: «Quieres echar de tí una cosa que te es muy necesaria; porque así como la inmundicia y suciedad de las cosas corporales se quita con jabón o lejía fuerte o con otras cosas semejantes; así las almas se purifican con las enfermedades y trabajos».

186 In vitis Patrum.

CAPÍTULO XVII.

Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios: y que nos habemos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino también en todas las cosas que suelen suceder en ella.

Lo que se ha dicho de la enfermedad, se ha también de entender de las demás cosas que se suelen ofrecer en el tiempo de ella. San Basilio¹⁸⁷ da una doctrina muy buena para cuando estamos enfermos. Dice, que de tal manera habemos de usar de los médicos y medicinas, que no pongamos toda nuestra confianza en eso: de lo cual reprende la sagrada Escritura al rey Asa. «Ni aun en su enfermedad buscó al Señor, sino que confió más en la ciencia de los Médicos¹⁸⁸». No habemos de atribuir a eso toda la causa de sanar o no sanar de la enfermedad, sino habemos de poner toda nuestra confianza en Dios, el cual unas veces querrá darnos salud con esas medicinas y otras no. Y así cuando nos faltare el médico y la medicina, dice san Basilio, que tampoco habemos de desconfiar por eso de la salud. Porque así como leemos en el sagrado Evangelio, que Cristo nuestro Redentor unas veces sanaba con sola su voluntad, como a aquel leproso que le pidió: «Señor, si queréis

187 In regul. fusius dispust. 55.

188 II Par. XVI, 42.

podeisme limpiar¹⁸⁹»; y le respondió: *Volo, mundare*: «Quiero: sé limpió»; otras aplicando alguna cosa, como cuando hizo lodo con saliva, y ungió los ojos del ciego, y le mandó que se fuese a lavar a la Natatoria o fuente de Siloé¹⁹⁰; otras veces dejaba a los enfermos en sus enfermedades, y no quería que sanasen, aunque gastasen toda su hacienda en médicos y, medicinas; así también ahora, unas veces da Dios, la salud sin médicos ni medicinas por sola su voluntad; otras la da por medio de esas medicinas: otras veces aunque consulte uno muchos médicos, y le apliquen grandes remedios no quiere Dios darle salud; para que aprendamos con esto a no poner nuestra confianza en medios humanos, sino en Dios. Así como el rey Ezequías¹⁹¹ no atribuyó su salud a la masa de higos que Isaías puso sobre su llaga, sino a Dios; así vos cuando sanáreis de la enfermedad no habéis de atribuir la salud a los médicos ni a las medicinas sino a Dios, que es el que sana todas nuestras enfermedades: «Que no son las yerbas, ni los emplastos los que sanan, sino Dios¹⁹²». Y cuando no sanáreis, tampoco os habéis de quejar de los médicos, ni de las medicinas, sino habeislo también de atribuir todo a Dios, que no quiere daros salud, sino que estéis enfermo.

De la misma manera cuando el médico no conoció la enfermedad o erró la cura , que es cosa que aconte-

189 Matth. VIII, 2.

190 Joan. IX, 11.

191 IV Reg. XX, 7.

192 Sap. XVI, 12.

ce hartas veces, aun a los muy grandes médicos y en grandes personajes, habéis de tomar aquel yerro por acierto de Dios; y también el descuido y falta que os hace el enfermero. Y así no habéis de decir que porque se hizo tal falta con vos, por eso os tornó la calentura, sino tomarlo todo como venido de la mano de Dios, y decir: el Señor ha sido servido que me creciese la calentura y que me y viniese tal accidente. Porque cierta cosa es que aunque respecto de los que os curan, eso haya sido yerro, pero respecto de Dios no fue sino acierto, porque respecto de Dios no acontece ninguna cosa acaso. ¿Pensáis que el pasar las golondrinas y cegar con su estiércol al santo Tobías fue acaso¹⁹³? no fue sino con grande acuerdo y con particular voluntad de Dios, para dejarnos ejemplo en él como en el santo Job; y así lo dice la Escritura divina: El Señor permitió que le sobreviniese esta tentación, para que tuvieran los venideros un ejemplar de paciencia, como ya lo tenían en el santo Job¹⁹⁴». «Y el Ángel le dijo después: Como eras agradable al Señor fue preciso que te probase la tentación¹⁹⁵»: para probarte ha permitido Dios esta tentación.

En las vidas de los Padres se cuenta del abad Estéfano¹⁹⁶, que estando enfermo quiso su compañero hacerle una tortilla, y pensando que la hacia con buen aceite, la hizo con aceite de linaza, que es muy amar-

193 Tob. II, 12.

194 Ibid, XII, 13.

195 Ibid.

196 Apud Doroth. doct. 7.

go, y dióselas; Estéfano como lo sintió, comió un poco, y calló. Otra vez le hizo otra de la misma manera y como la gustase y no la quisiese comer, díjole el hermano: come, Padre, que está muy buena, y probóla él para incitarle a comer, y como sintiese el amargor, comenzó a fatigarse y a decir: homicida soy. Y díjole Estéfano: no te turbes, hijo, que si Dios quisiera que no erraras en tomar un aceite por otro, no lo hicieras. Y de otros muchos Santos leemos, que tomaban con mucha conformidad y paciencia los remedios que les hacían, aunque fuesen contrarios a lo que pedía su enfermedad. Pues de esta manera tenemos de tomar nosotros los yerros y descuidos, así del médico como de los enfermeros, sin quejarnos del uno, ni echar la culpa al otro.

Esta es una cosa en que se descubre y muestra mucho la virtud de uno; y así edifica grandemente un enfermo que toma todo lo que se le ofrece con igualdad y alegría, como venido de la mano de Dios, y se deja guiar y gobernar de los superiores y enfermeros, olvidándose y descuidándose del todo de sí. Dice san Bailio¹⁹⁷: habéis fiado vuestra alma del superior; ¿por qué no fiaréis vuestro cuerpo? habéis puesto en sus manos la salud eterna, ¿porqué no pondréis también la temporal? Y pues la regla nos da licencia para descuidarnos entonces de nuestro cuerpo y nos lo manda, habíamoslo de estimar en mucho, y ayudarnos de tan

197 In regul. fusius disputat. regul. 48

provechosa licencia. Y por el contrario desedifica mucho el enfermo, cuando tiene mucho cuidado de sí, y tiene mucha cuenta con lo que le han de dar y cómo se lo han de dar, y si le acuden a punto, y si no, se sabe bien quejar y aun murmurar.

Dice muy bien Casiano¹⁹⁸: La enfermedad del cuerpo no es impedimento para la paridad del corazón, sino antes ayuda si uno la sabe tomar como debe; pero guardaos, dice, no pase la enfermedad del cuerpo al alma. Y si uno se ha de esa manera, y toma ocasión de la enfermedad para hacer su voluntad, y no ser obediente y rendido: entonces pasará la enfermedad al alma, y hará que le dé al superior más cuidado la enfermedad espiritual que la corporal. Por estar enfermo no por eso ha uno de dejar de parecer religioso, ni pensar que ya no hay regla para él; y que puede poner todo el cuidado en su salud y regalo, y olvidarse de su aprovechamiento. «El enfermo, dice nuestro santo Padre¹⁹⁹, mostrando mucha humildad y paciencia, no menos ha de procurar edificar en el tiempo de su enfermedad, que en el tiempo de su entera salud». San Crisóstomo sobre aquellas palabras del Profeta: «Nos has coronado, Señor, de tu buena voluntad como con escudo²⁰⁰», tratando como mientras dura esta vida siempre hay pelea y así siempre habemos de andar armados para ella, dice: «El

198 Lib. V de institut. renuntiantium, c.8.

199 Regul. 50 summarii.

200 Psalm. V, 13.

tiempo de la enfermedad es muy propio tiempo de estar muy armados, y muy aperecebidos para pelear, cuando por una parte los dolores nos turban y la tristeza nos cerca, y el demonio, tomando de esto ocasión, nos incita a que hablemos con impaciencia, y nos quejemos demasiado»; y así entonces habemos de ejercitar y mostrar la virtud. Aun allá dijo Séneca, ep. 78, que el varón fuerte tan bien tiene en qué ejercitar su fortaleza en la cama padeciendo enfermedades, como en el campo peleando contra los enemigos: porque la principal parte de la fortaleza es sufrir, más que acometer. Y así dijo el Sabio, que es mejor el varon paciente que el fuerte: «Mejor es el sufrido que el hombre fuerte; y el que domina su corazón que el expugnador de ciudades²⁰¹».

CAPÍTULO XVIII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

De la santa virgen Gertrudis se lee²⁰² que le apareció una vez Cristo nuestro Redentor, que traía en su mano derecha la salud, y en la siniestra la enfermedad, y le dijo que escogiese lo que quisiese. Ella respondió: Lo que yo, Señor, deseo de todo corazón es,

201 Prov. XVI, 32.

202 Apud Blos. cap. 11 Monil. spirit.

que no mireis mi voluntad, sino que se haga en mí lo que fuere mayor gloria y contento vuestro.

De un devoto de santo Tomás Cantuariense se cuenta²⁰³, que estando enfermo, fue al sepulcro del Santo a pedirle que rogase a Dios le diese salud. Alcanzóla, y viniendo sano a su tierra, púsose a pensar entre sí, que si le convenía la enfermedad para su salvación, ¿para qué quería la salud? Hízole tanta fuerza esta razón, que volvió otra vez al sepulcro, y rogó al Santo que pidiese a Dios le diese lo que más le convenía para su salvación. Volvióle Dios la enfermedad, y así vivió muy consolado con ella, entendiendo que aquello era lo que más le convenía.

Surio, en la vida de san Bedasto obispo, cuenta otro ejemplo semejante de un hombre ciego, que el día de la traslación del cuerpo de este santo Obispo deseó mucho ver sus santas reliquias, y por consiguiente tener vista para verlas; alcanzóla de Nuestro Señor, y vio lo que deseaba. Y viéndose con vista volvió a orar, que si aquella vista no le convenía para el bien de su alma, que le volviese la ceguedad; y hecha esta oración quedó ciego como de primero.

Cuenta san Jerónimo, en su carta a Castrucio ciego, que como san Antonio Abad fuese llamado de san Atanasio obispo a la ciudad de Alejandría, para que le ayudase a confutar y extirpar las herejías que allí había, Dídimo, que era un varon eruditísimo, pero ciego

203 Marulus, lib. V, cap. 4.

de los ojos del cuerpo, trató con san Antonio muchas cosas de las sagradas Escrituras de tal manera, que estaba el Santo admirado de su ingenio y sabiduría. Y después de haber tratado de esas cosas, preguntándole si estaba triste por estar ciego. El callaba y no se atrevía a responder de vergüenza: finalmente, preguntándole segunda y tercera vez confesó llanamente que sentía tristeza de ello. Entonces díjole el Santo: Maravíllome que un varon tan prudente como tú se entristezca y duela de no tener aquello que tienen las moscas, y las hormigas y gusanillos de la tierra, y no se alegre de tener aquello que solos los Santos y Apóstoles merecieron tener. De lo cual se ve, dice san Jerónimo, que mucho mejor es tener ojos espirituales que corporales.

En la parte primera, lib. 1, c. 49, de la historia de la orden de santo Domingo, cuenta el P. Fr. Hernando del Castillo, que viviendo santo Domingo en Roma, visitaba a una mujer afligida., enferma, emparedada, y muy gran sierva de Dios, que se había recogido en una torre, a la puerta de San Juan de Letrán, y solía el bendito Padre confesarla muchas veces, y administrarle el santísimo Sacramento. Llamábase la mujer Bona, y era tan conforme con el nombre su vida, que por buena la enseñaba Dios a tener alegría en los trabajos, y descanso en la muerte. Padecía una gravísima enfermedad en los pechos, los cuales tenía ya encancerados y llenos de gusanos, de manera que para cualquier otra persona fuera tormento insufrible, pero no para ella

que lo pasaba con admirable paciencia y hacimiento de gracias. Por verla santo Domingo tan enferma y tan aprovechada en la virtud, la amaba mucho. Un día después de haberla confesado y comulgado, quiso ver tan asquerosa y terrible llaga, y aunque con alguna dificultad lo alcanzó. Cuando se descubrió Bona, y el Santo vio la podre, el cáncer, los gusanos hirviendo, y su paciencia y alegría, tuvo de ella compasión; pero más deseo de sus llagas, que de los tesoros de la tierra, y rogóle mucho que le diese uno de aquellos gusanos como por reliquia. No quiso la sierva de Dios dársele, si primero no le prometía devolvérselo; porque ya venía a holgarse tanto de verse comer en vida, que si alguno se caía en el suelo lo volvía a poner en su lugar. Y así sobre su palabra se le dio, que era bien crecido, y con una cabeza negra. Apenas lo tomó el Santo en la mano, cuando se volvió en una perla hermosísima, y los frailes admirados decían a su Padre, que no se le volviese, y la enferma pidiendo su gusano decía, que le volviesen su perla; más en dándosela, tornó a volverse en la forma que tenía de gusano, y la mujer le puso en sus pechos, donde se había criado y criaba. Y santo Domingo haciendo oración por ella, y echándole su bendición con la señal de la cruz, la dejó y se fue. Pero bajando la escalera de la torre, se le cayeron a la mujer los pechos cancerados con los gusanos, y poco a poco fue creciendo la carne, y en breves días fue del todo sana, contando a todos las maravillas que Dios obraba por su siervo.

En la misma historia, parte primera, libro 1, c. 33 , se cuenta que tratando Fr. Reginaldo con santo Domingo de tomar el hábito de su religión, y estando ya determinado de hacerlo, cayó en la cama de una fiebre continua y al parecer de los médicos mortal. El Padre santo Domingo tomó muy a pechos su salud, y hacia por ella continua oración a Dios nuestro Señor; y así el enfermo, como él, llamaban a Nuestra Señora en su ayuda con mucha devoción y sentimiento. Estando los dos ocupados en esta petición, entró por el aposento de Reginaldo la sacratísima Reina del cielo Nuestra Señora con una claridad y resplandor por todo extremo celestial y maravillosa, acompañada de otras dos bienaventuradas vírgenes, que al parecer eran santa Cecilia y santa Catalina mártires, las cuales llegaron con la soberana Señora a la cama del enfermo, a quien ella, como soberana Reina y madre de piedad consoló, y dijo: ¿qué quieres que haga yo por tí? Ya vengo a ver lo que pides: dímelo y dársete ha. Empachóse Reginaldo, y como atajado con tan celestial visión, dudaba de lo que convenía, hacer o decir; mas una de aquellas santas que con Nuestra Señora venían le sacó presto de este cuidado, diciendo: Hermano, no pidas cosa, déjale todo en sus manos, que muy mejor sabe dar, que tú pedir. El enfermo siguió este consejo, como tan discreto y avisado; y así respondió a la Virgen: Señora, no pido nada, no tengo más voluntad que la vuestra: en ella y en vuestras manos me pongo. Extendiólas entonces la sagrada Virgen, y tomando del

óleo que traían para este efecto aquellas sus criadas, ungió a Reginaldo de la manera que se suele dar la Extremaunción. Tan grande eficacia tuvo el tocamiento de aquellas sagradas manos, que súbitamente quedó sano de la calentura, y tan convalecido de fuerzas corporales, como si nunca hubiera estado enfermo; y lo que más es, que con aquella soberana merced se le hizo otra mayor en la virtud del alma, que desde aquella hora jamás sintió movimiento sensual ni deshonesto en su persona en todos los días de su vida, en ningún tiempo, ni lugar, ni ocasión.

En la historia Eclesiástica, parte segunda, libro VI, c. 2, se cuenta que entre los varones que en aquel tiempo florecieron, era muy esclarecido Benjamín, que tenía don de Dios para sanar los enfermos sin otra medicina, con solo el tacto de su mano, o ungiéndolos con un poco de aceite, y haciendo oración sobre ellos. Y con esta gracia de sanar a otros, tuvo él grave dolencia de hidropesía, de la cual se hinchó tanto, que no podía salir por la puerta de su celda, si no desquiciaban las puertas. Y así estuvo dentro de ella ocho meses, hasta que murió sentado en una silla muy ancha, donde curó muchas enfermedades, sin quejarse, ni entristecerse porque no podía dar remedio a la suya. Y a los que le habían lástima, consolaba y decía: Rogad a Dios por mi alma, y de mi cuerpo no curéis, que aun cuando estaba sano, de ninguna cosa me servía.

En el Prado Espiritual , c. 10, se cuenta de un monje llamado Bernabé, que como en cierto camino se

hincase un palillo por el pie, no se le quiso quitar por algunos días, ni ser curado de la herida, por tener como padecer algún dolor por amor de Dios. Y dicese que decía a los que le visitaban: Cuanto el hombre exterior más padece y se mortifica, tanto más el hombre interior se vivifica y fortalece.

En la vida de san Pacomio, cuenta Surio de un monje llamado Zaqueo, que con estar enfermo de gota coral, no por eso remitía un punto del rigor de su acostumbrada abstinencia, que era solamente pan con sal, ni cesaba tampoco de hacer las oraciones que acostumbraban los otros monjes sanos, acudiendo a maitines y a las demás horas, y lo restante del tiempo en que cesaba de orar, se ocupaba en hacer esteras, espuestas y sogas. Y con la aspereza del esparto, de que las tejía, tenía las manos tan lastimadas, que le corría siempre sangre de las grietas; lo cual hacia por no estar ocioso, y a la noche antes de dormir tenía por costumbre de meditar algunas cosas de la sagrada Escritura, y luego hacer la señal de la cruz sobre su cuerpo; y esto hecho, descansaba hasta hora de maitines, a los cuales, como se ha dicho, se levantaba permaneciendo en ellos y en oración hasta que era de día. Este era el repartimiento del tiempo de este santo enfermo, y estos eran sus ordinarios ejercicios. Sucedió una vez venir a él un monje, el cual viéndole tan lastimadas las manos, le dijo que se las untase con aceite, y no sentiría tantos dolores con las aberturas. Hízolo así Zaqueo, y no sólo no se le mitigó el dolor, pero se le

acrecentó mucho más. Y viniendo después a ver a san Pacomio, y contándole lo que había hecho, díjole el Santo: ¿Pensabas, hijo, que no ve Dios todas nuestras enfermedades, y que si es servido no las puede sanar? Pues el no hacerlo así, sino permitir que padezcamos dolores hasta que él sea servido, ¿para qué piensas que lo hace sino para que le dejemos a él todo el cuidado de nosotros, y pongamos solamente en él toda nuestra confianza, y también para bien y provecho de nuestras almas, para podernos después acrecentar la paga y premio eterno por estos breves trabajos que el nos envía? Compungióse mucho con esto Zaqueo, y díjole: Perdóname, Padre, y ruega a Dios que me perdone este pecado de poca confianza y conformidad con la voluntad de Dios, y deseo de sanar. E yéndose Pacomio, en penitencia de culpa tan leve ayunó todo un año, con ayuno tan rígido que no comía sino de dos a dos días, y entonces muy poco y llorando. Este ejemplo tan notable solía contar después el gran Pacomio a sus monjes, para amonestarles a la perseverancia en el trabajo, y la confianza en Dios, y el reparar en faltas pequeñas.

CAPÍTULO XIX.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida.

También habemos de estar conformes con la voluntad de Dios, así para morir, como para vivir; y aunque esto del morir de suyo es muy dificultoso, porque como dice el Filósofo²⁰⁴: «La muerte es la cosa más terrible de todas las cosas humanas». Pero en los religiosos está quitada y allanada en gran parte esta dificultad; porque ya tenemos andado el medio camino para ello, y aun casi todo. Porque cuanto a lo primero, una de las cosas porque a los del mundo se les suele hacer dificultoso el morir y les da pena que llegue aquella hora, es, porque dejan las riquezas, las honras, los deleites, entretenimientos y regalos que tenían en esta vida, los amigos, los parientes, y el otro la mujer, y el otro los hijos, que no suelen dar pequeño cuidado en esta hora, especialmente cuando no quedan remediados. Todo esto ya lo ha dejado el religioso con tiempo; y así no le da pena ni dolor. Cuando la muela está bien descarnada y apartada de las encías, con facilidad se saca; pero si la queréis sacar sin descarnarla, causaros ha mucho dolor. Así al religioso que está ya descarnado y despegado de todas esas cosas del mundo, no le duele a la hora de la muerte el

204 III Ethicorum, cap. 6.

dejarlas; porque ya las dejó él de su voluntad y con gran merecimiento, cuando entró en la religión, y no aguardó a dejarlas a la hora de la muerte como los del mundo, cuando de necesidad se han de dejar, aunque ellos no quieran; y con grande dolor y pena, y muchas veces sin merecimiento alguno; porque más dejan ellas a sus poseedores que ellos a ellas. Y este es uno de los frutos que entre otros muchos tiene el dejar el mundo, y entrar en religión, como nota muy bien san Crisóstomo²⁰⁵, que a los que están en el mundo muy casados con la hacienda, entretenimientos y regalos de esta vida, les es muy penosa la muerte, conforme a aquello del Sabio: «O muerte ¡cuán amarga es tu memoria para el hombre que tiene el corazón pegado a sus bienes²⁰⁶!» Si la memoria de la muerte les es muy amarga, ¿qué será la presencia? Si pensada es amarga, ¿qué será gustada? Pero al religioso que haya dejado todas esas cosas, no le es amarga la muerte, sino antes muy alegre y gustosa, como fin y remate de todos sus trabajos, y como quien va a recibir el premio y galardón de todo lo que ha dejado por Dios.

Otra cosa principal que suele dar más pena en aquella hora a los del mundo, y ser causa que se les haga la muerte terrible y horrible, dice san Ambrosio²⁰⁷, que es la mala conciencia y falta de disposición. Lo cual tampoco tiene ni debe tener lugar en el religioso, por-

205 Homil. XIV in I Tim.

207 De bono mortis, cap. 8.

206 Eccli. XLi, 1.

que toda su vida es una continua preparación y disposición para bien morir. Cuéntase de un santo religioso que como el médico le dijese que se preparase para morir, respondió él : Después que tomé el hábito, no he hecho otra cosa sino prepararme para eso. Este es el ejercicio del religioso. El mismo estado de la religión nos instruye en la disposición que quiere Cristo nuestro Redentor que tengamos para su venida: «Tened ceñidos los lomos, y candelas encendidas en vuestras manos²⁰⁸». Dice san Gregorio²⁰⁹, que el ceñir los lomos denota la castidad, y el tener candelas encendidas en las manos denota el ejercicio de las buenas obras; las cuales dos cosas resplandecen principalmente en el estado de la religión; y así el buen religioso no tiene que temer la muerte.

Y nótese aquí una cosa, que ayudará a nuestro propósito, y la tocamos arriba²¹⁰, y es, que una de las buenas señales que hay de tener una buena conciencia, y andar bien con Dios es, estar muy conforme con su divina voluntad en lo que toca a la hora de su muerte, y estarla esperando con grande alegría, como quien espera su esposo, para celebrar con él aquellas bodas y desposorios celestiales. Y vosotros sed semejantes a los hombres, que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas²¹¹». Y por el contrario, el pesarle a uno mucho con la muerte y no tener esta conformidad, no es buena

208 Luc. XII, 35.

209 Hom, XIII in Evang.

210 En el trat. II, cap. 5.

211 Luc. XII, 36

señal. Suelen traer algunas comparaciones buenas para declarar esto. ¿No veis con qué paz y sosiego va la oveja al matadero sin dar un balido, ni hacer resistencia alguna? que es el ejemplo que trae la sagrada Escritura de Cristo nuestro Redentor: Como oveja será llevado al matadero²¹²». Pero el animal inmundo, ¿qué hace de gruñir, y de resistir cuando le quieren matar? Pues esa es la diferencia que hay entre los buenos, que son significados por las ovejas, y los malos y carnales, que son significados por esos otros animales. El que está sentenciado a muerte, cada vez que oye abrir la cárcel se entristece, pensando que le quieren ya sacar a ahorcar; pero el inocente y el que es dado por libre huélgase cada vez que oye abrir la cárcel, pensando que le vienen a echar fuera. Así el malo cuando oye sonar la cerradura de la muerte, cuando la enfermedad le aprieta, teme y pésale mucho, porque como tiene llagada la conciencia, cree que es para echarle en la hoguera del infierno para siempre jamás. Pero el que tiene buena conciencia, antes se huelga porque entiende que es para darle libertad y descanso para siempre. Pues hagamos nosotros lo que debemos a buenos religiosos (cristianos), y no sólo no sentiremos dificultad en conformarnos con la voluntad de Dios en la hora de la muerte, antes nos holgaremos, y pediremos a Dios con el Profeta que nos saque de esta cárcel: «Saca mi alma de la prisión²¹³».

212 Isai, LIII, 8.

213 Psalm. CXLI, 8.

San Gregorio en el lib. 6 de sus Morales, capítulo 16, sobre aquello de Job: «No temerás las bestias de la tierra²¹⁴, dice: Comúnmente los justos comienzan ya en su muerte a recibir un principio de la paga que les espera, en la tranquilidad y seguridad de espíritu que se les concede». El tener a la hora de la muerte esta alegría, y esta paz y seguridad de conciencia, dice que es principio del galardón de los justos. Comienzan ya a gozar una gotica de aquella paz, que como río caudaloso ha de entrar luego en sus almas: y ya comienzan a sentir su bienaventuranza. Y al contrario, los malos comienzan a sentir su tormento y su infierno, con aquel temor y remordimiento que comienzan a sentir en aquella hora.

De manera que el desear la muerte, y holgarse con ella, es muy buena señal. Dice san Juan Clímaco, en el cap. 6: Muy loable es aquel que todos los días espera la muerte; mas aquel es santo, que todas las horas la desea. Y san Ambrosio²¹⁵ alaba a los que tienen deseo de morir. Y así vemos que aquellos santos Patriarcas antiguos tenían este deseo, ateniéndose por peregrinos y huéspedes en la tierra», no por moradores de asiento. Y como nota muy bien el apóstol san Pablo: «En esto daban bien a entender que estaban deseando salir de este destierro²¹⁶». Y esto era por lo que suspi-

214 Cap. V, 22.

215 In orat.. funebri de obitu Valentiniani imperat., tom. V, et de fide resurrectionis.

216 Hebr. XI, 14.

raba el real Profeta: «¡Ay de mí que se ha prolongado mi destierro²¹⁷!». Y si esto decían, y deseaban aquellos Padres antiguos, con estar entonces cerrada la puerta del cielo, y no haber de ir luego allá: ¿qué será ahora que está abierta, y en estando el alma purgada, luego va a gozar de Dios?

CAPÍTULO XX.

De algunas razones y motivos por los cuales podemos desear la muerte lícita y santamente.

Para que mejor y con más perfección nos conformemos con la voluntad de Dios así en la muerte como en la vida, podremos aquí algunos motivos y razones por las cuales se puede desear el morir, para que escogamos la mejor. La primera razón por la cual se puede desear la muerte, es por huir los trabajos que trae consigo esta vida; porque, como dice el Sabio: Mejor es la muerte, que la vida amarga y trabajosa²¹⁸». De esta manera vemos que los hombres del mundo desean muchas veces la muerte y la piden a Dios, y lo pueden hacer sin pecado; porque al fin son tantos y tales los trabajos de esta vida, que es lícito desear la muerte por huirlos. Una de las razones que dan los Santos

217 Psalm. CXIX, 5.

218 Eccli. XXX, 17.

porque Dios dio tantos trabajos a los hombres, fue porque no se casasen tanto con el mundo, ni amasen tanto esta vida; sino que pusiésemos nuestro corazón y nuestro amor en la otra, y suspirásemos por ella: adonde no habrá lloro ni dolor²¹⁹». San Agustín dice, que Dios nuestro Señor por su infinita bondad y misericordia quiso que esta vida fuese breve, y se acabase presto, porque es trabajosa; y que la otra que esperamos fuese eterna, para que el trabajo durase poco, y el gozo y descanso para siempre²²⁰. San Ambrosio dice: «Está tan llena de males y trabajos esta vida, que si Dios no nos diera la muerte en castigo, se la pidiéramos por misericordia y por remedio, para que se acabaran tantos males y trabajos²²¹». Verdad es que muchas veces los hombres del mundo pecan en esto, por la impaciencia con que toman los trabajos, y por la manera con que piden a Dios la muerte con quejas e impaciencias. Mas si se la pidiesen con paz y con sujeción: Señor, si sois servido, sacadme de estos trabajos, bástame lo que he vivido: no sería pecado.

Lo segundo, se puede desear la muerte con más perfección, por no ver los trabajos de la Iglesia, y las ofensas continuas que se hacen contra Dios, como vemos que la deseaba el profeta Elías, viendo la persecución de Acab y Jezabel, y que habían destruido los altares, y muerto todos los Profetas de Dios, y que

219 Apoc. XXI, 4.

221 Serm. sup. cap. VII Job.

220 Serm. XXXVII de Sancti.

andaban en busca de él para lo mismo; abrasado de celo de la honra de Dios, y viendo que no lo podía él remediar, vase por esos desiertos, y sentándose debajo de un árbol, pidió para sí la muerte, y dijo: Bástame, Señor, lleva esta mí alma, pues no soy yo mejor que mis padres²²²». Bástame, Señor, lo que he vivido; sacadme ya de esta vida para que no vea tantos males, ni tantas ofensas sus vuestras. Y aquel valeroso capitán del pueblo de Dios, Judas Macabeo, decía: «Más vale morir en la guerra que ver tantos males y tantas ofensas de Dios²²³», y con esto exhortaba y animaba a los suyos a pelear. Y del bienaventurado san Agustín leemos en su vida, que pasando los vándalos de España a África, destruyéndola toda, no perdonando a hombre, ni a mujer, ni a clérigos, ni a legos, ni a niños, ni a viejos, llegaron a la ciudad de Hipona, de donde él era obispo, y cercáronla en rededor con mucha gente; y viendo san Agustín tan gran tribulación, y las iglesias sin clérigos, y las ciudades y los moradores de ellas destruidos, lloraba amargamente en su vejez; y juntando a sus clérigos les dijo: Rogué al Señor que o nos librase de estos peligros, o nos diese paciencia, o me sacase de esta vida, porque no vea tantos males; y el Señor me ha otorgado lo tercero. Y luego enfermó al tercer mes del cerco, de la enfermedad de que murió. Y de nuestro santo Padre Ignacio leemos en su vida otro semejante ejemplo. Esta es perfección de

222 III Reg. XIX, 4.

223 II Mach. III, 59.

Santos, sentir tanto los trabajos de la Iglesia y las ofensas que se hacen contra la Majestad de Dios, que no lo pueden sufrir: y así desean la muerte por no ver tanto mal.

Otra causa y razón hay también muy buena y de mucha perfección para desear y pedir a Dios la muerte, que es por vernos ya libres y seguros de ofenderle. Porque cierto es que mientras estamos en esta vida no hay seguridad, sino que podemos caer en pecado mortal, y sabemos que otros más aventajados que nosotros y que tenían grandes dones de Dios, y que verdaderamente eran santos y grandes santos, han caído. Esta es una de las cosas que más hace temer a los siervos de Dios, y por la cual desean salir de esta vida. A trueque de no pecar, aun no haber nacido ni haber sido puede uno desear, cuanto más morir. Porque mayor mal es el pecado que el no ser; y mejor fuera no ser que haber pecado. «Mas le valiera a aquel hombre no haber nacido²²⁴», dijo Cristo nuestro Redentor del que le había de vender. Mas le valiera no haber nacido. Y san Ambrosio²²⁵ declara a este propósito aquello del Eclesiastés: «Alabé más a los muertos que a los vivos: y por más dichoso que a esos tuve al que nunca nació²²⁶». Dice san Ambrosio: El muerto se prefiere al vivo, porque ya ha dejado de pecar: y al muerto se prefiere el que no ha nacido, porque nunca supo pe-

224 Matth. XXV, 24.

225 Serm. XVIII super Psalm. CXVIII.

226 Eccles. Iv, 2.

car». Y así será muy buen ejercicio, actuar muchas veces en la oración en estos actos: «Señor, no permitáis que me aparte yo jamás de Vos». Señor, si os tengo de ofender, llevadme luego antes que os ofenda; que yo no quiero la vida sino para serviros, y si no os tengo de servir con ella no la quiero. Este es un ejercicio muy agradable a Dios y muy provechoso para nosotros; porque aquí hay, ejercicio de dolor y aborrecimiento del pecado: aquí hay ejercicio de humildad aquí hay ejercicio de amor de Dios : aquí hay una petición de los más agradables que podemos pedir a Dios. De san Luis rey de Francia se cuenta, que le decía algunas veces su santa madre la reina doña Blanca: Querría, hijo mío, antes verte muerto delante de mis ojos que con algún pecado mortal. Y agradó a Dios tanto este deseo y esta bendición que le echaba, que se dice de él que en toda su vida no hizo pecado mortal. Eso mismo podrá ser que obre en vos ese deseo y petición.

Y más; no solo por evitar los pecados mortales, sino por evitar los veniales de que estamos llenos en esta vida, es bueno desear la muerte. Porque el siervo de Dios ha de estar determinado, no solo de antes morir que hacer un pecado mortal, sino de morir antes que decir una mentira, que es un pecado venial; y el que por eso muriese, sería mártir²²⁷. Pues cierta cosa es que si vivimos habemos de hacer muchos pecados

227 Véase santo Tomás, 2, 2, q. 124, art. 5 ad 2.

veniales, pues siete veces caerá el justo²²⁸», quiere decir, muchas veces, y mientras más viviere, más veces caerá. Y no sólo por evitar los pecados veniales desean los siervos de Dios salir ya de esta vida, sino por verse libres de tantas faltas e imperfecciones y de tantas tentaciones y miserias como cada día experimentan. Dice muy bien aquel Santo²²⁹: «Ó Señor, ¡Y qué padezco cuando pensando en la oración cosas celestiales, se me ofrece un tropel de cosas carnales! ! Ay que tal es esta vida, donde nunca faltan tribulaciones y miserias! todas las cosas están llenas de lazos y de enemigos: en partiéndose una tribulación viene otra, y aun antes que se acabe el combate de una sobrevienen otras muchas no pensadas. ¿Cómo puede ser amada vida llena de tantas amargas, sujeta a tantos casos y miserias? ¿cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestilencias?» De una grande Santa se lee que solía decir, que si pudiese escoger alguna cosa, no escogerla otra sino la muerte. Porque por medio de ella el alma se halla sin temor de nunca más hacer cosa que sea impedimento del puro amor. Y aun parece de más perfección el desear salir de esta vida por evitar los pecados veniales y las faltas e imperfecciones, que por evitar los mortales; porque eso de los mortales puede ser que lo haga uno más por temor del infierno, y por su propio amor y provecho, que por amor de Dios: mas tener tanto amor de Dios

228 Prov. XXIV, 16.

229 Thomas de kempis.

que desee la muerte por no hacer pecados veniales ni faltas e imperfecciones; es gran pureza de intención y cosa de grande perfección.

Pero dirá alguno: por satisfacer por mis culpas y defectos deseo yo vivir. A esto digo, que si viviendo más desquitásemos siempre de lo pasado y no añadiésemos nuevas culpas, bueno sería eso; pero si no solo no desquitas sino añadís, y mientras más vivís tenéis más de qué dar cuenta a Dios, no será esa buena respuesta. Dice muy bien san Bernardo: «¿Por qué deseamos tanto esta vida, en la cual cuanto más vivimos tanto más pecamos²³⁰?» Y san Jerónimo en la carta a Haeliodoro, dice: ¿qué diferencia pensáis que hay entre el que muere mozo y el que muere viejo, sino que el viejo va más cargado de pecados que el mozo, y tiene más de qué dar cuenta a Dios? Y así toma san Bernardo otra resolución mejor en esto, y dice con su mucha humildad unas palabras que las podemos nosotros decir con más verdad: Tengo vergüenza de vivir por lo poco que aprovecho, y temo de morir porque no estoy preparado; pero con todo eso, más quiero morir y encomendarme a la misericordia de Dios pues es benigno y misericordioso, que escandalizar a mis hermanos con mi vida tibia y floja²³¹». Esta es buena resolución. El Padre maestro Ávila decía, que cualquiera que se hallase con mediana disposición, debía antes desear la muerte que la vida, por razón

230 Cap. 2 Meditat.

231 S. Bern., de la casa interior, cap. 50.

del peligro en que se vive, que todo cesa con la muerte. Dice san Ambrosio²³²: «¿Qué es la muerte, sino sepultura de vicios y resurrección de virtudes?».

Todas estas razones y motivos son buenos para desear la muerte; pero el de más perfección, es el que tenía el apóstol san Pablo por verse ya con Cristo a quien tanto amaba. Tengo deseo de ser desatado de la carne, y estar con Cristo²³³». ¿Qué decís, san Pablo? y ¿Por qué deseáis ser desatado del cuerpo? ¿Por ventura por huir los trabajos? No por cierto, que antes «esa es mi gloria²³⁴». Pues ¿por qué? ¿por huir los pecados? Tampoco. Estoy cierto que ni la muerte ni la vida... podrá apartarnos del amor de Dios». Estaba ya confirmado en gracia y sabía, que no podía perderla; y así no tenía que temer eso. Pues ¿por qué deseáis tanto la muerte? Por verme ya con Cristo: de puro amor la deseaba: porque desfallezco de amor²³⁵». Estaba enfermo de amor, así suspiraba por su amado; y cualquier tardanza se le hacía larga para gozar de su presencia. San Buenaventura²³⁶ pone este por último grado de amor de Dios, de tres que pone. El primero es amar a Dios sobre todas las cosas, amando de tal manera las cosas del mundo, que por ninguna de ellas hagamos un pecado mortal ni quebrantemos ningún mandamiento de Dios, que es lo que dio Cristo nues-

232 De bono mortis, cap. 4.

233 Philip. I, 23.

234 Rom. V, 3.

235 Cant. II, 5.

236 Process. 6 relig. cap. 11, 12, 13.

tro Redentor a aquel mancebo del Evangelio: Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos²³⁷». Esto conviene a todos. El segundo grado de caridad es, no contentarnos con guardar los mandamientos de Dios, sino añadir los consejos, que es propio de los religiosos que no solamente procuran lo bueno, sino lo mejor y más perfecto; conforme aquello de san Pablo: Para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta²³⁸». El tercer grado de caridad, dice san Buenaventura, es «cuando está uno tan encendido y abrasado en amor de Dios, que le parece que no puede vivir sin él»; y así desea verse ya libre y desatado de la cárcel de este cuerpo, para estarse con Cristo: está deseando que se le alce ya este destierro, y se rompa y caiga ya esta pared del cuerpo que está delante y nos impide el ver a Dios. A estos tales la vida, dice, les es impaciencia, o por mejor decir es fastidio, y la muerte es ardiente deseo.

De nuestro santo Padre Ignacio leemos en su vida, lib. V, c. 1, que era ardentísimo el deseo que tenía de salir de esta cárcel y prisión del cuerpo, y que suspiraba su alma tanto por verse con su Dios, que pensando en su muerte no podía detener las lágrimas que de pura alegría sus ojos destilaban. Pero dicese allí, que no ardía en este deseo tanto por alcanzar para sí aquel sumo bien y descansar él con aquella dichosa vista,

237 Matth. XIX, 17.

238 Rom. XII, 2.

sino mucho más por desear ver la gloria felicísima de la sacratísima, humanidad del mismo Señor, a quien tanto amaba. A la manera que suele acá un amigo gozarse de ver en gloria y honra al que ama de corazón: de esa manera deseaba nuestro santo Padre verse con Cristo, olvidado de su interés y descanso por puro amor. Deseaba estarse gozando y regocijando de la gloria de Cristo, y dándole el para bien de ella, que es el más alto y perfecto acto de amor que podemos tener.

De esa manera no sólo no nos será amarga la memoria de la muerte, antes nos dará mucho contento y alegría. Pasad un poco más adelante y considerad que de aquí a pocos días estaréis en el cielo gozando de lo que ni ojo vio, ni oreja oyó, ni puede caer en entendimiento de hombre; y todo se os convertirá en gozo y regocijó. ¿Quién no se alegra de que se acabe el destierro, y se dé fin al trabajo? ¿Quién no se alegra de alcanzar y conseguir ya su último fin, para que fue criado? ¿Quién no se alegra de entrar en la posesión de su herencia, y tal herencia?

Pues por medio de la muerte entramos en la herencia del cielo: «Cuando diera sueño a sus amados: e aquí la heredad del Señor²³⁹». No podemos entrar en la posesión de aquellos bienes eternos, si no es por medio de la muerte; y así, dice el Sabio, «que el justo espera en su muerte²⁴⁰», porque ese es el medio y el

239 Psalm. CXXVI, 3.

240 Prov. XVI, 32.

escalón para subir al cielo y así ese es el consuelo en este destierro. «Tañeré salmos y entenderé en el camino sin mancilla, cuando vengáis a mí²⁴¹». Así declara san Agustín este lugar²⁴²: Mi atención y deseo, Señor, es conservarme sin mancilla toda la vida, y con este cuidado andaré siempre cantando, y la letra de mi canción será: ¿cuándo se alzaré, Señor, este destierro? ¿Cuándo vendréis por mí? ¿cuándo iré yo, Señor, a Vos? «¿Cuándo me veré, Señor, con Vos? ¡Oh cómo se tarda ya esta hora²⁴³!» ¡Oh qué contento y alegría será para mí, cuando me digan que se llega ya! «Me he alegrado en esto que se me ha dicho: A la casa del Señor iremos. Nuestros pies estarán en tus atrios, Jerusalén²⁴⁴». Ya me imagino como de pies allá en compañía de los Ángeles y de aquellos bienaventurados, gozando de Vos, Señor, para siempre jamás. Amen.

CAPITULO XXI.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Simeón Metafraste en la vida de san Juan Limosnero, arzobispo de Alejandría, que un hombre

241 Psalm. C. 2.

242 Tract. IX super epist. Joan.

243 Psalm. XLI, 3.

244 Ibid. CXXI, 1, 2.

tenía un hijo que amaba mucho, y para alcanzar de Dios que le conservase la vida y salud, rogó al Santo que hiciese oración por él, y dióle mucha cantidad de oro que distribuyese en limosna a pobres por esta intención. Lo hizo así el Santo, y al cabo de treinta días el hijo murió. Quedó el padre tristísimo, pareciéndole que la oración y limosna que por él se había hecho, había sido en vano. Y sabiendo el Patriarca su tristeza, hizo oración por él pidiendo a Dios que le consolase. Oyó Dios su oración y envió una noche un santo Angel del cielo que apareció al hombre, y le dijo que supiese que la oración que por su hijo se había hecho, Dios la había oído, y que por ella su hijo estaba vivo y, salvo en el cielo. Y que le convino morir en el tiempo que murió para salvarse; porque si viviera había de ser malo, y se había de hacer indigno de la gloria de Dios. Y díjole más, que supiese que ninguna de las cosas que acontecen en esta vida vienen sin justo, juicio de Dios, aunque las causas de sus juicios sean a los hombres ocultas: y que por esto el hombre no debe dar lugar a tristeza desordenada, sino recibir con ánimo; paciente y agradecido las cosas que Dios ordena. Con este aviso del cielo quedó el padre del hijo difunto consolado y animado a servir a Dios.

En el lib. II, c. 12 de la Historia Tebea se cuenta una singular merced que hizo san Mauricio, capitán que fue de la legión Tebea, a una señora muy devota. Tenía esta un hijito sólo, el cual, para que con tiempo se criase en religiosas costumbres, al fin de su tierna

edad lo consagró en el monasterio de san Mauricio , debajo del cuidado y gobierno de los monjes como se acostumbraba en aquellos tiempos, y lo hicieron sus padres con Mauro y Plácido y otros algunos nobilísimos romanos, en tiempo de san Benito, y muchos años después, con santo Tomás de Áquino en el monasterio de Monte Casino, su madre Teodora y sus hermanos los condes de Aquino. Crióse en el monasterio este único hijo de esta señora, en las letras y costumbres y en la disciplina monástica muy bien, y ya en el coro juntamente con los monjes había comenzado a cantar suavísimamente. Pero sobrevínole una calentura pequeña, de la cual murió. Vino la desconsolada madre a la iglesia, y con infinitas lágrimas acompañó al muerto hasta la sepultura. Pero no bastaron las muchas lágrimas a templar el dolor de la madre, ni para que dejase de ir cada día a la sepultura a llorarle sin tasa, y mucho más cuando al tiempo que se decían los divinos oficios se acordaba que estaba privada de oír la voz de su hijo. Perseverando la señora en este triste ejercicio no solamente de día en la iglesia, sino también de noche en su casa sin poder reposar; vencida una vez del cansancio se quedó dormida y en este sueño se le apareció el santo capitán Mauricio, y le dijo: ¿Por qué, mujer, estás continuamente llorando la muerte de tu hijo, sin poder poner fin a tantas lágrimas? Respondió ella: No son poderosos todos los días de mi vida a dar fin a este mi llanto; y por esto mientras que viviere lloraré siempre a mi

único hijo, ni cesarán estos ojos míos de derramar lágrimas, hasta que la muerte los cierre, y aparte de este cuerpo esta ánima desconsolada. Replicó el Santo: Dígote, mujer, que no te aflijas ni llores más el hijo muerto, como si muerto fuese, porque no está muerto sino vivo, y se está holgando con nosotros en la eterna vida. En señal de la verdad que yo te digo, levántate de mañana a los maitines, y oirás la voz de tu hijo entre las de los monjes que cantarán el divino oficio; y no solamente la gozarás mañana, pero todas las veces que te hallares presente a los divinos loores en la iglesia. Cesa, pues, ya y pon fin a tus lágrimas, teniendo antes ocasión de grande alegría que de tristeza. Despertando la mujer, esperaba con deseo la hora de los maitines por enterarse de la verdad, quedándole todavía alguna duda de haberlo soñado. Venida la hora y entrando en la iglesia, reconoció la madre en el canto de la antífona la voz suavísima del bienaventurado hijo, y segura ya de su gloria en el cielo, desechando de sí todo el dolor, dio infinitas gracias a Dios, gozando de ella cada día en los divinos oficios de aquella iglesia, consolándola Dios con esta oración, y enriqueciéndola con este don.

Cuenta un autor²⁴⁵, que andando un día a caza un caballero, salió una fiera, y fue en su seguimiento sin solo un criado, porque los demás andaban ocupados en matar otras fieras. Y como la siguiese con gran

245 Flores de Enrique Gran, lib. IV, núm. 68.-

codicia, alejóse mucho y llegó a un bosque donde oyó una voz humana y harto suave. Maravillóse de oír en un desierto tal voz, porque le parecía que no podía ser de sus criados ni aun de otra persona de aquella tierra. Deseando, pues, saber qué cosa fuese aquella, entró por el bosque adentro, y halló un leproso espantoso en la vista y muy asqueroso, el cual tenía tales sus carnes, que se iban deshaciendo en cada miembro y parte de su cuerpo. El caballero con tal vista quedó perplejo y espantado; empero, tomando fuerzas y osadía, se llegó a él y le saludó con palabras muy dulces, y le preguntó si era él el que cantaba, y que de dónde le había venido tan dulce voz. Respondió el leproso: Yo, señor, era el que cantaba y tengo esta voz propia mía. ¿Cómo puedes alegrarte, dijo el caballero, teniendo tantos dolores? Respondió el pobre: Entre Dios mi Señor y mí no hay otro medio sino esta pared de lodo que es este mi cuerpo, y este rompido, y quitado este impedimento, iré a gozar de la visión de su Majestad eterna. Y como veo que cada día se va deshaciendo a pedazos, me gozo y canto con una alegría extraña de mi corazón, aguardando, como aguardo, el apartamiento de este cuerpo; porque hasta que le deje no puedo ir a gozar de Dios, fuente viva donde se hallan los manantiales que duran para siempre.

San Cipriano, en el lib. de Mortalitate, cuenta de un obispo que como estuviese en una grave enfermedad muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenía presente, suplicase a Nuestro Señor que le

alargase la vida; aparecióle un Ángel en figura de un mancebo muy hermoso y resplandeciente, y con voz grave y severa le dijo: «Por una parte teméis el padecer en esta vida, y por otra no queréis salir de ella; ¿qué queréis que os haga?» dándole a entender, que no agradaba a Dios aquella repugnancia de salir de esta vida. Y dice san Cipriano que le dijo el Ángel estas palabras, para que en su agonía las dijese y enseñase a los demás.

Cuenta Simeón Metafraste y tráelo Surio, t. I, fol. 237, del santo abad Teodosio, que sabiendo el Santo de cuánto provecho es la memoria de la muerte, queriendo con esto dar ocasión a sus discípulos para su aprovechamiento, hizo que abriesen una sepultura, y abierta púsose con sus discípulos al rededor de ella y díceles: Ya está abierta la sepultura, pero ¿quién de vosotros ha de ser el primero a quien habemos de celebrar aquí las honras? Tomó la mano uno de sus discípulos llamado Basilio, que era sacerdote y de grande virtud, y así estaba muy dispuesto y preparado para elegir la muerte con mucha alegría, e híncase de rodillas y dícele: Bendíceme, padre, que yo seré el primero a quien se han de hacer aquí los oficios de Requiere. El lo pidió y el Santo se lo concedió. Manda el santo abad Teodosio que se le hagan en vida todos los oficios que se suelen hacer por los muertos. El primer día, el tercero, el novenario y después otras honras a los cuarenta días. ¡Cosa maravillosa! al fin de las honras y oficio de los cuarenta días, estando el monje Basilio sano y bueno,

sin calentura, ni dolor de cabeza ni otro mal alguno, como a quien le viene un dulce y suave sueño, pasó al Señor a recibir el premio de su virtud, y de la prontitud y alegría con que había deseado verse ya con Cristo nuestro Redentor. Y para que se vea cuánto agradó a Dios esta prontitud y alegría con que este santo monje deseó salir de esta vida, a este milagro se siguió otro. Dice Simeón Metafraste que por otros cuarenta días después que murió, le vio el abad Teodosio que cada día venía a las vísperas y cantaba en el coro con los demás discípulos, aunque los demás no le veían ni le oían cantar, sino solo uno que era entre los demás muy señalado en virtud, llamado Aecio: este le oía cantar, pero no le veía. Y fuese al abad Teodosio y dícele: Padre, ¿no oyes cantar con nosotros a nuestro hermano Basilio? Respondió el Abad: Óigole y véole, y si quieres yo haré que tú también le veas. Y juntándose otro día en el coro a los oficios, vio el abad Teodosio al santo monje Basifo cantando en el coro con los demás como solía, y muéstrasele con el dedo a Aecio, haciendo juntamente oración, pidiendo a Dios que abriese los ojos de aquel monje para que él también le viese. Y como le vio y conoció, vase luego a él corriendo con grande alegría para abrazarle; pero no le pudo coger, antes desapareció luego diciendo en voz que todos le oyeron: Quedaos con Dios, padres y hermanos míos, quedaos con Dios, que de aquí adelante no me veréis.

En la Crónica de la órden de san Agustín, centuria 3, se cuenta de san Columbano el mozo, sobrino y discípu-

lo del santo abad Columbano, que como tuviese grandes calenturas y llegase a la muerte, y él lleno de grande esperanza desease morir, aparecióle un mancebo resplandeciente y díjole: Sábete que las oraciones y lágrimas que tu Abad derrama por tu salud, impiden que no salgas de esta vida. Entonces querellóse el Santo amorosamente a su Abad, y llorando le dijo: ¿Por qué me fuerzas a vivir tan triste vida como esta y me impides ir a la eterna? Con esto el Abad cesó de llorar y orar por él, y así juntándose los religiosos, y recibiendo los santos Sacramentos, y abrazándole todos, murió en el Señor.

San Ambrosio, de fide resurrección., refiere de los de Tracia, que cuando nacían los hombres lloraban, y cuando se morían hacían gran fiesta. Lloraban los nacimientos, y celebraban y festejaban el día de la muerte, pareciéndoles, y con mucha razón, dice san Ambrosio, que los que venían a este mundo miserable lleno de tantos trabajos eran dignos de ser llorados, y que cuando salían de este destierro era razón hacer fiestas y alegrías, porque se libraban de tantas miserias. Pues si aquellos siendo gentiles y paganos, y no teniendo conocimiento de la gloria que esperamos, hacían esto, ¿qué será razón que sintamos y hagamos los que ilustrados con la luz de la fe, sabemos los bienes que van a gozar los que mueren en el Señor? y así con mucha mayor razón dijo el Sabio, que es mejor el día de la muerte que el día del nacimiento²⁴⁶».

246 Eccles. VII, 2

San Jerónimo en su carta a Tirasio, dice, que por esto Cristo nuestro, Redentor queriéndose partir de este mundo para su Padre, dijo a sus discípulos que se entristecian: «No sabéis lo que hacéis: si me amaseis antes os habíais de holgar, porque voy a mi Padre²⁴⁷». Y por el contrario cuando determinó Cristo de resucitar a Lázaro, lloró. No lloró, dice san Jerónimo, porque era muerto, pues luego le había de resucitar; sino lloró porque había de tornar a esta miserable vida. Lloraba porque aquel a quien había amado tanto, había de tornar a los trabajos de este destierro.

CAPITULO XXII.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envía.

No solamente habemos de tener conformidad con la voluntad de Dios en los trabajos y sucesos propios y particulares nuestros, sino también en los trabajos y calamidades generales de hambres, guerras, enfermedades, muertes y pestilencias, y otras semejantes que el Señor envía a su Iglesia. Para esto es menester suponer que, aunque por una parte sentimos estas calamida-

247 Joan. XIV, 18.

des y castigos, y nos pese del mal y trabajo de nuestros prójimos como es razón; pero por otra parte, considerándolos en cuanto son voluntad de Dios y ordenados por sus justos juicios para sacar de ellos los bienes y provechos que él se sabe de su mayor gloria, nos podemos conformar en ellos con su santísima y divina voluntad; a la manera que vemos acá en un juez que sentencia a uno a muerte, que aunque por otra parte lo sienta y le pese de que aquel hombre muera, por la natural compasión o por ser su amigo; pero por otra parte da la sentencia y quiere que muera, porque conviene aquello para el bien común de la república. Y aunque es verdad que no nos quiso Dios obligar a que nos conformásemos con su voluntad en todas estas cosas, queriéndolas y amándolas positivamente; sino que se contentó con que las sufriésemos con paciencia, no contradiciendo ni repugnando a la justicia divina, ni murmurando de ella; pero dicen los teólogos y los Santos, que será obra de mayor perfección y merecimiento, y más perfecta y entera resignación, si el hombre no solamente lleva y sufre con paciencia estas cosas, sino las ama y las quiere, en cuanto son voluntad y beneplácito de Dios y órden de la divina justicia, y que sirven para mayor gloria suya. Como hacen los bienaventurados en el cielo, los cuales en todas las cosas se conforman con la voluntad de Dios, como dice santo Tomás, en la 2, 2, q. 19, art. 10, ad 1, y lo declara san Anselmo²⁴⁸ con esta

248 Lib. similitud. cap. 63.

comparación: Dice que en la gloria, nuestra voluntad y la de Dios serán tan concordes, como lo son acá los dos ojos de un mismo cuerpo, que no puede el uno mirar a una cosa sin que el otro también la mire. Y por esto aunque la cosa se vea con dos ojos, siempre parece una misma. Pues así como los Santos allá en el cielo se conforman con la voluntad de Dios en todas las cosas, porque en todas ellas ven el orden de su justicia y el fin de su mayor gloria a que van enderezadas; así será grande perfección que nosotros imitemos en esto a los bienaventurados, queriendo que se haga la voluntad de Dios acá en la tierra así como se hace en el cielo. Querer lo que Dios quiere por la misma razón y fin que Dios lo quiere, nunca puede dejar de ser muy bueno.

De san Agustín refiere Posidonio en su vida, que estando la ciudad de Bona, donde él residía, cercada de los vándalos, y viendo tanta ruina y mortandad, se consolaba con aquella sentencia de un sabio: «No será grande el que pensare que es gran cosa que las piedras y los edificios caigan, y que mueran los mortales». Con más razón nos debemos nosotros consolar, considerando que todas estas cosas vienen de la mano de Dios, y que esa es su voluntad, y que, aunque la causa por que él envía estos trabajos y calamidades sea oculta; pero no puede ser que sea injusta. Los juicios de Dios son muy, profundos, son un abismo sin suelo, como dice el Profeta «Tus juicios son como un abismo profundo²⁴⁹». Y no

249 Psalm. XXXV, 7.

los habemos nosotros de querer escudriñar ni investigar con nuestro bajo y corto entendimiento, que eso sería temeridad: Porque ¿quién entendió la mente del Señor? o ¿quién fue su consejero²⁵⁰?, ¿Quién os hizo a vos de su consejo, para que os querais entrometer en eso? sino habémoslos de reverenciar con humildad, y creer que de saber infinito no viene ni puede venir sino cosa muy acertada, y tan acertada que al fin de ella sea nuestro mayor bien y provecho. Siempre habemos de ir en este fundamento, creyendo de aquella bondad y misericordia infinita de Dios, que no enviaría ni permitiría semejantes males y trabajos, si no fuese para sacar de ellos otros mayores bienes. Quiere Dios llevar por este camino al cielo a muchos, que de otra manera se perdieran. ¿Cuántos hay que con estos trabajos se vuelven de todo corazón a Dios, y mueren con verdadero arrepentimiento de sus pecados, y se salvan, y de otra manera se condenaran? Y así lo que parece castigo y azote es misericordia y beneficio grande.

En el libro II de los Macabeos después de haber contado aquella horrible y cruelísima persecución del impísimo rey Antíoco, y la sangre que derramó sin perdonar a niño ni a viejo, a casada ni a doncella, y como despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometían por su mandado; añade el autor y dice²⁵¹: Yo ruego a todos los que leyeren este libro que no desmayen por estos acaecimientos ad-

250 Rom. XI, 14.

251 Lib. II, VI, 12.

versos, sino que entiendan que Dios ha permitido y enviado todos estos trabajos, no para destrucción, sino para enmienda y corrección de nuestra gente.

Dice muy bien san Gregorio a este propósito, en el lib. II de sus Morales, c. 32, la sanguijuela chupa la sangre del enfermo, y lo que pretende es hartarse de ella, y bebérsela toda si pudiese; más el médico pretende con ella sacar la mala sangre y dar salud al enfermo. Pues eso es lo que pretende Dios por medio del trabajo y de la tribulación que nos envía. Y así como el enfermo sería imprudente si no se dejase sacar la mala sangre, mirando más a lo que pretende de la sanguijuela que a la intención del médico; así nosotros en cualquier trabajo que nos venga, ahora sea por medio de los hombres, ahora sea por medio de otra cualquier criatura, no habemos de mirar a ellas, sino al sapientísimo médico, que es Dios; porque todas ellas le sirven a él de sanguijuelas y de medios para evacuar la mala sangre y darnos entera salud. Y así habemos de entender y creer, que todo nos lo envía él para mayor bien y provecho nuestro. Y aunque no hubiese en ello más de querernos el Señor castigar en esta vida como hijos, y no guardarnos el castigo para la otra, será esa gran merced y beneficio.

De santa Catalina de Sena se cuenta, en la parte II, c. 4, que estando ella muy afligida por un falso testimonio que le habían levantado que tocaba en su honestidad, le apareció Cristo nuestro Redentor, el cual tenía en su mano derecha una corona de oro adornada

con muchas margaritas y piedras preciosas, y en la siniestra otra corona de espinas, y díjole: Amada hija mía, sepas que es necesario ser coronada de estas dos coronas en diversas veces y tiempos; por tanto, tú escoge cuál quieres más, o que en esta vida en que ahora vives seas coronada con esta corona de espinas, y esta otra preciosa te sea guardada para la vida que siempre ha de durar, o que ahora te sea dada esta preciosa corona en esta vida, y para después de tu muerte te sea reservada esta de espinas. Respondió la santa Virgen : Señor, ya yo negué mi voluntad mucho tiempo ha por seguir la tuya, por tanto no pertenece a mí escoger; pero si tú, Señor, quieres que responda, digo , que yo siempre en esta vida escojo ser conforme a tu santísima pasión, y por tu amor quiero abrazar siempre penas para refrigerio mío. Y dicho esto, tomó la corona de espinas con sus propias manos de las manos del Salvador, y púsola con toda su fuerza sobre su misma cabeza con tanta violencia, que las espinas se la horadaron toda alrededor, en tal manera, que de allí adelante sentía muchos días actual dolor en la cabeza de la entrada de las espinas en ella.

CAPÍTULO XXIII.

De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envía, así particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecados.

Doctrina es común de los Santos, que suele Dios nuestro Señor enviar estos trabajos y castigos generales, comúnmente por pecados cometidos, como consta de la sagrada Escritura, que está llena de esto. «Nos enviaste todas estas cosas por nuestros pecados, porque hemos realmente pecado y obrado mal, no haciendo caso de tus mandamientos. Por consiguiente bien merecidos tenemos los castigos que nos has enviado, y los males que nos han sobrevenido²⁵²». Y así vemos que castigaba Dios a su pueblo y le entregaba en manos de sus enemigos cuando le ofendía, y le libraba cuando arrepentido de sus pecados hacía penitencia y se volvía a él. Y por eso Aquior, capitán y príncipe de los hijos de Amon, habiendo declarado a Holofernes como Dios tenía la protección del pueblo de Israel, y que le castigaba cuando se apartaba de su obediencia, le dijo: que antes de acometerle procurase saber si a la sazón había ofendido a Dios; porque si esto era, podía tener por cierta la victoria; y sino que dejase aquella empresa, porque no le iría bien ni sacaría más

252 Dan. III, 28, 31.

de ella que vituperio y confusión; porque Dios pelearía por su pueblo, contra el cual ninguno podría prevalecer²⁵³. Y notan esto particularmente los Santos sobre aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio a aquel enfermo de treinta y ocho años que estaba junto a la probática piscina, después que le sanó: «Guárdate de pecar de aquí adelante, porque no te acontezca otra cosa peor²⁵⁴». Pues conforme a esto, uno de los medios que nos ayudará mucho en las calamidades y trabajos, así generales como particulares, para conformarnos con la voluntad de Dios y llevarlo con mucha paciencia, será entrar luego dentro de nosotros, y considerar nuestros pecados y cuán merecido tenemos aquel castigo; porque de esa manera cualquiera cosa adversa que se ofrezca la llevaremos bien, y la juzgaremos por menor de lo que había de ser, conforme a nuestras culpas.

San Bernardo y san Gregorio tratan muy bien este punto. Dice san Bernardo²⁵⁵: «Si la culpa se siente interiormente como se ha de sentir, poco o nada sentirá uno la pena exterior, como el santo rey David no sentía las maldiciones que le echaba Semei, viendo la guerra que le hacia su propio hijo». «Me está persiguiendo mi propio hijo, ¿qué mucho que un extraño haga eso²⁵⁶?» San Gregorio²⁵⁷ sobre aquello de Job: «Y que entendieras que es mucho menos

253 Judith, V, 9.

254 Joan. V, 14.

255 Serm. de altitud. et bassit. cordis.

lo que él te castiga, que lo que merece tu maldad²⁵⁸», declara esto con una buena comparación. Así como cuando el enfermo siente la apostema enconada o la carne podrida, se pone de buena gana en las manos del cirujano para que abra y corte por donde le pareciere, y cuanto más enconada y podrida está la llaga, tanto de mejor gana sufre el hierro y el botón de fuego; así cuando uno siente de veras la llaga y enfermedad que el pecado ha causado en su alma, de buena gana recibe el cauterio del trabajo y de la mortificación y humillación con que Dios quiere curar esa llaga, y sacar la materia, y lo podrido de ella. «Témlase, dice, el dolor del azote, cuando se conoce la culpa». Y si vos no tomáis de buena gana la mortificación y trabajo que se os ofrece, es porque no conocéis la enfermedad de vuestras culpas; no sentís lo podrido que tenéis, y así no podéis sufrir el cauterio y la navaja.

Los varones santos y los verdaderos siervos de Dios no solo recibían esto de buena gana, sino lo deseaban y pedían muy de veras a Dios. Y así decía el santo Job: ¿Quién diese que se cumpliera mi petición, y que Dios me concediera lo que espero? ¿y que el que comenzó, él mismo me desmenuce, suelte su mano y me corte? Y sería este mi consuelo, que afligiéndome con dolor no me perdonara²⁵⁹». Y el profeta David:

256 II Reg. XVI, 11.

257 Lib. X Mor. c. 8.

258 Job, XI, 6.

259 Job, XI, 8.

«Pruébame, Señor, y ensáyame²⁶⁰. Porque aparejado estoy para los azotes²⁶¹». Bueno es para mí el haberme Vos humillado²⁶²». De tal manera desean los siervos de Dios que su majestad los castigue y humille aquí en esta vida, dice san Gregorio²⁶³, que antes se desconsuelan cuando por una parte consideran sus culpas, y por otra ven que no los ha Dios castigado por ellas porque sospechan y temen no sea que les quiera diferir el castigo para la otra vida donde será con rigor. Y eso es lo que añade Job: «Y sería este mi consuelo, que afligiéndome con dolor no me perdonara»; como si dijera, porque a algunos perdona Dios en esta vida, para castigarlos después para siempre en la otra, no me perdone a mí de esta manera en esta vida, para que después para siempre me perdone. Castígueme aquí Dios como padre piadoso, para que no me castigue después para siempre como juez riguroso, «que no murmuraré, ni me quejaré de sus azotes²⁶⁴», antes ese será mi consuelo. Esto es también lo que decía san Agustín: «Señor, quemad y cortad aquí, y no me perdonéis nada en esta vida, para que me perdonéis para siempre».

Es ignorancia y ceguedad nuestra el sentir tanto los trabajos corporales y tan poco los espirituales. No son de sentir tanto los trabajos cuanto los pecados. Si conociésemos y ponderásemos bien la gravedad de nues-

260 Psalm. XXV, 2.

261 Ibid. XXXVII, 18.

262 Ibid. CXVIII, 71.

263 Lib. VII Mor. cap. 7, 8.

264 Job, VI, 10.

tras culpas, todo castigo nos parecería pequeño, y diríamos aquello de Job: «Pequé y de veras delinquí, y no he sido castigado como merecía²⁶⁵». Palabras que habíamos de traer siempre en el corazón, y decirlas muchas veces con la boca. Pequé, Señor, y verdaderamente he delinquido y ofendido a vuestra divina Majestad, y no me habéis castigado como yo merecía. Que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparación de lo que merece un solo pecado. «Entendieras que es mucho menos lo que él te castiga, que lo que merece tu maldad²⁶⁶». Quien consideraré que ha ofendido a Dios y que merecía estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, qué desprecios no recibirá de buena voluntad, en recompensa y satisfacción de las ofensas que ha cometido contra la majestad de Dios? «Quizá el Señor mirará mi aflicción, y el Señor me volverá bien por las maldiciones de este día²⁶⁷», decía David cuando le maldecía y deshonraba Semei. Dejadle, maldígame, deshónreme, lléneme de injurias y de oprobios; que por ventura se contentará el Señor y se dará por pagado y satisfecho con esto de mis pecados, y habrá misericordia de mí: será esa gran dicha mía. De esta manera habemos de abrazar nosotros las deshonras y trabajos que se nos ofrecieren. Vengan en buen hora, que por ventura será servido el Señor de recibir eso

265 Job, XXXIII, 27.

267 II Reg. XVI, 12

266 Ibid. XI, 6.

en descuento y satisfacción de nuestros pecados, y sería esa grande dicha nuestra. Si lo que gastamos en quejarnos y sentir los trabajos lo gastásemos en volvernos de esta manera contra nosotros, agradeceríamos más a Dios, y nos remediaríamos mejor.

Ayudábanse los Santos tanto de este medio en semejantes ocasiones, y tenían tanto ejercicio de esto, que leemos de alguno de ellos, como de santa Catalina de Sena y otros, que los trabajos y azotes que enviaba Dios a la Iglesia los atribuían a sus pecados y defectos, y decían: Yo soy causa de estas guerras: mis pecados son causa de esta peste y de estos trabajos que Dios envía. pareciéndoles que sus pecados merecían esto y más. Y añádese en confirmación de esto, que muchas veces por el pecado de uno castiga Dios a todo el pueblo, como por el pecado de David envió Dios pestilencia en todo el pueblo de Israel, y dice la Escritura, que murieron setenta mil hombres en tres días²⁶⁸. Pero diréis, era rey, y por los pecados de la cabeza castiga Dios el pueblo. Por el pecado de Acán, un hombre particular, que había hurtado en Jericó ciertas cosillas, castigó Dios a todo el pueblo, en que tres mil soldados de los más valerosos del campo volvieron las espaldas al enemigo, siendo por él forzados a huir²⁶⁹. No sólo por el pecado de la cabeza, sino también por el pecado de un particular suele Dios castigar a otros. Y de esta manera declaran los Santos aque-

268 II Reg. XXIV, 15.

269 Josue, VII, 4, 11.

llo que la sagrada Escritura tantas veces repite, que castiga Dios los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación. «La culpa del padre, esa dice que no se traspasará en el hijo, ni la del hijo en el padre²⁷⁰». Pero cuanto a la pena, suele Dios castigar a unos por los pecados de otros. Y así, por ventura por mis pecados y por los vuestros castigará Dios a toda la casa y a toda la religión.

Pues traigamos delante de los ojos, por una parte esta consideración y por otra el beneplácito de Dios; y así fácilmente nos conformaremos con su voluntad en los trabajos que nos enviare, y diremos con el sacerdote Helí: «El Señor es: haga lo que sea agradable en sus ojos²⁷¹». Y con aquellos santos Macabeos: «El es señor, dueño y gobernador de todo; como a él pluguiere y como él lo ordenare, así se haga²⁷²». Y con el profeta David: «No me quejé, Señor, de los trabajos que me habéis enviado, antes, como si fuera mudo, he callado», y llevádoslos con mucha paciencia y conformidad, «porque sé, Señor, que Vos los enviáis²⁷³». Este ha de ser siempre nuestro consuelo en todas las cosas: Dios lo quiere, Dios lo hace, Dios lo manda, Dios es el que lo envía; venga en buena hora. No es menester otra razón para llevar todas las cosas muy bien.

Sobre aquellas palabras del salmo XXVIII: «Y el amado como el hijo del unicornio²⁷⁴», notan los San-

270 Ezech. XVIII, 20.

271 I Reg. III, 18.

272 I Mach. III, 60.

273 Psalm. XXXVIII, 10.

274 Psalm. XXVIII, 6.

tos, que se compara Dios al unicornio; porque el unicornio tiene el cuerno debajo de los ojos, que ve muy bien donde hiere; no como el toro que los tiene encima y no ve donde da. Y más, el unicornio con el cuerno que hiere sana, así Dios con lo que hiere, sana.

Agrádale tanto a Dios esta conformidad y humilde sumisión al castigo, que algunas veces es medio para que se aplaque el Señor y deje de castigarnos. En las historias eclesiásticas²⁷⁵ se cuenta de Atila rey de los hunos, que arruinó tantas provincias, y se llamó «Espanto del mundo y azote de Dios», que acercándose a la ciudad de Troya de Champaña, en Francia, le salió a recibir san Lupo, obispo de ella, vestido de pontifical, con todo su clero, y le dijo: ¿Quién eres tú que turbas la tierra y la destruyes? Respondió él: Yo soy el azote de Dios» Entonces el santo Obispo le mandó abrir las puertas diciendo: Sea muy bien venido el azote de Dios. Y entrando los soldados en la ciudad, los cegó el Señor de manera, que pasaron por ella sin hacer daño alguno; porque aunque Atila era azote, no quiso Dios que lo fuese para los que lo recibían como azote suyo con tanta sumisión.

275 Nauclerus, 2 volum.

CAPÍTULO XXIV.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconsuelos de la oración; y qué entendemos aquí por nombre de sequedad y desconsuelo.

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en las cosas exteriores, naturales y humanas, sino también en lo que a muchos les parece que es santidad desear más y más, que es en los bienes espirituales y sobrenaturales, como en las consolaciones divinas, en las mismas virtudes, en el mismo don de oración, en la paz, sosiego y quietud interior de nuestra alma, y en las demás ventajas espirituales. Pero preguntará alguno: ¿puede haber en esas cosas propia voluntad y amor desordenado de sí mismo, para que sea menester moderarle aun en estas cosas? Digo que sí, y ahí se verá cuánta es la malicia del amor propio, pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad. Buenas son las consolaciones y gustos espirituales, porque con ellos fácilmente desecha el alma y aborrece todos los placeres y gustos de las cosas de la tierra, que es el cebo y nutrimento de los vicios, y se anima y alienta para caminar con ligereza en el servicio de Dios, conforme a aquello del Profeta: «Corría yo», e iba muy ligero «por el camino de vuestros mandamientos, cuando Vos, «Señor, dilatabais

mi corazón²⁷⁶», con la alegría y consolación espiritual se dilata y ensancha el corazón, así como con la tristeza se aprieta y estrecha; pues dice el profeta David, que cuando Dios le enviaba consuelos, le eran como unas alas que le hacían correr y volar por el camino de la virtud y de los mandamientos de Dios. Ayudan también mucho las consolaciones espirituales para quebrantar uno su voluntad, y vencer sus apetitos y mortificar su carne, y llevar con mayores fuerzas la cruz y trabajos que se ofrecen. Y así suele Dios enviar, consuelos y regalos a quien ha de enviar trabajos y tribulaciones, para que con ellos se aperciban y dispongan para llevarlos bien y con provecho; como vemos que Cristo nuestro Redentor quiso consolar a sus discípulos en el monte Tabor con su gloriosa Transfiguración, para que después no se turbasen viéndole padecer y morir en una cruz. Y así vemos también, que a los que comienzan suele Dios dar muy ordinariamente estos consuelos espirituales, para hacerles con eficacia dejar los gustos de la tierra por los del cielo: y después que los tiene presos con su amor, y ve que han echado firmes raíces de virtudes, suele ejercitarlos con sequedades, para que ganen más virtud de humildad y paciencia, y merezcan más aumento de gracia y de gloria sirviendo a Dios puramente sin consuelos. Esta es la causa por que algunos al principio cuando entraron en la religión, y aun por ventura allá

276 Psalm. CXVIII, 32.

fuera cuando andaban con esos deseos, sentían más consuelos y gustos espirituales que después; era que los trataba Dios entonces conforme a su edad, dándoles leche de niños para arrancarlos y destetarlos del mundo, y hacer que le aborreciesen y les diesen en rostro sus cosas. Pero después pueden comer pan con corteza, y así dales Dios manjar de grandes. Para estos y otros semejantes fines suele el Señor dar los consuelos y gustos espirituales; y así nos aconsejan comúnmente los Santos, que en el tiempo de la consolación nos apercibamos para el de la tentación, como en tiempo de paz se preparan y aperciben para la guerra; porque suelen las consolaciones ser víspera de las tentaciones y tribulaciones.

De manera, que los gustos espirituales son muy buenos y de mucho provecho, si sabemos usar bien de ellos; y así cuando el Señor los diere, se han de recibir con hacimiento de gracias. Pero si uno parase en estas consolaciones, y las desease para solo su contentamiento, por el gusto y deleite que el alma siente en ellas, ese ya sería vicio y amor propio desordenado. Así como en las cosas necesarias para la vida, como el comer, beber, dormir, y las demás, si el hombre tuviese por fin de estas acciones el deleite sería culpa; así, si en la oración tuviese uno por fin esos gustos y consolaciones, sería vicio de gula espiritual. No se han de desear ni tomar estas cosas por nuestro gusto y contentamiento, sino como medio que nos ayuda para los fines que habemos dicho. Así como el enfermo que

aborrece el manjar de que tiene necesidad se huelga de hallar algún sabor en él, no por el sabor, sino porque le despierta el apetito para poder comer, y conservar la vida; así el siervo de Dios no ha de querer el consuelo espiritual para parar en él, sino porque con este refresco del cielo se anima y alienta su alma a trabajar en el camino de la virtud, y a tener firmeza en él. De esta manera no se desean deleites por deleites, sino por la mayor gloria de Dios, y en cuanto redundan en mayor honra y gloria suya.

Pero digo más, que aunque desee uno estas consolaciones espirituales de esta manera, y para los fines dichos, que son santos y buenos, puede con todo eso haber exceso en los tales deseos y mezcla de amor propio desordenado. Como si las desea desenfrenadamente, y con demasiada congoja y codicia; de tal manera que si le faltan, no queda tan contento, ni tan conforme con la voluntad de Dios; sino antes queda inquieto, quereloso y con pena. Esa es afición y codicia espiritual desordenada; porque no ha de estar uno asido con tanto ahínco y desorden a los gustos y consolaciones espirituales, que le impida eso la paz y sosiego de su alma, y la conformidad con la voluntad de Dios, si él no fuere servido de dárselas. Porque mejor es la voluntad de Dios que todo eso; y más importa que se conforme y contente con lo que Dios quiere.

Lo que digo de los gustos y consolaciones espirituales, entiendo también del don de oración, y entrada que deseamos tener en ella, y de la paz, sosiego y

quietud interior de nuestra alma, y de las demás ventajas espirituales. Porque en el deseo de todas estas cosas puede también haber afición y codicia desordenada, cuando se desean con tanto ahínco y congoja,, que si no alcanza uno lo que desea, anda querrelloso y descontento, y no conforme con la voluntad de Dios. Y así, por gustos y consolaciones espirituales ahora entenderemos, no solo la devoción y los gustos y consuelos sensibles, sino también la misma sustancia y don de oración, y el entrar y estar en ella con aquella quietud y sosiego que querríamos: antes de esto trataremos ahora principalmente, mostrando como nos habernos de conformar en esto con la voluntad de Dios, y no andar con demasiada codicia y congoja en ello. Porque es otro de los gustos, y consolaciones, y devociones sensibles fácilmente lo renunciaría cualquiera, si le diesen lo sustancial de la oración, y sintiese en sí el fruto de ella. Porque todos entienden que no está la oración en esos gustos, ni en esas devociones y ternuras. Y así, para eso poca virtud es menester. Pero esto de ir uno a la oración, y estar allí hecho una piedra con una sequedad tan grande, que no hay entrada para ella , sino que se le ha cerrado y escondido Dios, y que ha venido ya sobre él aquella maldición con que amenaza Dios a su pueblo : Os daré un cielo de arriba como de hierro, y una tierra de bronce²⁷⁷»; para esto es menester más virtud y más fortaleza. Paréceles a

277 Levit. XXVI, 19.

estos que el cielo se les ha hecho de hierro, y la tierra de metal; porque no llueve sobre ellos gota de agua que les ablande el corazón, y les dé fruto con que se mantengan, sino una esterilidad y sequedad continua. Y aun no solo tienen sequedad, sino algunas veces una tan grande distracción y variedad de pensamientos, y algunas veces tan malos y tan feos, que no parece que van allí sino a ser tentados y molestados con todo género de tentaciones. Pues decirles que piensen entonces en la muerte, o en Cristo crucificado, que suele ser muy buen remedio, dirán: Eso ya yo me lo sé; si yo pudiese eso, ¿qué me faltaba? Algunas veces está uno tal en la oración, que aun no puede pensar en eso, o aunque piense en ello, y lo procure traer a la memoria, no le mueve, ni le recoge eso nada, ni hace impresión ninguna en él. Esto es lo que aquí llamamos desconsuelos, sequedad y desamparo espiritual. Y en esto es menester que nos conformemos también con la voluntad de Dios.

Este es un punto de mucha importancia; porque es una de las más comunes quejas, y de los mayores contrastes que tienen los que tratan de oración. Porque todos gimen y lloran cuando se hallan de esta manera: como oyen de una parte decir tantos bienes y alabanzas de la oración, y que al paso que ella anda, anda uno todo el día y toda la vida; y oyen decir que este es uno de los principales medios que tenemos, así para el aprovechamiento propio, como para el de los prójimos; y por otra parte, se ven, a su parecer, tan lejos de

tener oración , dales esto mucha pena y paréceles que les ha desamparado Dios, y se ha olvidado de ellos: y viéneles temor si han perdido ya su amistad, y están en desgracia suya, pues les parece que no hallan acogida en él. Y acreciéntaseles a estos la tentación, viendo que otras personas en pocos días crecen tanto en oración, casi sin trabajo, y ellos trabajando y reventando no alcanzan nada. De lo cual les nacen otras tentaciones peores, como es quejarse algunas veces de Nuestro Señor porque los trata de aquella manera, y querer dejar el ejercicio de la oración, pareciéndoles que no es para ellos, pues tan mal les va en él. Y aumentales todo esto, y dales mucha pena cuando el demonio les traerá la memoria que ellos son la causa de todo aquello, y que por su culpa los trata Dios así. Con esto viven algunos muy desconsolados, y salen de la oración como de un tormento, tristes, melancólicos e insufribles para sí y para los que los tratan. Y así iremos respondiendo y satisfaciendo a esta tentación y queja con la gracia del Señor.

CAPÍTULO XXV.

En que se satisface a la queja de los que sienten sequedades y desconsuelos en la oración.

Cuanto a lo primero no digo yo que no se huelgue uno, cuando Dios le visita; que claro está que no puede dejar de sentir gozo con la presencia, del amado: ni digo que no sienta su ausencia cuando le castiga con sequedades y tentaciones; que bien veo que no se puede dejar de sentir eso. Cristo nuestro Redentor sintió el desamparo de su Padre eterno, cuando estando en la cruz dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste²⁷⁸?» Pero lo que desea es que nos sepamos aprovechar de este trabajo, y de esta prueba con que suele el Señor probar muchas veces a sus escogidos, y que acudamos con fortaleza de espíritu, conformándonos con la voluntad de Dios, diciendo: «No se haga, Señor, lo que yo quiero ,sino lo que Vos queréis²⁷⁹». Especialmente que la santidad y perfección no está en las consolaciones, ni en tener alta y levantada oración; ni se mide por ahí nuestro aprovechamiento y perfección, sino por el amor verdadero de Dios, el cual no consiste en esas cosas , sino en una unión y conformidad entera con la voluntad de Dios así en lo amargo como en lo dulce, y así en lo adverso como en lo próspero. Y así igualmente habemos de tomar de la mano de Dios la

278 Matth. XXVII, 46.

279 Matth. XXVI, 32.

cruz y el desamparo espiritual, como el regalo y consuelo; dándole gracias así por lo uno como por lo otro: «Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas tú. Y si quieres que esté en luz, bendito seas tú. Si me quieres consolar, bendito seas tú. Y si me quieres atribular, bendito seas tú²⁸⁰». Así nos lo aconseja el apóstol san Pablo: «En todas las cosas que os vinieren dad gracias a Dios, porque esa es su voluntad²⁸¹». Pues si es esa la voluntad de Dios, ¿qué más tenemos que desear? ¡Oh que la vida no es más que para contentar a Dios! Pues si él encamina mi vida por esta vereda oscura y escabrosa, no tengo que suspirar por otra ninguna clara y suave. Dios quiere que aquel vaya por camino que vea y guste, y yo por este desierto y sin consuelo; no trocaría mi esterilidad por su fecundidad. Esto dicen los que han abierto los ojos a la verdad, y con esto se consuelan. Dice muy bien el Padre maestro Avila en su Audiencia, c. 16: «¡Oh si el Señor nos abriese los ojos, cómo veríamos más claro que la luz del sol que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy baja cosa para desear ni gozar, si de ellas se aparta la voluntad del Señor, y que no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que si a ella se junta su voluntad no sea de mucho valor! Mas vale sin comparación estar en trabajos y desconsuelos, y en sequedades y tentaciones, si él lo quiere así, que cuantos gustos y consuelos y contemplaciones puede haber si de ellos se aparta su voluntad».

280 Thomas de Kempis.

281 I Thes. V, 17.

Pero dirá alguno, si yo entendiese que esa era la voluntad del Señor, y que él se agradaba y contentaba más de eso, fácilmente me conformaría y estaría muy contento, aunque pasase toda la vida de esa manera. Porque bien veo que no hay más que desear, que agradecer y contentar a Dios: ni la vida es para otra cosa: empero paréceme a mí que Dios bien querría que yo tuviese mejor oración, y más recogimiento y atención, si yo me dispusiese para ello; y lo que a mí me da pena es creer que por mi culpa y tibieza, y por no hacer lo que es de mi parte, estoy allí distraído y seco, sin poder entrar en oración; que si yo entendiese y estuviese satisfecho que hacia todo lo que era de mi parte, y que allí no había culpa mía, no tendría pena ninguna. Muy bien dada está la querella: no hay más que decir, porque en esto se vienen a resumir todas las razones de los que tienen semejantes quejas: y así, si satisfacemos bien a esto harémos grande hacienda, por ser tan común esta queja; porque no hay ninguno, por santo y perfecto que sea, que no sienta algunas temporadas estas sequedades y desamparos espirituales. Del bienaventurado san Francisco lo leemos, y de santa Catalina de Sena, con haber sido tan regalados y favorecidos de Dios: y san Antonio Abad, con tener tan alta oración, que las noches le parecían un soplo, y se quejaba del sol porque madrugaba tanto, con todo eso algunas veces era, tan fatigado y acosado de pensamientos malos e importunos, que clamaba y daba voces a Dios: Señor, que querría ser bueno, y mis pen-

samientos no me dejan. Y san Bernardo se quejaba de lo mismo²⁸², y decía: ¡Oh Señor, que se ha secado mi corazón, y apretado y cuajado como leche, y está como tierra sin agua, que no me puedo compungir, ni mover a lágrimas; tanta, es la dureza, de mi corazón. No me hallo bien en el coro, no gusto de la lección espiritual, no me agrada la meditación. ¡Oh Señor, que no hallo en la oración lo que solía! ¿Dónde está aquel embriagarse el alma de vuestro amor? ¿Dónde está aquella serenidad, y aquella paz y gozo en el Espíritu Santo?» De manera que para todos es menester esta doctrina, y confío en el Señor que satisfarémos a todos.

Pues, comencemos por aquí : yo os concedo que vuestra culpa es la causa de vuestra distracción y sequedad, y de no poder entrar en la oración: y así es bien que lo entendáis y digáis vos, que por vuestros pecados pasados, y por vuestras culpas y descuidos presentes, os quiere el Señor castigar en no daros entrada para él en la oración, y en que no podáis tener recogimiento, ni quietud, ni atención en ella; porque no lo merecéis, sino antes lo desmerecéis. Empero de ahí no se sigue que hayáis de tener queja, sino antes una conformidad muy grande con la voluntad de Dios en eso. ¿Queréislo ver claramente? «Por vuestra misma boca, y por vuestro mismo dicho os quiero juzgar²⁸³». Vos, ¿no conocéis y decís que por vuestros pecados pasados, y por vuestras culpas y descuidos

282 Serm. LIV sup. Cantic.

283 Luc. XIX, 22.

presentes merecían gran castigo de Dios? -Sí por cierto, el infierno he merecido muchas veces, y así ningún castigo será grande para mí, sino todo será misericordia y regalo en comparación de lo que yo merezco. Y el quererme Dios enviar algún castigo en esta vida lo tomaré yo por particular beneficio; porque lo tendré como por prenda de que Dios me ha perdonado mis pecados, y de que no me quiere castigar en la otra vida, pues me castiga en esta-. Basta, no es menester más yo me contento con eso. Pero no sea todo palabras, vengamos a las obras. Este es el castigo que quiere Dios que padezcáis ahora por vuestros pecados: esos desconsuelos, esas distracciones y sequedades, ese desamparo espiritual, ese hacérseos el cielo de bronce, y la tierra de metal, y cerrárseos y escondérseos Dios, y que no halléis entrada en la oración: con eso quiere Dios castigaros ahora y purgar vuestras culpas. ¿No os parece que vuestros pecados pasados y vuestros descuidos y negligencias presentes merecen bien este castigo? -Sí por cierto, y ahora digo que es muy pequeño para lo que yo merezco, y que está muy lleno de justicia y de misericordia: de justicia, porque pues yo he cerrado tantas veces a Dios la puerta de mi corazón, y me hacía sordo cuando él me daba aldabadas con sus santas inspiraciones, y las he resistido muchas veces; justo es que ahora, aunque yo llame, él se haga sordo y no me responda, ni me quiera abrir la puerta; sino que me dé con ella en los ojos; justísimo castigo es ese, pero muy pequeño para mí, y

así es muy lleno de misericordia, porque mucho mayor le merecía yo. -Pues conformaos con la voluntad de Dios en este castigo, y recibidle con hacimiento de gracias, pues os castiga con tanta misericordia y no segun vos lo merecáis. Vos ¿no decís que merecáis el infierno? pues ¿cómo os atrevéis a pedir a Dios consuelos y regalos en la oración, y tener entrada y familiaridad con Dios en ella, y una paz, y quietud, y sosiego de hijos muy queridos y regalados? Y ¿cómo os atrevéis a formar queja de lo contrario? ¿No veis que es ese grande atrevimiento y gran soberbia? Contentaos con que os tiene Dios en su casa, y os consiente estar en su presencia, y estimad y reconoced eso por grande merced y beneficio. Si hubiese humildad en corazón, no tendríamos boca para quejarnos de cualquier manera que nos tratase el Señor, y así fácilmente cesaría esta tentación.

CAPÍTULO XXVI.

Cómo convertiremos la sequedad y desconsuelos en muy buena y provechosa oración.

No solamente debe cesar en nosotros esta queja, sino habernos de procurar sacar provecho de las sequedades y desconsuelos, y hacer de ello muy buena oración. Y para esto ayudará lo primero, lo que decía-

mos tratando de la oración en el trat. 5 del Ejer. de perfección. Cuando nos sintiéremos de esta manera, decir: Señor, en cuanto esto es culpa mía, a mí me pesa mucho por cierto de la culpa que en esto tengo; pero en cuanto es voluntad vuestra, y pena y castigo justamente merecido por mis pecados, yo lo acepto, Señor, de muy buena voluntad; y no solo ahora o por breve tiempo, sino por todos los días de mi vida aunque hubiesen de ser muchos, me ofrezco a esta cruz, y estoy muy dispuesto para llevarla, y con hacimiento de gracias.

Esta paciencia y humildad, esta resignación y conformidad con la voluntad de Dios en este trabajo, agrada más a Dios que las quejas y congojas demasiadas; porque no halló entrada en la oración, o porque estoy allí con tantos pensamientos y tanta distracción. Sino, decidme; ¿quién os parece que agrada más a sus padres, el hijo que se contenta con cualquiera cosa que le dan, o el que nunca se contenta con nada, sino siempre anda rezongando y quejándose, pareciéndole poco lo que le dan, y que le habían de dar más o mejor? claro está que el primero, pues así es también con Dios. El hijo sufrido y callado que se contenta y conforma con la voluntad de su Padre celestial, en cualquier cosa que le envía, aunque sea áspera, y aunque sea un hueso duro y mondo; ese contenta y agrada más a Dios que no el mal contentadizo, y que siempre anda quejoso y rezongando porque no tiene, y porque no le dan a él. Mas decidme, ¿cuál hace me-

jor, y cuál moverá más a que den limosna y tengan compasión y misericordia de él, el pobre, que se queja porque no le responden presto, y porque no le dan, o el pobre que está perseverando a la puerta del rico con paciencia y silencio, sin queja ninguna, sino que habiendo llamado a la puerta, y sabiendo que le han oído, está esperando al frío y al agua sin tornar a llamar, y sin saberse quejar, y sabe el señor, que está esperando con aquella humildad y paciencia? Claro está que eso mueve mucho, y ese otro pobre soberbio antes enfada, y mueve a indignación: pues así es también con Dios.

Y para que se vea más el valor y fruto de esa oración, y cuánto agrada a Dios, pregunto yo ¿Qué mejor oración y qué mayor fruto puede uno sacar de ella que sacar mucha paciencia en los trabajos, y mucha conformidad con la voluntad de Dios, y mucho amor suyo? ¿A qué vamos a la oración, sino a esto? Pues, cuando el Señor os envía sequedades y tentaciones en ella, conformaos con su voluntad en ese trabajo y desamparo espiritual, y haréis uno de los mayores actos de paciencia y amor de Dios de cuantos podéis hacer. Dicen, y muy bien, que el amor se muestra en el sufrir y padecer trabajos por el amado, y que cuanto mayores son los trabajos, tanto más se muestra el amor. Pues estos son de los mayores trabajos y de las mayores cruces y mortificaciones de los siervos de Dios, y los que más sienten los hombres espirituales; que esos otros corporales que tocan a la hacienda, salud y bie-

nes temporales, no tienen que ver en comparación de estos. Y así viene uno a estar muy conforme con la voluntad de Dios en estos trabajos, imitando a Cristo nuestro Redentor en aquel desamparo espiritual que tuvo en la cruz, y aceptar esa cruz espiritual por toda la vida, si el Señor fuere servido dársela, por sólo dar contento a Dios, es grande acto de paciencia y de amor de Dios, y muy alta y provechosa oración, y cosa de grande perfección. Lo es tanto que algunos llaman a estos «excelentes mártires»²⁸⁴.

Mas pregunto yo: ¿a qué vais a la oración, sino a sacar humildad y conocimiento propio? ¿Cuántas veces habéis pedido a Dios que os dé a entender quién sois? Pues Dios ha oído vuestra oración, y os lo quiere dar a entender de esta manera. Algunos tienen librado el conocerse en un grande sentimiento de sus pecados, y en derramar muchas lágrimas por ellos, y se engañan; porque ese es Dios, no vos. El ser como piedra, ese sois vos. Y si Dios no hiere la piedra, no saldrá agua, ni miel. En eso está el conoceros, principio de mil bienes. Y de eso tenéis las manos llenas cuando estais de esa manera. Y si eso sacáis de la oración, habréis sacado muy gran fruto de ella.

284 Véase a Ludov. Blosio en su *Spec. spirit.*

CAPÍTULO XXVII.

De otras razones que hay para consolarnos y conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos de la oración.

Aunque es bien que nosotros pensemos que este trabajo nos viene por nuestras culpas, para que así andemos siempre más confundidos y humillados; pero también es menester que entendamos, que no todas las veces es esto castigo de nuestras culpas, sino disposición y providencia altísima del Señor, que reparte sus dones como él es servido: y no conviene que todo el cuerpo sea ojos, ni pies, ni manos, ni cabeza, sino que haya miembros diferentes en su Iglesia. Y así no conviene que se dé a todos aquella oración especialísima y aventajada, de que dijimos cuando tratamos de la oración²⁸⁵. Y esto no es menester que sea porque no lo merecen; porque, aunque merezcan eso, merecerán más en otra cosa, y les hará Dios más merced en dársela, que en darles eso. Muchos Santos grandes hubo que no sabemos que tuviesen estas cosas; y si las tuvieron, dijeron con san Pablo, «que no se preciaban, ni glorificaban en eso, sino en llevar la cruz de Cristo²⁸⁶».

El Padre maestro Ávila en el tom. II de sus Cartas, fól. 22, dice cerca de esto una cosa de mucho consuelo: Que deja Dios a algunos desconsolados por mu-

285 Tract. V, cap. 4 et 5.

286 Galat. VI, 14.

chos años, y algunas veces por toda la vida; y la parte y suerte de estos creo, dice, que es la mejor si hay fe para no sentir mal y paciencia y esfuerzo para sufrir tan gran destierro. Si uno se acabase de persuadir que esta suerte es mejor para él, fácilmente se conformaría con la voluntad de Dios. Muchas razones dan los Santos, y los maestros de la vida espiritual, para declarar y probar que a los tales les está mejor esta suerte; pero solamente diremos ahora una de las más principales, que traen san Agustín, san Jerónimo, san Gregorio, y comúnmente todos los que tratan de esto: y es, que no todos son para conservar la humildad entre la alteza de la contemplación; porque apenas habemos tenido una lagrimita, cuando ya nos parece que somos espirituales y hombres de oración, y nos comparamos y preferimos por ventura a otros. Aún el apóstol san Pablo parece que hubo menester algún contrapeso, para que no le levantasen esas cosas. «Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un aguijón de mi carne, el ángel de Satanás, que me abofetee²⁸⁷». Porque el haber sido arrebatado al tercer cielo, y las grandes revelaciones que había tenido no le ensoberbeciesen, permite Dios que le venga una tentación que le humille y le haga conocer su flaqueza. Pues por esto, aunque aquel camino parece más alto, este otro es más seguro, y así el sapientísimo Dios que nos guía a todos para un mis-

287 II Cor. XII, 7.

mo fin, que es él, lleva a cada uno por el camino que sabe que más le conviene. Por ventura si tuviérais grande entrada en la oración, en lugar de salir humilde y aprovechado, saldríais soberbio e hinchado. Y de esa otra manera andáis siempre humillado, confundido, teniéndoos en menos que todos. Y así mejor camino es ese para vos y más seguro, aunque vos no lo entendáis. «No sabéis lo que pedís, ni lo que deseáis²⁸⁸».

San Gregorio, lib. IX Moral., cap. 7, enseña una doctrina muy buena a este propósito sobre aquello de Job: «Si viniere el Señor a mí, no lo veré, y si se fuere, y apartare de mí, no lo entenderé²⁸⁹». Quedó, dice, el hombre tan ciego por el pecado, que no conoce cuándo se va acercando a Dios, ni cuándo se va alejando de él; antes muchas veces lo que piensa que es gracia de Dios, y que por allí se va allegando más a él, se le convierte en ira, y le es ocasión de apartarse de él: y muchas veces lo que él piensa que es ira, y que se va alejando y olvidando Dios de él, es gracia y causa para que no se aparte de él. Porque ¿quién viéndose en una oración y contemplación muy alta muy regalado y favorecido de Dios, no pensará que se va llegando más a Dios? Y muchas veces de estos favores viene uno a ensoberbecerse, y asegurarse y fiarse de sí; y por allí le hace caer el demonio, por donde él pensaba que, subía y se allegaba más a Dios. Y por el contrario muchas veces, viéndose uno desconsolado y afligido,

288 Matth. XX, 22.

289 Job, IX, 11.

viéndose con graves tentaciones y muy combatido de pensamientos deshonestos, de blasfemias y contra la fe, piensa que Dios está enojado con él, y que le va desamparando, y apartándose de él, y entonces está más cerca de él; porque con aquello se humilla más y conoce su flaqueza, desconfía de sí, y acude a Dios con mayor brío y fortaleza, y pone en él toda su confianza, y procura nunca apartarse de él. De manera que no es mejor lo que vos pensáis, sino el camino por donde el Señor os quiere llevar: ese habéis de entender que es el mejor y el que más os conviene.

Mas, esa misma amargura, y esa pena y dolor que vos sentís, por pareceros que no tenéis la oración tan bien como era razón, puede ser otra razón de consuelo; porque es particular gracia y merced del Señor, y señal de que le amáis; porque no hay dolor sin algún amor; no hay pesarme de no servir bien, sin propósito y voluntad de servir bien: y así, esa pena y dolor, de amor de Dios nace, y de deseo de servirle mejor. Si no se os diera nada de servirle mal, ni de tener mala oración, ni de hacer las cosas mal hechas, fuera mala señal; pero sentir pena y dolor de pareceros que hacéis eso mal, muy buena señal es. Pero aplaque el sentimiento y dolor el entender que, en cuanto eso es pena, es voluntad de Dios, y conformaos con ella, y dadle gracias que os deja andar deseoso de contentarle, aunque os parezca que son flacas las obras.

Y más, aunque no hagáis otra cosa en la oración sino asistir allí, y hacer presencia delante de aquella

real y divina Majestad, servís en eso mucho a Dios; como acá vemos que es grande majestad de los reyes y príncipes de la tierra que los grandes de su corte vayan cada día a palacio, y asistan y hagan allí presencia. «Bienaventurado el hombre que me oye, y que vela a mis puertas cada día, y está de acecho en los postigos de mi puerta²⁹⁰». A la gloria de la majestad de Dios, y a la bajeza de nuestra condición, y a la grandeza del negocio que tratamos, pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando a las puertas de su palacio celestial; y cuando os abriere las puertas dadle gracias por ello, y cuando no, humillaos, conociendo que no lo merecéis, y de esa manera siempre será muy buena y muy provechosa vuestra oración. De todas estas cosas y otras semejantes nos habemos de ayudar para conformarnos con la voluntad de Dios en este desconsuelo y desamparo espiritual, aceptándolo con hacimiento de gracias, y diciendo: Dios te salve, amargura amarga y amarguísima, pero llena de gracias y de bienes²⁹¹».

290 Prov. VIII, 34.

291 Fr. Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, en el Compendio, cap. 26.

CAPÍTULO XXVIII

Que es grande engaño y grave tentación dejar la oración por hallarse en ella de la manera dicha.

De lo dicho se sigue que es grande engaño y grave tentación, cuando uno por verse de esta manera viene a dejar la oración, o no persevera tanto en ella, pareciéndole que no hace allí nada, sino que antes pierde tiempo. Esta es una tentación con que el demonio ha hecho dejar el ejercicio de la oración, no solo a muchos de los seglares, sino también a muchos religiosos; cuando no puede quitarles del todo la oración, hace que no se den tanto a ella, ni gasten tanto tiempo en ella como pudieran. Comienzan muchos a darse a la oración, y mientras hay bonanza y devoción prosíguenla y continúanla muy bien; pero en viniendo el tiempo de sequedad, distracción, pareceles que aquello no es oración, sino antes nueva culpa, pues están allí delante de Dios con tanta distracción y con tan poca reverencia. Y así van poco a poco dejando la oración, pareciéndoles que harán más servicio a Dios entendiendo en otros ejercicios y ocupaciones, que en estar allí de aquella manera. Y como el demonio siente en ellos esta flaqueza, ayúdase de la ocasión, y dase tal prisa a traerles pensamientos y tentaciones en la oración, para que les parezca aquel tiempo malgastado, que poco a poco les hace dejar del todo la oración, y con ella la virtud, y aun algunas veces más adelan-

te: y así sabemos que en muchos ha comenzado de aquí su perdición. «Los hay que son amigos para acompañaros en la mesa; pero que os dejarán en el día que los necesitaréis²⁹²», dice el Sabio. Gozar con Dios no hay quien no lo quiera; mas trabajar y padecer por él, eso es señal de verdadero amor. Cuando hay consuelo y devoción en la oración, no es mucho que perseveréis, y os detengáis muchas horas en ella; porque eso por vuestro contento y por vuestro gusto lo podéis hacer, y es señal que así lo hacéis, si cuando os falta eso no perseveráis. Cuando Dios envía desconuelos, sequedades y distracciones, entonces se prueban los verdaderos amigos, y se echan de ver los siervos fieles, que no buscan su interés, sino puramente la voluntad y contento de Dios. Y así entonces habemos de perseverar con humildad y paciencia, estando allí todo el tiempo señalado, y aun un poco más, como nos lo aconseja nuestro santo Padre, para vencer con eso la tentación, y mostrarnos fuertes y esforzados contra el demonio²⁹³.

Cuenta Paladio²⁹⁴, que ejercitándose él en la consideración de las cosas divinas encerrado en una celda, tenía gran tentación de sequedad y grande molestia de pensamientos, y venía a la imaginación que dejase aquel ejercicio, porque era para él sin provecho. Fuese al santísimo Macario Alejandrino, y le contó

292 Eccli. VI, 10.

293 Ejerc. espir. anot. 13.

294 In histor. Lausiaca.

esta tentación, pidiéndole consejo y remedio, respondióle el Santo: «Cuando esos pensamientos te dijeren que te vayas, y que no haces nada, di a tus pensamientos: aquí quiero estar guardando por amor de Cristo las paredes de esta celda». Que fue decirle que perseverase, contentándose de hacer aquella santa obra por amor de Cristo, aunque no sacase más fruto que este. Esta es muy buena respuesta para, cuando nos viniere esta tentación porque el fin principal que habemos de pretender en este santo ejercicio, y la intención con que habemos de llegar a él y ocuparnos en él, no ha de ser nuestro gusto y contento, sino hacer una obra buena y santa, con que agradamos a Dios y le damos contento, y con que satisfácenos y le pagamos algo, por lo mucho que le debemos por ser quien es, y por los innumerables beneficios que de su mano habemos recibido; y pues él quiere y se agrada de que yo esté ahora aquí, aunque me parezca que no hago nada, yo me contento con eso.

De santa Catalina de Sena cuenta Blosio, cap. 4 Monil. spiril., que por muchos días estuvo desamparada de los consuelos espirituales, y no sentía el acostumbrado fervor de devoción, y sobre esto era muy molestanda de pensamientos malos, feos, deshonestos que no los podía echar de sí: mas no dejaba por eso su oración, antes lo mejor que podía perseveraba en ella con grande cuidado, y hablaba consigo misma de esta manera: Tú, pecadora vilísima, no mereces consuelo ninguno. ¿Cómo? ¿no te contentarías con que no fue-

ses condenada, aunque toda tu vida hubieses de llevar estas tinieblas y tormentos? por cierto que no escogiste tú el servir a Dios para recibir de él consuelos en esta vida, sino para gozar de él en el cielo eternamente; levántate, pues, y prosigue tus ejercicios, y persevera en la fidelidad de tu Señor.

Pues imitemos estos ejemplos, y quedémonos con aquellas palabras de aquel Santo²⁹⁵: «Tenga yo, Señor, por consolación, querer de grado carecer de todo humano consuelo; y si me faltare tu consolación, séame tu voluntad y tu justa prueba en lugar de muy grande consuelo». Sí llegamos a esto, que la voluntad y contento de Dios sea todo nuestro contento, de tal manera que el mismo carecer de todo consuelo sea nuestro contento, por ser esa la voluntad y contento de Dios, entonces será nuestro contento verdadero, y tal, que ninguna cosa nos le podrá quitar.

CAPÍTULO XXIX

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En las Crónicas de la Orden de santo Domingo se cuenta²⁹⁶, que un Padre de los primeros de la Orden,

295 Thomas de Kempis

296 Fr. Hernando del Castillo, 1p., 1, c. 60, hist. Ordin. Paëdicorum.

después de haber estado en ella algunos años con grande ejemplo de vida, y gran limpieza de alma, no sentía ninguna manera de consolación ni gusto en los ejercicios de la religión, ni meditando, ni orando, ni contemplando, ni leyendo. Y como siempre oía decir del regalo que Dios hacia a otros, y de los sentimientos espirituales que tenían, estaba medio desesperado, y como tal se puso a decir una noche en la oración delante de un Crucifijo, llorando amargamente, estos desatinos: Señor, yo siempre he entendido que en bondad y en mansedumbre excedéis a todas vuestras criaturas: veisme aquí que os he servido muchos años y he sufrido por vuestro respeto hartas tribulaciones, y de buena gana me he sacrificado a Vos solo; y si la cuarta parte del tiempo que ha que os sirvo hubiera servido a un tirano, ya me hubiera mostrado alguna señal de benevolencia, siquiera con una buena palabra, o con un buen rostro, o con una risa; y Vos, Señor, ningún regalo me habéis hecho, ni tengo de Vos recibido el menor favor que soléis hacer a los otros. Siendo Vos la misma dulzura, sois para mí mas duro que cien tiranos. ¿Qué es esto, Señor? ¿por qué queréis que pase así? Estando en esto oyó súbitamente un estruendo tan grande, como si toda la iglesia viniera al suelo, y en los desvanes había tan temeroso ruido, como si millares de perros con los dientes estuvieran despedazando el enmaderamiento: de lo cual, como se asombrase, y temblando de miedo volviere la cabeza para ver

qué sería, vio a sus espaldas la mas fea y horrible visión del mundo, de un demonio que con una barra de hierro que tenia en la mano le dio tan grande golpe en el cuerpo, que cayendo en tierra, no pudo mas levantarse; pero tuvo ánimo para ir arrastrando hasta un altar que estaba allí junto, sin poder menearse de puro dolor, como si le hubieran descoyuntado a golpes. Cuando los frailes se levantaron a prima y le hallaron como muerto, sin saber la causa de tan súbito y mortal accidente, Ileváronle a la enfermería, a donde por tres semanas enteras que estuvo con dolores gravísimos, era tan grande su hedor, y tan sucio y asqueroso, que en ninguna manera podían entrar a curarle los religiosos, ni a servirle, sino tapándose primero las narices, y con muchas otras prevenciones. Pasado este tiempo, tomó algunas fuerzas, y en pudiendo tenerse en pie, quiso curarse de su loca presunción y soberbia; y tornando al lugar donde había cometido la culpa, buscó en él remedio de ella, y con muchas lágrimas y humildad hacía su oración bien diferente de la pasada. Confesaba su culpa, conocíase por indigno de bien alguno, y por muy merecedor de pena y castigo. Y el Señor le consoló con una voz del cielo que le dijo: Si quieres consolaciones y gustos, conviéntete ser humilde y reconocer tu bajeza, y entender que eres mas vil que el lodo, y de menos valor que los gusanos que huellas con los pies. Y con esto quedó tan escarmentado, que de ahí adelante fue acabadísimo religioso.

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio leemos otro ejemplo bien diferente. Cuéntase en su vida, lib. 5, c. I, que mirando sus faltas, y llorándolas, decía, que deseaba que en castigo de ellas Nuestro Señor le quitase alguna vez el regalo de su consuelo, para que con esta sofrenada anduviese más cuidadoso y más cauto en su servicio. Pero que era tanta la misericordia del Señor y la muchedumbre de la suavidad y dulzura de su gracia para con él, que cuanto él más faltaba, y más deseaba ser castigado de esta manera, tanto el Señor era mas benigno, y con mayor abundancia derramaba sobre él los tesoros de su infinita liberalidad. Y así decía, que creía que no había hombre en el mundo en quien concurriesen estas dos cosas juntas tanto como en él: la primera es faltar tanto a Dios, y la otra recibir tantas y tan continuas mercedes de su mano.

De un siervo de Dios cuenta Blosio²⁹⁷, que le hacía el Señor grandes favores y regalos, dándole grandes ilustraciones, y comunicándole cosas maravillosas en la oración; y él con su mucha humildad y deseo de agradar más a Dios pidióle, que si él era servido, y se agradaba más: de ello, le quitase aquella gracia. Oyó Dios su oración, y quitósele por cinco años, dejándole, padecer en ellos muchas tentaciones, desconsoles y angustias. Y estando él una vez llorando amargamente, apareciósele dos Ángeles, queriéndole

297Cap. 10 Monil. spir.

consolar, a los cuales él respondió: Ya no pido consuelo, porque me basta por consuelo que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

El mismo Blosio, en el c. 4, cuenta que dijo Cristo nuestro Redentor a santa Brigada: Hija, ¿qué es lo que te turba y pone en cuidado? Respondió ella: porque soy afligida de vanos pensamientos, inútiles y malos, y no puedo echarlos de mí, y angústiamme mucho tu espantoso juicio. Entonces dijo el Señor: Esta es la verdadera justicia, que así como te deleitabas en las vanidades del mundo contra mi voluntad; así ahora te sean molestos y penosos, varios y perversos pensamientos contra la tuya; empero has de temer mi juicio moderadamente y con discreción, confiando firmemente de continuo en mí que soy tu Dios. Porque debes tener por certísimo que los malos pensamientos, a que el hombre resiste y da de mano, son purgatorio y corona de alma. Si no puedes estorbarlos, súfrellos con paciencia, y hazles contradicción con la voluntad; y aunque no les des consentimiento, con todo eso teme no te venga de ahí alguna soberbia y caigas; porque cualquiera que está en pie, solamente le sustenta la gracia de Dios.

Dice Taulero, y tráelo Blosio en el Consuelo de pusilánimes: Muchos cuando les fatiga alguna tribulación me suelen decir: Padre, mal me tratan: no me va bien, porque soy fatigado con diversas tribulaciones y con melancolía. -Yo respondo a quien me dice esto, que antes le va muy bien, y que se le hace mucha merced.- Entonces dicen ellos: Señor, no, antes creo

que por mis culpas me sucede esto.- A lo cual les digo yo: ahora sea por tus pecados, ahora no, cree que esa cruz te la ha puesto Dios; y dándole gracias por ello, sufre y resígnate todo en él.- Dice también: interiormente me consumo con la gran sequedad y tinieblas. - Dígole yo: amado hijo, sufre con paciencia, y hacerte han más merced que si anduviésemos con mucha y grande devoción sensible.

De un gran siervo de Dios se cuenta que decía: Cuarenta años ha servido a Nuestro Señor y trato de oración, y nunca he tenido en ella gustos ni consuelos; pero el día que la tengo, siento después en mí un aliento grande para los ejercicios de virtud, y en faltando en esto, ando tan caído que no se me levantan las alas para cosa buena.

CAPÍTULO XXX

De la conformidad que tenemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demás virtudes y dones sobrenaturales.

Así como tenemos de estar conformes con la voluntad de Dios, de cualquier manera que nos trate en la oración; así también lo tenemos de estar en todas las demás virtudes y dones de Dios, y en todas las demás ventajas espirituales.

Muy bueno es el deseo de todas las virtudes, y el andar suspirando por ellas y procurándolas; pero de tal manera habemos de desear siempre ser mejores, y crecer e ir adelante en la virtud, que tengamos paz, si no llegáremos a lo que deseamos, que nos conformemos con la voluntad de Dios y nos contentemos con ella. Si Dios no quiere daros a vos una castidad angélica, sino que padezcáis graves tentaciones en eso, mejor es que vos tengáis paciencia y conformidad con la voluntad de Dios en esa tentación y trabajo, que andar inquieto y quejoso por no tener aquella puridad y limpieza de los Angeles. Si Dios no os quiere dar tan profunda humildad como a un san Francisco, ni tanta mansedumbre como a Moisés y a David, ni tanta paciencia como a Job, sino que sintáis movimientos y apetitos contrarios; bien es que andéis confundido y humillado, y toméis de eso ocasión para teneros en poco; pero no es bien que andéis desasosegado, y lleno de quejas y congojas porque no os hace Dios tan paciente como a Job, ni tan humilde como a san Francisco. Es menester que nos conformemos también con la voluntad de Dios en estas cosas, porque de otra manera nunca tendríamos paz. Dice muy bien el Padre maestro Avila en el c. 23 del Audi, filia: «No creo que ha habido Santo en este mundo que no deseara ser mejor de lo que era; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban ellos por su propia codicia, que nunca dice harto hay, mas por Dios, con cuyo repartimiento estaban contentos, aunque menos les

diera; teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que él les da, mas que el desear tener: mucho, aunque diga el amor propio que es para mas servir a Dios».

Pero dirá alguno que parece que esto es decirnos que no debemos ser fervientes en desear ser más y más virtuosos y mejores, sino que todo lo habemos de dejar a Dios, así lo del alma como lo del cuerpo: y así parece que es darnos ocasión para que seamos tibios y flojos y que no se nos dé nada por crecer e ir adelante. Nótese mucho este punto, porque es de mucha importancia. Es tan buena esta réplica y objeción, que sólo eso es lo que hay que temer en este negocio. No hay doctrina, por buena que sea, de que no pueda uno usar mal si no la sabe aplicar como conviene. Y así lo será esta así en lo que toca a la oración, como en lo que toca a las demás virtudes y dones espirituales; por lo cual será menester que la declaremos y entendamos bien. No digo yo que no habemos de desear ser cada día mas santos y procurar imitar siempre a los mejores, y ser diligentes y fervientes en eso, que para eso Venimos a la religión; y si no hacemos eso, no seremos buenos religiosos. Pero lo que digo es que así como en las cosas exteriores han de ser los hombres diligentes, pero no congojosos ni codiciosos, que eso dicen los Santos que es lo que Cristo nuestro Redentor prohíbe en el sagrado Evangelio. «Por tanto os digo, no andéis afanados para vuestra alma, qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis²⁹⁸».

298 Matth. VI, 23.

Lo que reprende es la demasiada solícitud y la congoja y codicia de esas cosas. Pero el cuidado competente y las diligencias necesarias, no las quita; antes las manda y nos las dio en penitencia. «Con el sudor de tu rostro comerás el pan²⁹⁹». Es menester que pongan los hombres su trabajo y diligencia para comer, y sino sería tentar a Dios. Pues de esa misma manera ha de ser en las cosas espirituales, y en el procurar las virtudes y dones de Dios: es menester que seamos muy diligentes y cuidadosos en eso, pero de tal manera, que no nos quite esto la paz y la conformidad con la voluntad de Dios. Haced vos lo que es de vuestra parte; pero si con todo eso viéreis que no tenéis cuanto queréis, no por eso os habéis de dejar caer en una impaciencia que sea peor que la falta principal. Y esto aunque os parezca que eso os viene por vuestra tibieza, que es lo que a muchos suele desconsolar. Procurad vos de hacer buenamente vuestras diligencias, y si no las hiciéreis todas y cayéreis en faltas, no os espantéis por eso ni desmayéis, que así somos todos: hombre sois, y no ángel; flaco, y no santificado. Y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria: «Porque él conoce nuestra hechura³⁰⁰», y no quiere que desmayemos por eso, sino que nos arrepintamos y humillemos, y nos levantemos luego, y pidamos mayor fuerza al Señor, y procuremos de andar con contento de dentro y de fuera; que más vale que os levantéis presto con alegría que doble las fuerzas para

299 Genes. III, 19.

300 Psalm. CII, 14.

servir a Dios, que no pensando que lloráis vuestras faltas por Dios, desagradéis al mismo Dios con servirle mal, con el corazón y las caídas, y con otros ramos que de esto suelen nacer.

Sólo hay aquí que temer el peligro que habemos apuntado, que es no se nos entre la tibieza, y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte, so color de decir: Dios me lo ha de dar, todo ha de venir de mano de Dios, yo no puedo más. Y del mismo peligro nos habemos de guardar en lo que decíamos de la oración en el c. XXIV y siguientes: no se os solape ahí tampoco la pereza con ese color. Pero cerrado este portillo, y haciendo vos buenamente lo que es de vuestra parte, mas agrada a Dios la paciencia y la humildad en las flaquezas, que esas congojas y tristezas demasiadas que algunos traen, por parecerles que no crecen tanto en virtud y perfección como querrían, o que no pueden entrar tanto en la oración. Porque este negocio de la oración y perfección no se alcanza por descontentos ni a puñadas, sino que Dios lo da a quien él quiere, y cómo quiere, y al tiempo que él es servido. Y cierto es que no han de ser todos iguales los que han de ir al cielo; y no habemos de desesperar nosotros, porque no somos de los mejores, ni aun por ventura de los medianos: sino debémosnos conformar con la voluntad de Dios en todo, y dar gracias a Nuestro Señor porque nos dio esperanza de que nos habemos de salvar por su misericordia. Y si no alcanzaremos a estar sin faltas, demos gracias a Dios porque nos dio

conocimiento de nuestras faltas; y ya que no vamos al cielo por la alteza de virtudes como algunos van, contentémonos con ir allá por el conocimiento y por la penitencia de nuestros pecados, como otros muchos van. Dice san Jerónimo³⁰¹: ofrezcan otros en el templo del Señor, cada uno; segun su posibilidad, unos oro, plata, y piedras preciosas; otros sedas, carmesíes, púrpuras y brocados; a mí bástame si ofreciere para el templo pelos de cabras y pieles de animales. Pues ofrezcan los otros a Dios sus virtudes y obras heroicas y excelentes, y sus contemplaciones altas y levantadas; a mí bástame ofrecer a Dios mi bajeza, conociéndome y confesándome por pecador, y por imperfecto y malo, y presentándome delante de su Majestad como pobre y necesitado. Y conviene alegrar en esto el corazón y agradecersele a Dios, porque no nos quite también esto, que nos ha dado, como a desagradecidos.

San Buenaventura, Gerson y otros añaden aquí un punto con que se confirma bien lo dicho: dicen que muchas personas sirven más a Dios con no tener la virtud y recogimiento y desearlo que si lo tuviesen. Porque con aquello viven en humildad y andan con cuidado y diligencia, procurando arribar e ir adelante, acudiendo a menudo a Dios; y con esotro por ventura se ensoberbecieran o se descuidaran, y anduvieran tibios en el servicio de Dios, pareciéndoles que ya te-

301 In prologo galeato.

nían lo que habían menester, y no se animaran a trabajar por más. Esto he dicho para que hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte, y andemos con diligencia y cuidado procurando la perfección, y entonces contentémonos con lo que el Señor nos diere, y no andemos desconsolados ni congojados por lo que no podemos alcanzar ni está en nuestra mano. Porque eso, dice muy bien el Padre maestro Avila³⁰², que no sería sino estar penados, porque no nos dan alas para volar por el aire.

CAPÍTULO XXXI.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de gloria.

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en los bienes de gracia, sino también en los bienes de gloria. El verdadero siervo de Dios ha de estar tan ajeno de su interés aun en estas cosas, que más se ha de holgar de que se cumpla y haga la voluntad de Dios, que de todo cuanto él podía interesar. «Esta es muy grande perfección, como dice aquel Santo³⁰³, no buscar uno su interés en lo poco ni en lo mucho, ni en lo temporal ni en lo eterno, y da la

302 Tom. II espit. fol. 32

303 Thomas de Kempis.

razón: porque tu voluntad, Señor, y el amor de tu honra, debe sobrepujar todas las cosas; y más se debe consolar y contentar con esto, que con todos los beneficios recibidos o que puede recibir».

Este es el contento y gozo de los bienaventurados. Más se alegran los Santos en el cielo en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que en la grandeza de su gloria. Están tan transformados en Dios y tan unidos con su voluntad, que la gloria que tienen y la buena suerte que les cupo no la quieren tanto por el provecho que a ellos les viene y por el contento que reciben, como porque se huelga Dios de ello, y porque es aquella la voluntad de Dios. Y de ahí viene que cada uno está tan contento y gozoso con el grado que tiene, que no desea más ni le pesa de que el otro tenga más; porque en viendo uno a Dios, así lo transforma en sí, que deja de querer como él, y comienza a querer como Dios: y como ve que aquel es el contento y beneplácito de Dios, ese es también su gusto y su contento. Esta perfección vemos que resplandecía en aquellos grandes Santos, en un Moisés, en un san Pablo, que por la salvación de las almas y por la mayor gloria de Dios parece que se olvidaban y no hacían cuenta de su propia gloria. Decía Moisés a Dios: «Señor, o perdonad al pueblo, o borrarame a mí de vuestro libro³⁰⁴»; y san Pablo: «Deseaba yo mismo ser anatema por Cristo, por amor de mis hermanos³⁰⁵». De quien aprendió des-

304 Exod. XXXII, 31.

305 Rom. IX, 3.

pués un san Martín y otros Santos: «Si todavía soy necesario a vuestro pueblo, no rehuso el trabajo». Posponían su descanso y cedían de buena gana a su gloria que tenían ya cerca, y ofrecíanse de nuevo al trabajo por el mayor servicio y gloria de Dios. Esto es hacer la voluntad de Dios acá en la tierra como se hace en el cielo, que olvidados de todo nuestro interés pongamos todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, y que estimemos y tengamos en más el contento de Dios, que todo nuestro provecho, y que el poseer los cielos y la tierra.

Aquí se verá bien la perfección que pide este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. Si del interés de los bienes espirituales y aun de los bienes eternos, y de la misma gloria habemos de apartar los ojos por ponerlos en el contento y voluntad de Dios, ¿qué será de otros intereses y respetos humanos? De donde se entenderá también cuán lejos está de esta perfección el que tiene dificultad en conformarse con la voluntad de Dios en aquellas cosas que decíamos al principio: En que me pongan en este lugar, o en aquel; en este oficio, o en el otro; en estar sano, o enfermo; en que los otros me tengan en poco, o en mucho. Estamos tratando que habemos de tener en más la voluntad y contento de Dios, que cuantas ventajas puede haber en los bienes espirituales y aun en los eternos, ¿y reparáis vos en esas cosas que respecto de estas otras son basura? Al que desea tanto el contento de Dios y el cumplimiento de su divina voluntad, que

cede de buena gana a su propia gloria y se contenta con el más bajo lugar, no porque le falte deseo de trabajar y hacer obras de valor, sino sólo por querer más el contento y beneplácito de Dios, muy fáciles se le harán todas esas otras cosas, pues renuncia y cede a lo sumo que puede renunciar por amor de Dios. Esto es lo más a que puede uno ceder por conformarse con la voluntad de Dios: si Dios quiere que yo me muera luego y tenga menos gloria, más quiero yo eso, que morirme de aquí a veinte o treinta años, aunque hubiese de tener mucha mayor gloria. Y por el contrario, aunque tuviese cierta la gloria muriéndome ahora, si Dios quiere que yo esté en esta cárcel y destierro muchos años padeciendo y trabajando, más quiero eso, que ir luego a la gloria. Porque el contento de Dios y el cumplimiento de su voluntad, ese es mi contento y esa es mi gloria: «Vos, Señor, sois mi gloria y el que levantáis mi cabeza³⁰⁶».

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, en el lib. V, c. 2 de su vida; se cuenta un ejemplo bien raro acerca de esto. Estando un día con el Padre maestro Lainez y con otros, a cierto propósito, preguntó nuestro santo Padre: Decidme, maestro Lainez, qué os parece que haríais, si Dios nuestro Señor os propusiese este caso y os dijese: si tú quieres morir luego, yo te sacaré de la cárcel de este cuerpo y te daré la gloria eterna; pero si quisieres aun vivir, no te doy

306 Psalm. III, 4.

seguridad de lo que será de tí, sino que quedarás a tus aventuras; si vivieres y perseverares en la virtud, yo te daré el premio; si desfallecieres del bien, como te hallare así te juzgaré. Si esto os dijese Nuestro Señor, y vos entendieseis que quedando por algún tiempo en esta vida podríais hacer algún grande y notable servicio a su divina Majestad, ¿qué escogierais? ¿qué responderíais? Respondió el Padre Lainez: Yo, Padre, confieso a vuestra reverencia que escogería el irme luego a gozar de Dios, y asegurar mi salvación y librarme de peligros en cosa que tanto importa. Entonces dijo nuestro santo Padre: Pues yo cierto no lo haría así, sino que si juzgase que quedando en esta vida podría hacer algún singular servicio a Nuestro Señor, le suplicaría me dejase en ella hasta que le hubiese hecho, y pondría los ojos en él y no en mí, sin tener respeto a mi peligro o mi seguridad. Y no le parecía a él que quedaba en duda su salvación, sino antes más cierta y más aventajada por haberse fiado de Dios, quedándose acá por servirle en aquello. Porque, ¿qué rey o príncipe hay en el mundo, decía él, el cual si ofreciese alguna gran merced a algún criado suyo, y el criado no quisiese gozar de aquella merced luego, por poderle servir en alguna cosa notable, no se tuviese por obligado a conservar y aun acrecentar aquella merced al tal criado, pues se privaba de ella por su amor y por poderle más servir? Pues si esto hacen los hombres, que son desconocidos y desagradecidos, ¿qué habemos de esperar del Señor, que así nos pre-

viene con su gracia y nos hace tantas mercedes ¿Cómo podríamos temer que nos desamparase y dejase caer, por haber nosotros dilatado nuestra bienaventuranza y dejado de gozar de él por él? No se puede eso creer ni temer de un tal Señor.

CAPÍTULO XXXII.

De la conformidad, unión y amor perfecto con Dios, y cómo nos habemos de ejercitar en este ejercicio.

Para que se vea más la perfección y excelencia grande que encierra en sí este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y para que sepamos hasta dónde podemos llegar con él, por conclusión y remate de este Tratado diremos un poco del ejercicio más alto, que ponen los Santos y maestros de la vida espiritual del amor de Dios, que parece viene aquí a propósito; porque uno de los principales efectos del amor, como dice san Dionisio Areopagita³⁰⁷, es hacer que las voluntades de los amados sean unas; esto es, que tengan un querer y un no querer. Y así cuanto uno estuviere más unido y más conforme con la voluntad de Dios, tanto tendrá más amor de Dios, y cuanto mayor amor tuviere, tanto estará más unido y confor-

307 Cap. 4 de divin. nomin.

me con la voluntad de Dios. Para declarar mejor esto es menester que subamos al cielo con la consideración, y veamos cómo están allí los bienaventurados amando y conformándose con la voluntad de Dios, teniendo una misma voluntad y querer con él; porque cuanto más nos llegáremos a esto, tanto será nuestro ejercicio más perfecto. El glorioso apóstol y evangelista san Juan en su primera Canónica dice que la vista de Dios a los bienaventurados hace semejantes a él: «Sabemos que cuando él apareciere seremos semejantes a él; por cuanto nosotros le veremos así como él es³⁰⁸». Porque en viendo a Dios quedan de tal manera unidos y transformados en Dios, que tienen una misma voluntad y un mismo querer con él. Pues veamos cuál es el querer, y voluntad y amor de Dios, para que así veamos cuál es el querer y voluntad de los bienaventurados, y de ahí cojamos cuál ha de ser el querer, y amor y voluntad perfecta nuestra. El querer y voluntad de Dios y su amor sumo y perfectísimo es de su misma gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso. Pues ese mismo es el querer, y voluntad y amor de los bienaventurados; de manera que, el amor de los Santos y bienaventurados es un amor y un querer con que aman y quieren con todas las fuerzas que Dios sea quien es, y sea en sí tan bueno, y tan glorioso y digno de honra como es. Y como ven en Dios todo aquello que ellos desean, sígueseles de aquí aquel fruto

308 I Joan. III, 2.

del Espíritu Santo que dice el apóstol: «El fruto del Espíritu es gozo³⁰⁹», que es un gozo inefable de ver a quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en sí mismo. Por lo que vemos acá podemos rastrear algo de este gozo divino que reciben en esto los bienaventurados. Mirad cuán grande es la alegría y gozo que recibe acá un buen hijo de ver a su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos, sabio, rico y poderoso, y muy estimado y querido del rey: cierto, hijos hay tan buenos, que dirán que no hay cosa a que se compare la alegría que reciben de ver a su padre tan estimado. Pues si este gozo es tan grande acá donde el amor es tan flaco y los bienes tan bajos, ¿cuál será aquel gozo de los Santos viendo a su verdadero Señor, y a su Criador y Padre celestial, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso, que por sólo su querer todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin él no se puede menear una hoja en el árbol? Y así dice el apóstol san Pablo³¹⁰, que este es un gozo tan grande, que ni ojo lo vio, ni oreja le oyó, ni puede caer en corazón de hombre. Este es aquel río caudaloso que vio san Juan en el Apocalipsis³¹¹, salir de la silla de Dios, y del Cordero, que alegra la ciudad de Dios, del cual beben los bienaventurados en el cielo, y embriagados con este amor cantan aquella alelu-

309 Galat. V, 22.

310 I Cor. II, 9.

311 Cap. XXII, 1.

ya perpetua que dice allí san Juan, glorificando y bendiciendo a Dios: «Aleluya, porque reina el Señor nuestro Dios el todopoderoso: gocémonos y alegrémonos, y démosle gloria³¹²». Estánse alegrando y regocijando de la grandeza de la gloria de Dios, y dándole el pláceme y para bien de ella con grande júbilo y regocijo. «La bendición, y la claridad, y la sabiduría y la acción de gracias, y la honra, y la virtud, y la fortaleza a nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amen³¹³».

Este es el amor que los Santos tienen a Dios en el cielo, y la unión y conformidad que tienen con su divina voluntad, hablando conforme a la poquedad de nuestro entendimiento. Pues eso es lo que nosotros habemos de procurar mirar acá a nuestro modo para que se haga la voluntad de Dios en la tierra, como se hace en el cielo. Dijo Dios a Moisés cuando le mandó hacer el tabernáculo: «Mira que hagas todas las cosas conforme a la traza que te mostraré en el monte³¹⁴». Así nosotros todo lo habemos de hacer acá a la traza que se hace allá en aquel monte soberano de la gloria. Y así habemos de estar amando y queriendo lo que están amando y queriendo los bienaventurados en el cielo, y lo que está amando y queriendo el mismo Dios, que es su misma gloria, y su ser sumamente perfecto y glorioso.

Para que cada uno pueda hacer esto mejor, pondremos aquí brevemente la práctica de este ejercicio.

312 Cap. XIX, 6, 7.

313 Apoc. VII, 12.

314 Exod. XXV

Cuando estáis en la oración considerad con el entendimiento el ser infinito de Dios, su eternidad, su omnipotencia, su infinita sabiduría, hermosura, gloria y bienaventuranza; y estaos con la voluntad holgando, y regocijando, y tomando complacencia y contentamiento de que Dios sea quien es, de que sea Dios, de que de sí mismo tenga el ser y el bien infinito que tiene, de que no tenga necesidad de nadie y todos la tengan de él, de que sea todopoderoso, tan bueno y tan lleno de gloria como en sí mismo es; y así de todas las demás perfecciones y bienes infinitos que hay en Dios.

Este, dice santo Tomás³¹⁵ y los teólogos, que es el acto mayor, y más perfecto amor de Dios. Y así es también el más alto y más aventajado ejercicio de conformidad con la voluntad de Dios. Porque no hay mayor ni más perfecto amor de Dios que el mismo Dios se tiene a sí mismo, que es de su misma gloria, y de su ser sumamente perfecto y glorioso: ni puede haber mejor voluntad que esa. Luego tanto mayor y más perfecto será nuestro amor, cuanto más se asemejare a este amor con que Dios se ama a sí mismo; y tanto mayor y más perfecta será nuestra unión y conformidad con su divina voluntad. Y más, dicen allá los filósofos, que «amar a uno es quererle bien³¹⁶». De donde se sigue que cuanto mayor bien deseamos a uno, tanto más le amamos. Pues el mayor bien que

315 2, 2, q. 28, art. 1 ad 3, et art 2.

316 Aristot. Reth. Lib. II, cap. 4.

podemos querer Dios es el que él se tiene, que es su ser infinito, su bondad, su sabiduría, omnipotencia y gloria infinita. Cuando amamos a alguna criatura, no solamente nos agradamos del bien que ya tiene, mas podemos quererle algún bien que no tiene, porque toda criatura puede crecer; mas a Dios no podemos quererle en sí mismo algún bien que no tenga, porque es del todo infinito: y así no puede tener en sí más poder ni más gloria, ni más sabiduría ni bondad de la que tiene: y así holgarnos, y regocijarnos, y tener complacencia y contentamiento de que Dios tenga estos bienes que tiene, y que sea tan bueno como es, tan rico, tan poderoso, tan infinito y tan glorioso, es el mayor bien que le podemos querer, y por consiguiente el mayor amor que le podemos tener.

De manera, que así como los Santos que están en el cielo, y la humanidad santísima de Cristo, y la Virgen Nuestra Señora, y todos los coros de los Ángeles se están holgando de ver a Dios tan hermoso y tan abastado de bienes, y es tan grande el gozo y regocijo que en esto sienten, que no se satisfacen sino prorrumpiendo en alabanzas de este Señor, y no se hartan de estarle alabando y bendiciendo para siempre jamás, como dice el Profeta: «Bienaventurados, Señor, los que a moran en tu casa: por los siglos de los siglos te alabarán³¹⁷», así nosotros habemos de juntar nuestros corazones y levantar nuestras voces con las suyas,

317 Psalm, LXXXIII, 5.

como nos lo enseña nuestra madre la Iglesia. «Con los cuales os suplicamos humildemente que dispongáis se junten nuestras voces, diciéndoos con ellos: Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria³¹⁸». Siempre, o lo más continuamente que pudiéremos, habemos de estar alabando y glorificando a Dios, holgándonos y regocijándonos del bien, y gloria y señorío que tiene, y dándole el pláceme y para bien de ello: y de esta manera nos asemejaremos acá a nuestro modo a los bienaventurados y al mismo Dios, y tendremos el más alto amor y la más perfecta conformidad con la voluntad de Dios que podemos tener.

CAPÍTULO XXXIII

Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la sagrada Escritura.

Por lo mucho que en la divina Escritura se encomienda y repite este ejercicio, se entenderá bien su valor y excelencia y cuán agradable sea a Dios; y juntamente podremos tomar de ahí materia para ejercitarle y detenernos más en él. El real profeta David en los Salmos a cada paso nos convida a este ejercicio diciendo:

318 Prefacio de la misa.

«Alegraos en el Señor, y regocijaos, o justos; y gloriaos todos los rectos de corazón³¹⁹». «Alegraos, justos; en el Señor, y deleitaos, y regocijaos, y complaceos en sus bienes infinitos, y daros ha lo que le pidiéreis³²⁰», o por mejor decir, lo que deseáis y hubiéreis menester. Porque esta es una oración en la cual sin pedir, pedís, y oye Dios el deseo de vuestro corazón. El apóstol san Pablo escribiendo a los filipenses, c. IV, 4, dice «Gozaos en el Señor siempre». Y pareciéndole que no era consejo este para decirle una sola vez, torna a repetir: «Otra vez, os digo que os holguezis». Este es el gozo en que se alegró la Virgen santísima cuando dijo en su cántico: «Alegróse mi espíritu en Dios mi salud³²¹». Con este y gozo se alegró también Cristo nuestro Redentor, cuando dice el sagrado Evangelio: Alegróse en el Espíritu Santo³²²» El real profeta David dice, que era tan grande el gozo y regocijo que recibía su alma, considerando cuán grande es el bien y la gloria de Dios, y cuán dignísimo es de que todos se gocen del bien infinito que tiene, que de la grande abundancia redundaba la alegría al cuerpo, y se encendía la misma carne en amor de Dios. «Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo³²³». Y en otra parte dice: «Mi ánima se alegrará en el Señor y se gozará en Dios autor de la salud; y todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como Vos³²⁴?» Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, la iglesia regi-

319 Psalm. XXXI, 11.

320 Psalm. XXXII, 1 et XXXVI, 4.

321 Luc. 1, 47.

322 Luc. X, 21.

323 Psalm. LXXXIII, 3.

324 Psalm. XXXIV, 9.

da por el Espíritu Santo, en el principio de las horas canónicas, comenzando los maitines nos convida con el invitatorio a amar de este manera al Señor, alegrándonos y regocijándonos en sus bienes infinitos; y es tomado del salmo XCIV: «Venid, alegrémonos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza a Dios nuestra salud, porque es grande sobre todos, y suyo es el mar y la tierra; todo es obra de sus manos». Y por la misma razón y para el mismo efecto nos pone la Iglesia al fin de todos los salmos aquel verso: «Gloria al Padre y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amen». Este es aquel entrar en el gozo de Dios, que dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: «Entra en el gozo de tu Señor³²⁵»; participar de aquel gozo infinito de Dios, y estarnos gozando, y regocijando juntamente con el mismo Dios, de su gloria y hermosura y riqueza infinita.

Para que nos aficionemos más a este ejercicio, y procuremos andar siempre en este gozo y regocijo, nos ayudará mucho considerar cuán bueno, cuán hermoso y glorioso es Dios. Es lo tanto, que sólo verle hace a los que le ven bienaventurados; y si los que están en el infierno viesan a Dios, cesarían todas las penas, y se trocaría el infierno en paraíso. «Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí solo Dios verdadero³²⁶», dice el mismo Cristo por san Juan. En eso con-

325 Mattha. XXV, 21.

326 Joan. XVII, 3.

siste la gloria de los Santos, en ver a Dios. Eso es lo que los hace bienaventurados; y esto no por un día ni por un año, sino para siempre jamás, que nunca se hartarán de estar mirando a Dios, sino siempre se les hará nuevo aquel gozo; conforme a aquello del Apocalipsis: «Y cantaban como un cántico nuevo³²⁷». Harto parece que se declara con esto la bondad, hermosura y perfección infinita de Dios; pero aun más hay que añadir, y aun harto más. Es Dios tan hermoso y tan glorioso, que el mismo Dios, viéndose, es bienaventurado. La gloria y bienaventuranza de Dios es verse y amarse a sí mismo. Mirad si tenemos razón de holgarnos y gozarnos en una bondad y hermosura, y en una gloria tan grande que alegra toda aquella ciudad de Dios, y hace a todos aquellos ciudadanos bienaventurados, y el mismo Dios también conociéndose y amándose es bienaventurado.

CAPÍTULO XXXIV

Cómo nos podrémos extender más en este ejercicio.

Podemos también humanarnos y extendernos más en este ejercicio, ejercitando este amor con aquella sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, con-

327 Apoc. XIV, 3.

siderando su dignidad y perfección grande, y tomando complacencia y contentamiento en eso, holgándonos y regocijándonos de que aquella benditísima humanidad de Cristo esté tan sublimada y unida con la persona divina que esté tan llena de gracia y de gloria; que sea instrumento de la Divinidad para obrar cosas tan altas, como son la santificación y glorificación de todos los escogidos, y todos los dones y gracias sobrenaturales que se comunican a los hombres; y finalmente holgándonos y regocijándonos de todo lo que pertenece a la perfección y gloria de aquella alma gloriosísima y de aquel cuerpo santísimo de Cristo nuestro Redentor, y deteniéndonos en eso con entrañable amor y regocijo: al modo que consideran los Santos que se regocijaría la sacratísima Reina de los Ángeles el día de la Resurrección, cuando vio a su benditísimo Hijo tan triunfante y glorioso. Y como dice la Escritura divina del patriarca Jacob, que cuando oyó decir que su hijo vivía y era señor de toda la tierra de Egipto, se alegró tanto, que revivió su espíritu, y dijo: «Bástame a mí que mi hijo José viva, no quiero más de verle, y con eso moriré contento³²⁸».

Este mismo ejercicio podemos tener de la gloria de Nuestra Señora y de los demás Santos. Y será muy buena devoción en sus fiestas gastar alguna parte de la oración en este ejercicio; porque será uno de los mayores servicios que les podemos hacer; pues el

328 Genes. XLV; 28.

mayor amor que les podemos tener es quererles el mayor bien que ellos pueden tener, y holgarnos y regocijarnos de su gloria tan grande, y estamos allí dándoles el para bien de ella. Y así la Iglesia nos pone este ejercicio en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora: «En este día la Virgen María subió a los cielos; alegraos, porque reina eternamente con Cristo». Y comienza el oficio de la misa en esta fiesta y en otras muchas convidándonos a este ejercicio y animándonos a él con el ejemplo de los Angeles que se ejercitan en él. «Alegrémonos todos en el Señor, celebrando esta festividad en honor de la bienaventurada Virgen María, de cuya Asunción se alegran los Angeles, y cantan juntos alabanzas al Hijo de Dios». Y hay otro bien y provecho grande en ejercitar este ejercicio con los Santos, y especialmente con la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, y es que de allí viene uno poco a poco a subir y tener entrada en esos otros ejercicios de la Divinidad. Porque, como dice Cristo, él es el camino y la puerta para entrar al Padre³²⁹.

También en este ejercicio, que se ejercita con Dios en cuanto Dios, hay sus grados, y nos podemos humanar más en él, descendiendo a cosas de acá, porque aunque es verdad que Dios no puede crecer en sí, porque es infinito, y así no podemos quererle en sí mismos algún bien que el no tenga; pero puede Dios cre-

329 Joan. X, 7; XIV, 6.

cer exteriormente en las criaturas, que es ser más conocido, y amado y glorificado de ellas. Y así podemos también ejercitar este amor, queriendo a Dios este bien exterior. Y así considerando el alma en la oración cuán digno es Dios de ser amado y servido de las criaturas, nos habemos de estar queriendo y deseando que todas las almas criadas y por criar le conozcan, amen, alaben y glorifiquen en todas las cosas. ¡Oh Señor, y quién pudiera convertir a cuántos infieles y pecadores hay en el mundo, y hacer que nadie os ofendiera, y todos os obedecieran y se emplearan en vuestro servicio ahora y para siempre jamás! «Santificado sea tu nombre³³⁰. La tierra toda te adore, y taña salmos a tí: salmee a tu nombre³³¹». Y allí nos podemos estar pensando mil maneras de servicios que las criaturas podían hacer a Dios, y estarlos deseando.

De aquí ha de descender cada uno a desear y procurar hacer la voluntad de Dios, y su mayor gloria en lo que a él le pertenece, procurando hacer siempre todo aquello que entendiere ser voluntad de Dios y mayor gloria suya. Conforme a aquello que Cristo nuestro Rédentor dice de sí en el sagrado Evangelio: «Yo siempre hago lo que agrada a mi Padre³³²». Porque, como dice el evangelista san Juan: «El que dice que conoce y ama a Dios, y no hace su voluntad, ni guarda sus mandamientos, no dice verdad, mente. Pero el que

330 Matth. VI, 9.

331 Psalm. LXXV, 4.

332 Joan. VII, 29.

los guarda, y hace la voluntad de Dios, ese tiene perfecta caridad y amor de Dios³³³».

De manera, que para amar a Dios, y tener entera conformidad con su voluntad, no basta que el hombre tome complacencia de los bienes de Dios, y quiera que todas las demás criaturas amen y glorifiquen a Dios, sino es menester que el mismo hombre se ofrezca y dedique todo al cumplimiento de la voluntad de Dios; porque, ¿cómo puede uno decir con verdad que desea la mayor gloria de Dios, si en lo que él puede y está en su mano no la procura? Y este amor es el que ejercita el alma, cuando en la oración está formando propósitos y deseos verdaderos de cumplir la voluntad de Dios en esto, y en aquello, y en todo lo demás que se ofreciere, que es el ejercicio en que ordinariamente nos solemos ejercitar en la oración.

Con esto habemos abierto grande campo para poderemos ocupar en la oración mucho tiempo en este ejercicio, y declarado el provecho y perfección grande que hay en él. No resta sino que pongamos las manos a la obra, y que comencemos a ensayarnos acá en el suelo en lo que habemos de ejercitar después para siempre y tan aventajadamente en el cielo. «Cuyo fuego está en Sion, y su humo en Jerusalén³³⁴». Aquí se ha de comenzar a encender en nosotros este fuego de amor de Dios; pero las llamaradas, la alteza y perfección de él será en aquella Jerusalén celestial, que es la gloria.

333 Joan. II, 4.

334 Isai. XXXI, 9.

**PALABRAS
DE JESUCRISTO EN EL HUERTO
AL ALMA ATRIBULADA.**

Súfreme, pues te sufrí,
y advierte que cuanto viene,
es lo que más te conviene,
pues todo nace de mí.
El amor me puso así,
tu ingratitud me clavó,
nadie cual yo padeció;
y pues todo es por tu bien,
bebe esa gota por quién
un cáliz por tí bebió.

**REPUESTA
DEL ALMA ATRIBULADA
A JESUCRISTO.**

Justo trabajo confieso
que es, Señor, el que padezco,
y que mayor le merezco
de mi mal, según su exceso.
Por eso, mi bien, por eso,
y porque lo queréis Vos
le sufriré, a fin de que en pos
vaya de Vos con mi cruz,
pues no puedo tener luz
mejor que la de mi Dios.

SUSPIROS DE UNA ALMA ENAMORADA DE JESÚS

Solo para padecer
pido a Dios que me dé vida,
hasta que toda sumida
en penas me pueda ver.
No tengo, no, otro querer,
ni anhela mi corazón
que amar la tribulación,
la pena y el desconsuelo,
con valor, con fe, con celo
y humilde resignación.

¡Oh dichosa soledad,
qué precio tienes tan caro!
¡Oh dichoso desamparo!
No me niegues tu crueldad.
Tinieblas y ceguedad,
dadme presto que sufrir:
Que el no penar es morir;
Que el no vivir yo penando,
es vivir desconfiando
del verdadero vivir.

O morir o padecer,
fue de Teresa sentir;
padecer y no morir,
fue de Pázis parecer.
¡Oh quién supiera aprender
tan finos modos de amar!

Sólo a mí me da pesar
lo que no me da dolor.
Viva solo en el rigor
y muera de no penar.

¡Oh padecer desgraciado,
si el mundo te conociera!
¡Con qué gusto te acogiera,
y fueras de él estimado!
¡Oh tiempo mal empleado
el que sin tí yo he vivido!
¡Oh cuán tirano me has sido,
pues con falsa presunción
robaste a mi corazón
tanto bien como he perdido!

Conoced el padecer,
almas, si queréis gozar:
Mirad, que no sabe amar
quien cruz no quiere tener,
pues el más puro entender
de Dios y de su hermosura,
y la más subida altura
de luz, pureza y unión
lo da la tripulación
al alma en la cruz mas dura.

Mi cruz es vivir sin penas;
mi pena es vivir sin cruz,
porque las penas son luz
a las almas que son buenas.
Son también las penas venas
donde se engendra el amor;
Que amor donde no hay dolor
no le tengo por seguro:
y así, yo penas procuro
cuantas más tanto mejor.

Si, pues, mi dicha es mi pena
Y mi deseo es penar,
penas, no querais cesar
hasta que el alma esté llena;
Venid, pues, en hora buena;
Venid con paso ligero;
Venid que yo os amo y quiero;
Concededme esta merced,
que tengo de penas sed,
y sólo por penas muero.

¡Oh que sed tan regalada!
La alma que más la sintiera
cuanta mayor ella fuera
tanto mas será saciada.
En esta sed cambiada
toda otra sed debe ser,
porque al llegarse a ver
sediento de más penar
de Dios empieza a gozar
en el mismo padecer.

Del más puro padecer
nace el más seguro amar
cuando se encamina a hallar
lo que el amor manda hacer.
Porque el amar es querer,
y el querer cuesta dolor,
y aun cuando en el interior
anda el alma atribulada,
y padece resignada,
anda en brazos del amor.

ÍNDICE

PRÓLOGO DE LOS EDITORES	3
-------------------------------	---

TRATADO DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

CAP. I.- En que se ponen dos fundamentos principales.	5
CAP. II.-En que se declara más el segundo fundamento.	12
CAP. III.-De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios.	17
CAP. IV.-Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra.	23
CAP. V.-Que en sólo Dios se halla contento, y el que le pusiere en otra cosa no podrá tener verdadero contento.	30
CAP. VI.-En que se declara por otra vía como el conformarnos con la voluntad de Dios es medio para tener contento.	37
CAP. VII.- De otros bienes y provechos que hay en esta confor- midad con la voluntad de Dios.	45
CAP. VIII.-En que se confirma con algunos ejemplos cuánto agrada a Dios este ejercicio de la conformidad con su vo- luntad, y la perfección grande que hay en él.	50
CAP. IX.-De algunas cosas que nos harán fácil y suave este ejer- cicio de la conformidad con la voluntad de Dios.	54
CAP. X.-De la providencia paternal y particular que tiene Dios de nosotros, y de la confianza filial que habemos de tener nosotros en él.	60
CAP. XI.- De algunos lugares y ejemplos de la sagrada Escritura que nos ayudarán para alcanzar esta familiar y filial con- fianza en Dios.	69

CAP. XII.-De cuánto provecho y perfección sea aplicar la oración a este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios; y cómo habemos de ir descendiendo a cosas particulares, y hasta llegar al tercer grado de conformidad.	81
CAP. XIII.-De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios, que ha de tener el religioso, para ir y estar en cualquier parte del mundo donde la obediencia le enviare.	89
CAP. XIV.-De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios que hemos de tener para cualquier oficio y ocupación en la que Dios quisiere ponernos.	90
CAP. XV.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de los talentos y dones naturales.	98
CAP. XVI.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades.	108
CAP. XVII.-Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios: y que nos habernos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino también en todas las cosas que suelen suceder en ella.	115
CAP. XVIII.-En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.	120
CAP. XIX.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida.	128
CAP. XX.-De algunas razones y motivos por los cuales debemos desear la muerte lícita y santamente.	133
CAP. XXI.-En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.	143
CAP. XXII.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envía.	151

CAP. XXIII.-De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envía, así particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecado.	157
CAP. XXIV.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconsuelos de la oración; y qué entendemos aquí por nombre de sequedad y desconsuelo.	165
CAP. XXV.-En que se satisface a la queja de los que sienten sequedades y desconsuelos en la oración.	172
CAP. XXVI.-Como convertiremos la sequedad y desconsuelos en muy buena y provechosa oración.	177
CAP. XXVII.- De otras razones que hay para consolarnos y conformarnos con la santa voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos de la oración.	181
CAP. XXVIII.-Que es grande engaño y grave tentación dejar la oración por hallarse en ella de la manera dicha.	186
CAP. XXIX. - En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.	189
CAP. XXX.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demás virtudes y dones sobrenaturales.	194
CAP. XXXI.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de la gloria.	200
CAP. XXXII.-De la conformidad, unión y amor perfecto con Dios, y cómo nos habemos de ejercitar en este ejercicio.	205
CAP. XXXIII.-Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la sagrada Escritura.	211
CAP. XXXIV.-Cómo nos podremos extender más en este ejercicio.	214